

CULTURA 74



CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION DE EL SALVADOR

No. 74



ENERO — DICIEMBRE 1989

Antología del relato costumbrista en El Salvador.

(Nota Preliminar, selección y notas bibliográficas de David Escobar Galindo)



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES E IMPRESOS
San Salvador, El Salvador, Centro América.

Impreso en la

DIRECCION DE PUBLICACIONES E IMPRESOS

17 Av. Sur N° 430, San Salvador,
El Salvador, Centro América.

CULTURA

REVISTA NACIONAL DE LETRAS Y ARTES

Director:

David Escobar Galindo

Toda colaboración es solicitada e inédita. Cuando se reproduce un trabajo en la Revista se indica su procedencia.

NOTA PRELIMINAR

El costumbrismo es la nota más antigua y persistente en la narrativa nacional. Los primeros relatos nuestros, muchas veces ingenuos y circunstanciales, tuvieron una clarísima intención descriptivo-costumbrista, alternando a veces con una sencilla nota de humor. El cuento, estrictamente hablando, no aparece sino con Gavidia, quien empieza a publicar algunas narraciones en el último tercio del siglo XIX, y que los reúne en un tomito editado en 1931; pero algunas páginas sugestivas —con pinceladas del ambiente finisecular— quedaron perdidas en los periódicos de la época, y de entre ellas hemos escogido, para esta selección, un fragmento de la curiosa novela inconclusa “Cartas Amorasas”, que hace pareja —en lo de ser intento inicial y en lo de ser inconclusa— con “La Trinitaria”, de Francisco E. Galindo, que no nos ha sido posible localizar hasta hoy en el diario “La Tribuna”, de los años ochenta. Salvador J. Carazo y Hermógenes Alvarado padre, según los historiadores de nuestra literatura —y me refiero aquí a Juan Felipe Toruño y a Luis Gallegos Valdés—, son los costumbristas decimonónicos que mejor nos representan. El primero peca de un estilo irregular aunque con chispazos temperamentales apreciables, en tanto que el segundo, distinguido jurisconsulto y hombre público, tiene mayor voluntad de estilo y exposición más ordenada. Ambos, empero, son dignos de memoria. Publicaron, como era común en aquellos años, opúsculos y colaboraciones periodísticas, que sepultó el

alud de los años y la incuria nuestra en lo que a conservar el acervo cultural se refiere.

Masferrer, maestro de la moralidad social y gran artífice del estilo, fue también narrador de garra, como puede apreciarse en su novelita “Una Vida en el Cine”, de interesante anécdota romántica y, sobre todo, en sus impresionantes “Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús”. Un Jesús muy personal, por cierto, el de Masferrer. Un Jesús en el que prevalece lo humano sobre lo divino, aunque esta última condición no desaparezca. Obra de amor y de angustia existencial, escrita por mano fuerte e impecable. Entre las páginas dispersas del maestro —que cultivó asiduamente un periodismo variado e incisivo— hay algunas de clara intención costumbrista. Hemos rescatado para este libro una de ellas.

El costumbrismo es, casi siempre, crítica de las costumbres, principalmente sociales; y, por eso, a menudo, se reviste de un liviano humor, de modo que la ironía o el sarcasmo limen su filo zahiriente. El maestro salvadoreño en esta alquimia que requiere habilidad e ingenio es el general e ingeniero José María Peralta Lagos, que usó el seudónimo de T. P. Mechín. Educado en España, bebió allá en las fuentes del casticismo. Su prosa era robusta, y al mismo tiempo cascabeleante. Su humanismo costumbrista, realmente delicioso. Escribió cuadros de costumbres, que luego reunió en libros como “Burla Burlando” y “Brochazos”, y también se aventuró a la novela, en las amenísimas “Doctor Gonorreiti-gorrea”, desgraciadamente no reeditada, y “La Muerte de la Tórtola”, que ha tenido mejor suerte, por los azares de nuestra “industria” editorial. También probó el teatro, en la comedia “Candidato”, que se lee con gusto e interés.

Es por ese entonces que aparece en el firmamento literario don Arturo Ambrogi, el artífice de la prosa modernista, que deriva en descubridor de nuestro paisaje, con un estilo que tiene la eficacia de Azorín y el lujo preciosista de Gómez Carrillo. Sus libros de crónicas lo colocan a la cabeza de los prosistas nacionales, y su indispensable breviario “El Libro del Trópico” es la cartilla de nuestra narración vernácula, aunque en él —según apunta la crítica de los últimos decenios— hay más un descriptor que un narrador. ¡Qué amor por lo nuestro, más allá de las efusiones, pues don Arturo no era efusivo, sino más bien cerebral! ¡Y qué precisión en el ejercicio de la palabra bella, fuerte, sugeridora! Algunos cuadros descritos por Ambrogi —como el que aquí se reproduce, y que él no recogió en ninguno de sus libros— son de una intensidad sinfónica digna de permanente memoria.

Un año menor que Ambrogi es Francisco Herrera Velado. Poeta de tardío romanticismo en “Fugitivas” (1909), enfila luego al tratamiento

de su entorno sonsonateco, pues era originario de Izalco. Apreciable poeta y excelente prosista, se lanza en “Mentiras y Verdades” a la narración en verso, salpimentosa y amable, al modo de Batres Montúfar. En octavas elegantes y briosas, pinta tipos y escenas del ambiente, con verdadera gracia zumbona. Pero su obra más significativa es, sin duda, “Agua de Coco”, donde los cuadros costumbristas, presentados en una prosa de la mejor y más sencilla factura, reflejan nítidamente el vivir de la provincia salvadoreña, con sus tornasoles entonces apacibles.

El costumbrismo, sobre todo en nuestras sociedades en formación, deriva con frecuencia hacia el señalamiento indirecto de los hábitos políticos. A través de la anécdota, se percibe, cuando el autor así se lo propone y lo logra, la trama de nuestro mundillo aldeano, con algunos personajes arquetípicos, que repiten a lo largo del tiempo, en casi ininterrumpida alterancia, los mismos gestos, las mismas actitudes y hasta los mismos vicios. La originalidad no es, en ninguna parte, característica de la vida social. Es el ser individual el que batalla contra el cliché y contra la cómoda o incómoda rutina. Sarbelio Navarrete era un caballero provinciano de vasta cultura universal. Desde su casa de San Vicente —donde prefería vivir, aunque la vida y el prestigio lo trajeron frecuentemente a San Salvador— atisbaba los horizontes clásicos, meciendo en su hamaca las plácidas lecturas de pensadores y poetas. Son notables, por ejemplo, sus discursos sobre Descartes y sobre Goethe. Fue también fino poeta. Lástima que la modorra ambiental envolviera sus afanes, y que las necesidades de la supervivencia material cortara alas a sus sueños creadores. En 1942, sus amigos recogieron —con no poca dificultad— su obra dispersa, que consta principalmente de discursos y colaboraciones periodísticas, en un libro que don Manuel Castro Ramírez tituló “En los Jardines de Academo”. Fue reeditado en 1977, y en esta segunda edición se recoge el sugerente relato costumbrista que aquí incluimos.

Abraham Ramírez Peña fue un personaje literario curioso. En una prosa desaliñada pero a menudo vigorosa, intentó la novela, con una fórmula que mezcla los más abigarrados elementos del folletín y la voluntad de aprovechar escenas y tipos del San Salvador de principios de siglo. Su novela “Cloto”, que es totalmente inverosímil, porque está calcada en los modelos folletinescos al uso —Montepin, Pérez Escrich, etcétera— tiene, sin embargo, páginas muy movidas y agradables. Se publicó —y éste es un dato digno de mención— en aquella famosa Biblioteca de Grandes Novelas de la Casa Sopena, de Barcelona, colección en la cual predominaban precisamente los autores de la novela popular francesa del siglo XIX, empezando por Dumas padre, Víctor Hugo y Eugenio Sué, y siguiendo luego con Ponson du Terrail, Em

inefable —pero interesantísimo— Xavier de Montepin, que sacaba sus enredadas historias pasionales y sombrías de casos que habían pasado por los tribunales de París. De “Cloto” —que nunca se reeditó— sacamos un fragmento pertinente para este libro.

El tacleño Alberto Rivas Bonilla, doctor en medicina, fue, ante todo, un atildado escritor, que cultivó la narración vernácula, la comedia de costumbres y la poesía romántica. Su fama se debe a un libro fundamental: “Andanzas y Malandanzas”, narración de ambiente campesino, protagonizada simbólicamente por Nerón, “un pobre chucho”, como el mismo Rivas Bonilla lo llama. La crítica ha visto en esta narración cuasi novelesca el influjo de la picaresca clásica española, y esa influencia es cierta; pero Rivas Bonilla no copia modelo, sino que adapta modos a nuestra propia idiosincrasia y realidad, en un estilo sencillo y muy bien trabajado. Igualmente importante es su libro de cuentos “Me Monto en un Potro...”, también reeditado varias veces, del cual tomamos la simpática narración que aparece en este tomo. Rivas Bonilla, académico de la Lengua, como Gavidia, Ambrogi, Masferrer, T. P. Mechín y Navarrete, falleció muy anciano, en 1985. Su costumbrismo está salpicado de gotas de humor.

Uno de los prosistas más pulcros de la primera mitad del siglo es Manuel Andino. Su principal inquietud se vierte en el periodismo, por vocación y por motivos de subsistencia. Pero la prisa del quehacer periodístico no contagia a su prosa literaria, que, aunque nerviosa, es cuidada y fina. Los temas de Andino son las estampas del San Salvador de su época, lleno de triste colorido y de personajes anodinos, que casi siempre guardan su drama. Hacia el final de su vida, los temas se vuelven autobiográficos en “Vocación de Marino”, escrito en un estilo limpio y amable.

¿Por qué hemos incluido aquí a José Gómez Campos, se preguntarán algunos, si su libro es de “Semblanzas Salvadoreñas”, es decir referido a personajes reales? La explicación tendría dos fundamentos: porque el costumbrismo no sólo está en la ficción, sino también en el reflejo de la situación real; y porque las “Semblanzas” del malogrado Gómez Campos —olvidado, como buena parte de lo nuestro— están escritas con movimiento y perspicacia que reproducen muchas facetas del ambiente. En su pintura fugaz del pensamiento político del doctor Enrique Córdova —prohombre de su época— se plasma mucho de lo que pensaban y sentían los políticos de aquellos decenios. Y, además, el estilo de la entrevista la convierte en un atractivo relato.

Nos encontramos a continuación con dos de las grandes figuras de las letras nacionales: Salarrué y Claudia Lars. Sus nombres brillan más allá de nuestras fronteras, cada quien con su propia, incuestionable originalidad. Salarrué, el directo heredero de Ambrogi, deja sus “Cuentos de Ba-

ro”, maravillosos; sus “Cuentos de Cipotes”, imponderables; su “O’Yarkandal”, increíble de imaginación y de magia. Y también algunas novelas. Para esta obra hemos seleccionado un fragmento de “El Señor de la Burbuja”, novela de 1927, que ha sido apreciada por la crítica de modo contradictorio. Algunos —Hugo Lindo, por ejemplo— la reducen a mero ejercicio juvenil con algunos aciertos; otros, en cambio —como el puertorriqueño Ramón Luis Acevedo, en su monumental estudio sobre “La Novela Centroamericana”— la colocan como punto de partida muy importante de la moderna novelística, salvadoreña. Nosotros estamos con este segundo criterio. “El Señor de la Burbuja” tiene debilidades estructurales, sin duda; pero, en el balance, prevalecen sus bellezas y su densidad de pensamiento y sentimiento. Tiene páginas de un delicado costumbrismo realmente hermosas. En cuanto a Claudia Lars tan amiga entrañable de Salarrué, su único libro en prosa “Tierra de Infancia”, es una sucesión de estampas que reproducen el ambiente de su niñez en Armenia, Sonsonate. Al calor de una dulce nostalgia, la poetisa recrea ese mundo con pinceles cargados de color y de luz. “Tierra de Infancia” ha sido comparado por la crítica con “Chico Carlo”, de la eminente uruguaya Juana de Ibarbourou, destacándose el libro de Claudia por su unidad y frescura mejor logradas. Salarrué y Claudia Lars, nacidos con sólo dos meses de diferencia en el último año del pasado siglo, tienen vidas de fulgor paralelo, convirtiéndose —en la perspectiva del tiempo—, con Gavidia y Masferrer, en las cumbres más altas, hasta el presente, de nuestra Cultura.

De 1900 es Manuel Barba Salinas, escritor muy bien dotado, que desperdió sus grandes aptitudes en una bohemia noctámbula por diversas ciudades del mundo. Dilapidó la fortuna familiar, y luego volvió a San Salvador, donde se dedicó esporádicamente al periodismo. Insatisfecho con el medio, se refugió en un vagabundeo fantasioso por una ciudad como la nuestra, recoleta y provinciana. No publicó ningún libro en vida. A su muerte prematura, en 1956, sus amigos —que los tuvo muchos y buenos, como Ricardo Trigueros de León, Luis Gallegos Valdés, Augusto Ramírez, Adolfo Pérez Menéndez— hicieron esfuerzos por rescatar su escasa pero valiosa producción; y es así cómo aparece, en 1957, el libro “Memorias de un Espectador”, donde hay semblanzas ágiles de personajes nacionales y extranjeros, artículos sobre sucesos y figuras de su momento, una que otra conferencia y algunas finas narraciones. Entre todo ello, destacan las semblanzas y una sección muy amena del libro: “Las Charlas del Dr. Thorbecker”, de graciosa y eficaz intención costumbrista. La ironía de Barba Salinas fulgura en esas páginas, escritas con la agilidad y el garbo del auténtico cronista.

En El Salvador hay muy pocos novelistas. En algunos —como el doctor Manuel Delgado, con su “Roca-Celis”— la novela es un simple pasatiempo, y en otros —como Salarrué— otro género, en este caso el cuento, se impone con mucha mayor urgencia creadora. Uno de los pocos verdaderos novelistas es Ramón González Montalvo. Desafortunadamente, sus novelas son sólo dos: “Las Tinajas” y “Barbasco”. En ellas hay caracteres definidos, tramas estructuradas, vigor descriptivo, movimiento de vidas y acaeceres individuales y colectivos. Publicó también un libro de estampas rurales: “Pacunes”. Los temas de este autor son siempre vernáculos. Hurga en las costumbres campesinas. Y lo hace con penetración certera. Es, sin duda, un escritor de gran calidad, que se ha perdido en un silencio inexplicable. Su mejor libro es “Barbasco”, y de él tomamos un fragmento.

Andando el siglo, nace Manuel Aguilar Chávez. Periodista de profesión, cultivó a ratos la poesía pero sobre todo la narración de temas de la vida cotidiana. Seres tristes, esperanzados y frustrados aparecen en sus cuentos, publicados bajo el título “Puros Cuentos”, en 1959. Su costumbrismo es urbano, y pinta la vida con franqueza incisiva, y por momentos amarga.

En 1916 nace José María Méndez. Como su padre, el renombrado jurista y magistrado doctor Antonio Rafael Méndez, se dio a los estudios jurídicos, destacándose, en sus años de estudiante, con dos obras de mucha significación: “El Cuerpo del Delito” y “La Confesión en Materia Penal”, habiendo ganado con esta última, que es su tesis doctoral, el premio anual que concedía la Universidad de El Salvador. Ya en los años cincuenta, escribe en el diario “Patria Nueva” su picante columna “Fliteando”, que lo da a conocer como auténtico humorista. Y luego, en 1957, confirma esa condición con su libro “Disparatario”. Vendría en 1963 su mejor obra: “Tres Mujeres al Cuadrado”, en la cual hay cuentos costumbristas realmente magistrales. Retoma Méndez la línea de T. P. Mechín, pero enfatizando con audacia el elemento irónico. Hemos escogido para esta selección uno de los cuentos más representativos de ese libro.

Contemporáneo de Méndez, y muy amigo de él, Hugo Lindo, también abogado, es uno de los escritores más completos de El Salvador. Fundamentalmente poeta metafísico, incursionó también en otros géneros, como el cuento, la novela e incluso el teatro. Tuvo siempre una gran voluntad narrativa, que se concretó en cuatro novelas grandes: “El Anzuelo de Dios” (1956); “¡Justicia, Señor Gobernador!. . .” (1959); “Cada Día Tiene su Afán” (1956); y “Yo Soy la Memoria” (1984). Si bien sus novelas acusan el peso de una mentalidad principalmente discursiva, hay en ellas valores estéticos apreciables y, en muchos casos, dignos de perma-

nente estimación. “¡Justicia, Señor Gobernador! . . .” es acaso su novela más lograda, aunque “Cada Día Tiene su Afán” es más ágil y “Yo Soy la Memoria” más profunda y ambiciosa. En el cuento, el autor se desenvuelve con gran propiedad estilística y argumental. Algunos de sus cuentos —de los libros “Guaro y Champana”, “Aquí se cuentan Cuentos” y “Espejos Paralelos”— son verdaderas joyas. Cultivó el cuento cosmopolita, psicológico, de anticipación; pero tiene también algunas muestras de dosificado costumbrismo, como el intencionado e hilarante relato que aquí se incluye.

Luis Gallegos Valdés es principalmente crítico literario e historiador de nuestras letras. En estos campos, su posición es señera. Desde muy joven, acuciado por la vocación, comienza a depurar su prosa, con afanoso empeño. La lectura constante de autores como Azorín le ha dado a su pluma agilidad, donosura y sobriedad. Cultiva el estilo, sin caer en los experimentos preciosistas. Como crítico es lúcido y benévolo, porque así es su temperamento, excepcional en un medio proclive a las polarizaciones. Toda su obra es una lección de aticismo. A intervalos, ha incursionado gustosamente en la narración, que le nace fluida y sabrosa. Su narración larga “Plaza Mayor” deleita y cautiva. Es de un suave costumbrismo, donde aparecen tipos, escenas y colores del ambiente, también con su apreciable dosis de fantasía. Es un costumbrismo casi lírico el de Gallegos Valdés; de ahí su originalidad.

Ricardo Martell Caminos es maestro de enseñanza. Su obra poética es fina, breve y llena de hondo sentimentalismo. Como cuentista, prefiere los temas regionales, en los que vierte siempre una nota de dramatismo. Algunas de sus narraciones son producto de experiencias vividas en su infancia, y por eso están cargadas de sentimiento y veracidad.

A principios de los años cuarenta se perfila una nueva generación de poetas y escritores. Como es natural en el país, predomina inicialmente la poesía. Luego, algunos de estos escritores sesgan hacia otros géneros, con mayor empuje. Matilde Elena López, hacia el ensayo literario; Cristóbal Humberto Ibarra, hacia la narrativa, y también hacia el ensayo sintético. Como narrador, Ibarra se destaca por su estilo macizo y por su búsqueda de nuevos rumbos. Sus cuentos son de un fuerte telurismo mágico. Su novela “Tembladerales” trata el tema de la tierra; pero con impregnaciones metafísicas, resultado de su formación humanística. De esta novela es el fragmento que presentamos. Más tarde ha derivado en la narración breve, de contenido filosófico; aunque sabemos que tiene una novela inédita sobre la realidad centroamericana contemporánea, que publicará en su momento.

En la generación o grupo subsiguiente, que surge en 1950, el impulso renovador iniciado por los escritores inmediatamente anteriores se define

ya programáticamente como un “compromiso”, básicamente en los campos social y político. A este grupo inicial —de adolescentes inquietos y llenos de ilusiones creadoras— se juntan luego otros, allá por 1956, provenientes principalmente del campo universitario. Muchos de todos ellos se destacan en la poesía, el cuento, el teatro y el periodismo; uno que otro en el ensayo y en la historia. Por su propia inclinación y momento histórico, son más dados a los temas universales que a los locales; pero mucho después, algunos asumen una postura narrativa que trata de recoger fragmentos importantes de la vida del país. En esta línea, el más persistente es quizás Manlio Argueta, que ha logrado reconocimiento internacional por sus novelas. De una de ellas —muy elogiada y traducida— extraemos un fragmento.

Jorge Kattán Zablah se forma en los Estados Unidos. Es doctor en literatura, y profesor universitario en aquel país. El sí es un costumbrista nato, quizás acicateado por la nostalgia. Su narrativa es realista, limpia y sabrosa. Empalma con la de T. P. Mechín, con las naturales divergencias que crea el tiempo. Hay humor sano, personajes bien perfilados, argumentos ingeniosos y verosímiles, en sus relatos. Es un escritor de fibra, que maneja un diálogo eficaz y una descripción sobria y amena.

El autor de estas líneas también ha escrito cuentos con visos costumbristas, aunque su línea va más por lo metafísico y fantástico. En su sección dominical de “La Prensa Gráfica” denominada *Historias sin cuento*, publica relatos que son claramente costumbristas; pero aquí se incluye un cuento del libro “Los Sobrevivientes” (Primer Premio en los Juegos Florales Centroamericanos y de Panamá, Quezaltenango, Guatemala, 1979); y del cual ha dicho Hugo Montes, el gran crítico chileno: “El título es “Los Sobrevivientes”, nombre de uno de los tres relatos del libro. Cuenta de un tal Antonio, trabajador en una finca en que sólo viven bien los patrones —padre e hija—. Antonio es hijo de un hombre que sabía curar con artes que los demás ignoraban, lo que le granjeó la enemistad del patrón y la gratitud de sus iguales. Malas manos incendiaron su casa. Antonio era niño, pero recuerda. Y espera. Esperó hasta ahora, cuando logra trabajo en la misma finca. Sus ojos se han abierto, tanto a lo que odia por razones ancestrales, cuanto a la belleza y la bondad de la hija del señor. ¿Cómo vengarse sin herirla a ella?

Este resumen, siendo exacto, traiciona el cuento, aureolado de magia, de sabiduría popular, de fuerza superracional. Todo en él es llevado por un dinamismo entre fatal y elegido, distinto. Esta como corriente oculta es el verdadero protagonista del relato, verdadera joyita de la narrativa hispanoamericana”.

Carlos Balaguer es un narrador joven, cuya tendencia es más bien hacia lo onírico. De gran fecundidad, cultiva también el artículo periodístico, de tema literario, con sesgo filosófico y sabroso estilo. Ha publicado novelas, cuentos y poemas; y es asimismo interesante pintor. Aunque la nota surrealista predomina en sus escritos, tiene algunas páginas en las que asoma el color local y la intención costumbrista, como la que aquí incluimos.

* * *

Esta selección, como toda obra de semejante naturaleza, no es ni puede ser exhaustiva. Se trata simplemente de una muestra. Se ha buscado presentar tendencias, más que autores. No es un catálogo de elegidos —en el sentido privilegiado del término—, ni un vehículo para excluir voluntariamente a nadie. El autor tiene gustos y preferencias, como es natural; pero no prejuicios ni malquerencias. Al menos, eso es lo que cotidianamente se propone. Y ojalá que, en la medida de las posibilidades y los recursos, lo haya logrado. El filón costumbrista es grande en El Salvador; esto que el lector tiene a la vista es sólo una mirada al trasluz de ese filón.

David Escobar Galindo

San Salvador, 6 de enero de 1987.

HERMOGENES ALVARADO P.
EN LA CANCHA DE GALLOS
(1896)

Escenas de la vida en El Salvador

Hace algunos años que, entre mis conocidos de San Salvador, contaba al maestro Bonifacio Cerón, carpintero de oficio, que aunque muy honrado en sus negocios, jamás entregaba una obra el día convenido. A la verdad, tal defecto es general en todos los artesanos de mi país, y no hay razón alguna para que el maestro Bonifacio fuera una excepción a la regla general.

Habíale encargado la compostura de una cómoda, trabajo que ofreció hacer en el siguiente día; y como trascurrieran varios sin que el mueble volviera a mi casa por más recados que al maestro mandaba, me pareció mejor reclamarlo personalmente.

Encontré en el obrador a dos muchachos aprendices, que habían abandonado la garlopa y el serrucho para dar de comer a dos gallos que amarrados estaban a los pies de una cama en construcción. Pregunté á los rapaces por su maestro, y uno de ellos me indicó que estaba en el patio *asoleando* sus pollos de raza. Fuíme allá, y en efecto encontré al maestro Bonifacio rodeado como de veinticinco gallos que tomaban el sol, sujetos en estacas enclavadas en el suelo.

—Maestro, le dije, supongo que ya habrá U. compuesto mi cómoda.

—¡Ah! señor, si viera que he estado muy ocupado y no he tenido tiempo de hacer ese *trabajito*; pero le ofrezco que el sábado de esta semana la tendrá en su *posada*.

—Y al mismo tiempo que así me hablaba, se entretenía en sobar suavemente la golilla de un hermoso gallo negro, cuyas relucientes plumas eran tan largas que las de la parte trasera casi llegaban al suelo.

—Vea don Enrique, continuó, qué animal tan fino. Le he puesto *Peludo* por la forma de su plumaje, y es hijo del gran gallo *chilequemado* que hizo novedad en el *patio* el año pasado y que tuvo veinte *alzos*. Como ya no le *echaban* gallo, lo soltaron con una gallina panameña y yo pude conseguir dos huevos que me costaron cinco pesos.

El Peludo tiene ya tres *topas* y juega *igualito* al *tata*: se lanza como *chucho* con rabia sobre su contrario, y sin darle tiempo para defenderse, lo hace *árganas* con el pico y las patas. Aquel *zambo* cola blanca que está cerca del *giro*, lo *eché* el domingo pasado con doscientos pesos y salió *limpio*; el *melcocho*, que canta en este momento, juega *por bajo* y *mete* la pata sin levantarse del suelo, *agarra* al contrario en el momento oportuno, y no lo suelta hasta que lo *ve pegar el pico*; pero el *malatoya* que está en la última estaca es un verdadero prodigio, no se *menéa* del puesto aunque el otro lo provoque; deja que el contrario esté ¡zás!, ¡zás! pasa que pasa, sin tener otro trabajo que voltearse, y cuando *consiente* que se ha cansado *pega un volido* y lo hace un *tanate*; aquel *búlique* . . .

—Pero maestro, me está U. hablando en griego, pues maldito lo que yo entiendo de gallos, aunque sí le confieso que me gustan mucho en arroz o en chicha. Lo que me importa, por ahora, es que U. vaya a trabajar en mi cómoda, por que mucha falta me está haciendo.

—Ya voy, no tenga U. cuidado don Enrique, que yo soy un hombre muy *cabal*. Pues como le iba diciendo, aquel *copales* . . .

—Maestro, dijo asomando la cabeza uno de los aprendices, aquí viene *ño Chico* por la cama.

—*Decile* que he estado muy ocupado y que mañana se la mando sin falta.

—Maestro, dijo el otro, *ña Petrona*, manda decir que si *al fin* le paga los veinte pesos.

—*Decile* que hoy estoy un poco *atrasado* y que mande la semana que entra. ¡Maldita vieja, tanto que me ha molestado!

—¿Y de qué procede la deuda, maestro Bonifacio?

—De *mantención*, don Enrique. Cierto que le debo ese *pistillo* desde hace tiempo, tengo seguridad que el domingo *me gano* con mis gallos *mis* doscientos pesos y *salgo* de ese *piquito* y de otros que me están *acribillando*, porque yo soy un hombre muy *cabal* y no niego lo que debo.

—Pero maestro, no basta confesar lo que se debe, sino pagar a su debido tiempo.

—Convengo don Enrique, p



rezo. Venga U. al *patio* el domingo y apueste a mis gallos, porque son tan buenos que es imposible que pierdan.

Sali del taller del maestro Bonifacio poseído de profunda tristeza. ¿Cómo es posible, me decía, que un hombre tan hábil en su oficio abandone el trabajo para dedicarse a cuidar gallos, y aventure sus pequeños ahorros en el más bárbaro de los juegos que nuestros abuelos nos legaron?

La mala educación que el pueblo recibe y la falta de distracciones cultas y honestas, inclina a nuestra clase obrera á contraer hábitos perjudiciales, y como tiene además el ejemplo de la clase elevada, pues la cancha de gallos ha sido frecuentada por presidentes, ministros, magistrados, jueces, banqueros, comerciantes y demás gente de pro, no debe extrañarse que un humilde carpintero como el maestro Bonifacio, haya querido imitar a los que creía superiores en poder e inteligencia.

A pesar de la viva repugnancia que me ha inspirado siempre el juego de gallos, la curiosidad, y más que todo, el interés que me inspiraba el maestro Bonifacio, me decidieron a aceptar su invitación, y busqué de padrino y cicerone a un antiguo general, gallero famoso aunque retirado del oficio, porque me daba vergüenza llegar sólo a semejante lugar.

Lo primero que se observa al entrar en la cancha de gallos es una galera medio derrengada donde se ha construido una especie de circo de tablas mal unidas; y concéntrica al circo una rústica galería donde se colocan los espectadores. Los puestos que éstos ocupan son de distinta categoría, pues los hay de diferentes precios, tan cierto es que el dinero da una especie de nobleza y distinción aun en la práctica del vicio. Los que más pagan se creen superiores a los otros, sin ocurrírseles siquiera que en el hecho se ponen al mismo nivel del bajo pueblo, desde el momento que frecuentan e imitan sus malas costumbres.

Los jugadores llegaban en grupos considerables. Muchos llevaban uno o dos gallos que amarraban en cualquier parte, o los introducían al circo para buscarles *casada*; unos formaban corrillos y hablaban en voz baja y misteriosa, y otros recorrían el circo inspeccionando los gallos destinados a la pelea.

El canto de los animales, las discusiones de los jugadores, las bromas soeces, las carcajadas, y el ir y venir de tanta gente que se movía en tan reducido espacio, producían un ruido espantoso capaz de crispar los nervios al más flemático.

No esperaba ver en tal lugar tanta cara conocida.

Allí estaba el doctor don Silvestre Pelésnez, que ocupaba entonces un elevado puesto en la administración pública, y a quien el día anterior habíale suplicado el pronto despacho de un asunto, pendiente hacía varios

años. Hombre como de cuarenta y dos años, moreno el cutis, cabello largo y recio, bigote espeso y respetable, hermosísimos *chagales*, cejas pobladas, frente espaciosa, nariz gruesa y ligeramente encorvada, corbata roja, chaleco desabrochado, pantalón y levita azules y sombrero junco medio ladeado hacia la derecha; tales eran las señales prominentes de nuestro personaje, que colocado de cuclillas y teniendo bajo la planta del pie el cordel que sujetaba al *Peludo*, inspeccionaba otro gallo que le ofrecían de *casada*. No creo que el digno funcionario, para resolver un asunto de importancia, haya puesto tanta atención como la que demostraba en el examen del bípedo que le proponían para el suyo.

Ahí ví a un Juez de la Instancia alternando amigablemente con un individuo que la víspera había salido de la prisión por haber cumplido la condena.

Ahí ví a un Ministro y a un Sub-secretario de Estado codeándose familiarmente con sus empleados subalternos.

Ahí ví comerciantes, agricultores, agiotistas, banqueros, y hombres de letras, en democrática confusión con jornaleros, artesanos y demás gente menuda.

Ahí ví lo más alto y lo más abyecto que nuestra sociedad encierra en su seno.

Y allí conocí al célebre bandido Bibián Ponce, extraído de la cárcel por su compadre el alcaide, para que fuera a mitigar sus penas apostando a los gallos el fruto de sus rapiñas. (1)

Busqué con la vista al maestro Bonifacio y le hice seña de que se aproximara.

—¿Ha *casado* U. sus gallos?, le pregunté.

—Casi todos los va a jugar don Silvestre Pelésnez. El *Peludo* que está *casando* es uno de mis mejores gallos y la pelea va a ser magnífica. Yo le indiqué que *echáramos* primero el *zambo*, pero se empeñó en que fuera el *Peludo*, y como el doctor es muy entendido en la materia no tuve inconveniente en darle gusto.

El maestro Bonifacio se retiró con el semblante alegre y el General me dijo:

—Todos los galleros tienen la creencia de que sus gallos son los mejores, hasta que una triste experiencia los desengaña que a un gallo, por bueno que sea, le gana otro inferior. Atribuyen entonces su mala suerte a mil causas, algunas bastante absurdas, pero que no por eso dejan de admitirse como axiomas entre los jugadores. Que el gallo se desveló la víspe-

(1) Histórico.

ra a causa de una fiesta que hubo en el vecindario; que se *engallotó* porque cerca de él pasó una gallina; que la última *topa* fue muy prolongada o muy corta; que no se tuvo presente que le *alzaba pelo* a los gallos *chilequemados* porque el que lo hizo correr en la primera *topa* tenía el mismo color; que en vez de maíz amarillo se le dio a comer del blanco, y así otras muchas majaderías que yo creía como verdades evidentes.

—He oído decir, mi General, que en el juego de gallos se emplea muchas veces la mala fe, lo que a primera vista parece imposible.

—Varios hechos he presenciado que confirman esa creencia. Hace pocos años tuvimos un Presidente muy aficionado a todos los juegos, y un sujeto que se decía amigo suyo, le ponderó como excelente un *dos pelos* que en su *gallera* tenía, asegurándole que podía *echarlo* con la cantidad que quisiera. El famoso gallo se corrió *limpio* al primer tiro.

—Estaría desvelado.

—Puede ser, porque el amigo aquel había estado de *parranda* la noche anterior, pero la verdad es que el Presidente se puso furioso, y poco faltó para que le diera una paliza cuando averiguó que el dueño del gallo había apostado en contra.

—Malas pulgas le picaban a ese señor Presidente.

—Cuando se está *casando* un gallo se da muchas veces a *pulso*, es decir se entrega al jugador para que calcule su peso, circunstancia que aprovecha para darle un fuerte apretón debajo de las alas y lastimarlo con las uñas, y aun ha habido personas que hayan puesto veneno en la punta de la navaja. Los *topetones* proporcionan otro medio de engañar.

—¿Y a qué llaman *topetones*?

—El dueño de dos gallos malos o que se suponen tales, propone que el jugador escoja el que más le agrada para que pelee con el otro, y en este caso la apuesta es de poco dinero.

—No comprendo que en eso pueda haber mala fe.

—Es muy sencillo, amigo mío. Figúrese que una persona tiene un gallo muy bueno y otro muy malo, cuyo modo de pelear conoce perfectamente, y los da a un tercero, con quien se pone de acuerdo para que los juegue de *topetón*. Apuesta por *fuera* al gallo bueno con las personas que no conocen a uno y otro, teniendo así la casi seguridad de ganar, e importándole poco perder la pequeña cantidad que va por *dentro*. Si el *topetón* no se ajusta, procura que el gallo bueno sea *casado* con el malo, para lo cual se vale de otro compadre.

El sonido de una campanilla interrumpió nuestra conversación.

—¿Qué significa eso mi General?

—Anuncian que está concertada una pelea.

Dirigí la vista al interior del circo y observé que el maestro Bonifacio tenía al *Peludo* recostado sobre el pecho, sujeta con una mano la pata derecha del bípodo, y la izquierda sostenida horizontalmente para que le amarraran la navaja. El doctor Pelésnez se colocó frente al gallo, sacó del bolsillo de la levita un estuche que contenía varias cuchillas corvas de agudísima punta, terminadas por el otro extremo, formando un codo, en dos piernas delgadas en figura de horquilla, escogió con mucho cuidado la que por su tamaño y peso convenía, y le probó la punta picándose con ella los músculos palmarios.

Satisfecho de su examen, extrajo del bolsillo del pantalón, una sierrita muy fina, un *cuero* rectangular con un agujero en el medio, y un delgado cordel de cáñamo. Cortó con la sierra un pedazo de espolón al *Peludo*, mojó con la lengua el reverso del cuero, envolvió con él la pata izquierda del animal, introduciendo en el agujero el mutilado espolón, y comenzó al amarre.

Amarrar bien una navaja de gallo debe ser cosa peliaguda, porque el honorable funcionario, después de dar varias vueltas al cordel, se inclinaba un poco, cerraba el ojo izquierdo, y frunciendo los párpados del derecho, dirigía la visual a la punta de la navaja, que quizá debía corresponder a cierta parte ósea de la pata del *Peludo*.

Concluida tan delicada operación, el doctor Pelésnez estiró los dedos del animal, introduciendo en el agujero el mutilado espolón, y comenzó el en el suelo con mucho primor.

Al *Peludo* quizá le estorbaba aquel aditamento que le habían puesto, porque comenzó a picotear la pita que amarrada tenía, y viendo la inutilidad de sus esfuerzos levantó orgullosamente la cabeza, batió las alas, y encorvando el pescuezo, soltó un *qui-quiri-quí* tan sonoro, que el doctor Pelésnez y el maestro Bonifacio se sobaron las manos en señal de contento.

Ambos contendientes estaban listos. El del *Peludo* era un hermoso gallo blanco, que su dueño colocó a algunas varas de distancia del contrario. Sonó nuevamente la campanilla, y la gente salió del circo, quedando únicamente en el interior los dos gallos, los dos jugadores y el *juez del patio*.

El maestro Bonifacio, un poco pálido, fue a sentarse a mi lado y comenzaron las apuestas que los jugadores hacían a gritos y con desaforados ademanes.

- ¡Veinte pesos al *blanco*!
- ¡Pago los veinte al *Peludo*!
- Voy diez al *blanco*.
- ¡Cojo cinco al *Peludo*!
- Me descaso*.

—¡Pongo treinta pesos al blanco!

—Cojo los treinta pesos, dijo el maestro Bonifacio.

—¿Qué significa eso de *coger* y *poner*?, pregunté al General.

—El que *pone* debe pagar, si *pierde*, toda la cantidad apostada, y si *gana* recibe menos en una proporción ya conocida.

El doctor Pelésnez se acercó al maestro Bonifacio y le pidió uno de los gallos que cuidaban sus aprendices.

—¿Van a pelear tres gallos?, dije al maestro.

—No, don Enrique, ese va a servir para hacer *chinga*.

El doctor cogió el gallo *chinguero* por el medio del cuerpo, sujetándolo las alas con las manos, y lo pasó varias veces muy cerca de la cabeza del *Peludo*; éste, con la golilla alzada, arremetía al *chinguero*, que el doctor levantaba en el momento oportuno para ponerlo fuera de peligro. Igual operación hizo el otro jugador con su gallo.

Después de la *chinga* las apuestas se multiplicaron, y aquello se convirtió en una verdadera Babilonia. El Ministro apostaba con su portero; el Juez con su secretario; los señores de levita, que ocupaban lo que pudiéramos llamar palcos de aquel teatro de nueva especie, apostaban con los del populacho que enfrente de sí tenían, y don Silvestre Pelésnez con todo el mundo.

Un joven alto y flaco era el que más se distinguía por la magnitud de sus apuestas. Creyéndome del oficio me propuso doscientos pesos al blanco contra el *Peludo*.

—Acepte, me dijo el maestro Bonifacio, que la ganancia es segura. Yo voy por *dentro veinticinco* pesos, y por *fuera* he apostado mucho más.

—No estoy loco, maestro, para aventurar esa suma a la pata de un gallo, por más que ese gallo sea el gran *Peludo*.

La palabra *loco* parece que no agradó al joven flaco, porque me hizo una mueca y dirigióse a otro lado.

—¿Por qué se habrá disgustado ese caballero?, pregunté al General.

—Porque U. *mentó* la soga en casa del ahorcado. A ese joven le llaman *loco*, no porque lo sea, sino por su audacia para apostar, y veces ha habido que gane miles de pesos para perder el doble un día después. Por lo demás, es un excelente muchacho incapaz de hacer mal a nadie.

Los jugadores del circo levantaron los gallos y los aproximaron para que se picotearan, hecho lo cual los colocaron en el suelo, desnudas las navajas, y a pocos pasos de distancia.

Los animales se aproximaron lentamente en actitud provocativa, y fue el *Peludo* quien atacó primero, levantándose como a una vara de altura: el blanco correspondió el ataque y ambos se encontraron en el aire, hiriéndose recíprocamente. Siguiéronse otros encuentros, durante los cua-

les era de verse al doctor Pelésnez corriendo de aquí para allá, para inspeccionar su gallo. Hubo un momento en que se puso en *cuatro pies*, con la cara pegada al suelo, las posaderas al aire, los *chagales* barriendo el polvo y la vista fija en la navaja del *Peludo*.

Un largo reguero de *sangre* marcaba el camino de la pelea, y las plumas de aquellos pobres animales, víctimas de su instinto belicoso, volaban en todos sentidos arrastradas por el viento y en direcciones caprichosas.

Las apuestas habían cesado y un silencio relativo reinaba entre aquella apiñada muchedumbre, y sólo de vez en cuando llegaban a mis oídos exclamaciones extrañas.

—¡Vé qué patada tan bien dada!

—¡Adentro! *Peludo*.

—¡El *blanco* está herido de la pechuga!

—¡Se *soplaron* al *Peludo*!

Y los jugadores se alegraban o entristecían a cada golpe que daba o recibía el gallo de su elección.

El estado del *Peludo* causaba lástima. Chorros de sangre salían de su cuerpo; y las alas caídas, el pico inclinado y la golilla recogida, indicaban su próximo fin. El *blanco* frente a frente, *descordado* de la pata derecha y echando sangre por el pico, tampoco estaba en actitud de continuar la lucha. Así transcurrieron algunos instantes de verdadera angustia para los espectadores y especialmente para el maestro Bonifacio, que recostado de pechos sobre el circo, contemplaba con tristeza la agonía de su gallo predilecto.

No pudiendo el *Peludo* aguantar más, se echó sobre sus patas, inclinó la cabeza, y pocos segundos después tocó el suelo con el pico. Sonó de nuevo la campanilla anunciando el fin de la pelea: una salva de aplausos y unas cuantas frases de despecho fue la única oración fúnebre del infeliz *Peludo*, a quien el maestro Bonifacio cogió con furia de las patas y arrojó a un rincón.

El interior del circo se llenó de nuevo de gallos y galleros, la gritería continuó como al principio, y yo me apresuré a salir de aquel infierno, arrepentido de mi curiosidad.

Ocho días después supe que el maestro Bonifacio había perdido una fuerte suma, y que para pagar las deudas que había contraído tenía embargados el obrador y algunos muebles. Mi cómoda estaba comprendida en el embargo y no resignándome a perderla me puse a caza del maestro Bonifacio, a quien, después de muchas pesquisas, encontré en una carpintería de tercer orden, donde se había acomodado como oficial. Cuando le hablé del asunto me dijo:

—No tenga U. cuidado don Enrique, yo soy muy *cabal* y su cómoda no la pierde, porque me ha ofrecido el doctor don Tiberio Revoltijos que me gana el pleito si le anticipo trescientos pesos: pienso reunir ese *pistillo* el domingo próximo, pues ahora tengo unos gallos de *rechupete* que jugaré en persona. Ese señor Pelésnez no sabe amarrar navajas . . . La del *Peludo* la dejó *torcida* y a los otros gallos se las *apretó* mucho . . . así es que todos se *perdieron* por culpa suya . . . y luego pone el gallo muy cerca del otro . . . y ¡no señor! debe ponerse un poco más lejos . . . Tengo un gallo *pagaley* y un *gallogallina* que son una preciosidad y si U. quiere lo llevo en la pelea.

—Gracias maestro . . . con que mi mueble ¡eh!

—Sí, sí, pierda cuidado, que yo soy una persona muy *cabal*.

Me despedí de aquel desgraciado a quien no he vuelto a ver, ni a mi cómoda tampoco, por lo que creo que fue devorado por el doctor Revoltijos antes y después de haberle perdido el pleito.

(De "Repertorio del Diario del Salvador",* Cuaderno 18, Volumen III, San Salvador, 15 de junio de 1905).

* En esa época era posible escribir así el nombre de la República.

HERMOGENES ALVARADO p. (1845-1928).

Distinguido hombre público. Narrador de ocasión, aunque ameno e interesante. Es, cronológicamente, nuestro primer costumbrista. Describía tipos y ambientes con fluidez y precisión. Dejó narraciones como: "Los Apuros de un Francés", "En la Cancha de Gallos", "San Baladrán de Tejas Abajo", "Las Aventuras del Gran Morajúa", etc., publicados en periódicos y revistas de la época.

SALVADOR J. CARAZO EN PROVINCIA

Ese condenado barbero, bajo el especioso pretexto de afeitarme, me ha rebanado la cara; sin embargo, forzoso es hacer una visita de cumplido a Don Melitón Poca-Sangre; cuando se tienen pocas relaciones con gentes de campanillas es conveniente conservarlas y para eso, es necesario ser atento. Me lavaré —o más bien me lavaría— porque por lo visto el hotelero no considera el agua como artículo de primera necesidad, si se la hago pedir es capaz el muy tuno de cargármela en cuenta como una extra cualquiera. Al menos habrá un peine por aquí —¡que si quieres! ¡Qué bárbaro! ¡no poner a un desgraciado pasajero ni siquiera aquel utensilio tan necesario! ¿Pensará el hotentote que me voy a alisar el pelo con los dedos? ¡Nones! ¡Aunque arda Troya, aquí va esto!

Y el individuo que se entregaba a aquel animado monólogo en un hotel de provincia salió en mangas de camisa al corredor a habérselas con el augusto personaje que en aquel momento, de pie tras el mostrador se ocupaba con la debida solemnidad en la complicada operación de confeccionar un cocktail. En el momento de humedecer los bordes de seis copas que tenía delante, con una raja de limón, después de haber agitado la mezcla apropiadamente, se le presentó el quejoso rojo de indignación y tartamudeando a influjo de la cólera que empezaba a apoderarse de él.

—¡Eh! Usted, ¿por ventura no acostumbran lavarse en esta población los pasajeros?

—¿Por qué lo dice usted? —preguntó el hospitalario tirano con extrañeza.

—Porque en mi pieza, no hay agua, ni jabón, ni toallas, ni peines; no hay nada en fin, más que una sopera que han confundido con *otra cosa*, y que estoy determinado a no usar; ¿estamos?

—¡Es singular! —replicó el otro con una flema desesperante.

—¿Usted cree?

—Yo mismo he dado orden de que arreglen para usted el número 3.

—¡Pues me gusta el arreglo!

—Al menos habrá una cama lista para . . .

—¡Sí! Con legiones de chinches.

—Pero tendrá sábanas limpias.

—¡Sí! Las del último tísico que se murió en ella.

Vaya usted a verlas y bailará del gusto.

Yo había escuchado todo el diálogo y en este momento me creí obligado a confirmar todo lo dicho, agregando jesuíticamente, que por inadvertencia *sin duda* habían omitido poner asientos en la pieza que compartía con el postulante.

El hotelero llamó a uno de sus asistentes para comunicarle las órdenes del caso; éste requirió a otro, quien a su vez exigió la presencia del de más allá. Luego empezó una serie de carreras, de idas y venidas, de gritos y cuchicheos sin objeto. Abrieron y cerraron sin intermisión multitud de alacenas, cofres, armarios, gavetas y cajones. Consultaron, o parecieron consultar con la cocinera, con el mozo de cuadra, con la *molendera*, y hasta con los individuos que pasaban por la calle, y no lo hicieron con los caballos, tal vez por temor de no recibir contestación de ellos.

Mi compañero, entretanto, para no perder tiempo y haciéndose el distraído, procedió a sorberse unas tras otras las copas de licor que aguardaban impacientemente, hacía rato, unos jugadores de dominó por quienes habían sido pedidas. Estos echaron miradas furibundas al intruso que con tan poca ceremonia disponía de lo que ya consideraban como su legítima propiedad; pero él lejos de darse por entendido de lo que significaban aquellas mudas protestas, chasqueaba la lengua con un gusto y una unción altamente cómicas.

Por último, parece que se entendieron amo y criados, y el primero nos anunció el hecho con cierta pompa, diciéndonos:

—Los caballeros están servidos. . . ¿quién se ha bebido los *cocktails*?

—¡Yo! —dijo el culpable sobándose el vientre con inequívoca complacencia.

—Eran de esos señores. . .

—Lo siento mucho: pero . . . se hacen otros. ¿Vienes conmigo? —agregó con imperturbable sangre fría.

Algunas modificaciones ofrecía a la sazón el N° 3. El cuarto se hallaba cuasi-aseado, semi-limpias parecían las sábanas y los lavabos habían sido provistos de lo demás indispensable. También habían retirado el mueble cuyas dimensiones asustaban a mi amigo sustituyéndole con *dos más manuales*. La situación, pues, empezaba a ser sostenible. Pero empeñado Mamerto, que así se llamaba el joven, en poner a prueba la solidez de los muebles, empezó por tirarse de golpe en la cama, que como todas las de su clase, requería un trato más delicado. No es extraño pues que se desplomara desmayada al suelo, después de lanzar unos quejidos que partían el alma. Los bastidores no pudiendo resistir el choque, se hicieron añicos, cayéndole encima al postrado doncel, quien con grandes carcajadas y haciendo no pocos esfuerzos en medio de las ruinas, logró recobrar la perpendicular.

Esta cama debe ir al hospital, fue su primera observación. Y así diciendo con mucha presteza removió la ropa, que tiró al suelo, en seguida agazapándose bajo el destruido mueble, aplicó la cabeza al enrejado de correas y levantó aquél, dirigiéndose sin vacilar hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —le pregunté riéndome de la figura que hacía.

—A practicar un cambio.

—¿Cómo así?

—Ya verás.

En efecto se colocó en un dormitorio inmediato en el que había algunas camas vacías al lado de otras que presentaban traza de ser ocupadas a sus horas. En un segundo reemplazó la que llevaba con otra que colocó en el puesto de la antigua, en el N° 3, arreglónla, y con la pachorra más exquisita se tendió a la bartola en ella.

—Y bien —le pregunté— ¿qué dices?

—¡Nada! Aquella cama la ha roto uno de los que duermen en la otra pieza.

—¡Bah! Todos ellos lo negarán a pies juntos.

—Eso no me importa; mi cama *como tú ves* está entera.

—¿Pero no te remuerde la conciencia?

—Querido, en el almuerzo había cierta sopa de *macarroni* ¿te acuerdas?

—¡Si apenas hace hora y media de él!

—¿Ya has comido cucarachas?

—¿Yo? ¡No faltaría más que eso para divertirme!

—Pero ya has *comido*.

—¡Jamás!

Yo encontré una en mi plato. ¡Por cierto que estaba *cargada!*

—¡Puah!

—Sí, hombre. Ahora recuerdo que me hiciste notar cierto saborcillo a *rincón* en la sopa. ¡Era su esencia!

—¡Un demonio!

—Que el estómago la sea leve. Ahora comprenderás que *me vengo*, conciliando mi venganza con mi escualido bolsillo.

—¡Bien hecho! ¡Qué grosería! ¡Hacerle a uno comer inmundicias. . .!

Al cerrar la noche, nos echamos mi amigo y yo a la calle en viaje de descubrimiento, como decía el alegre joven refiriéndose al objeto de nuestra salida, que no era otro que el de *tropezar* con la casa Poca-Sangre. En efecto, caminábamos en medio de profundas tinieblas entre las que resaltaban aquí y allá, algunos puntitos luminosos.

—Me parece —dije al observar aquéllos—, que veo faroles.

—¡Que no! —replicó Mamerto—, son las brasas de los cigarros que fuman los serenos.

—No puede ser —torné a decir—, no oscilarían si tal fuesen. ¿Acaso sean cigarrillos de papel de *venado*?

Sería necesario para explicar la cosa de este modo que todos los cigarrillos hiciesen llama al mismo tiempo. . .

—En efecto; pero. . . ¡aguarda! Aquí hay un guarda-cantón sobre el que han dejado un capote encerado. ¡Si nos lo lleváramos!

—No hombre —díjeme yo al reconocer al que era—, es un sereno que duerme; no hay tal guarda-cantón.

—¡Amigo! —gritó mi compañero— ¡ya son las nueve!

El *como* agente de la autoridad dio un salto, se restregó los ojos, lanzó un bostezo y prorrumpió en un horrible alarido:

—*Las nueve han da-a-do y seré-je. . . nóo.*

—¿Qué hace usted hombre? ¡Si apenas son las ocho!

—Bueno —dijo el pobre hombre en tono de enfado— ¿y *paqué* me dice su compañero que son las nueve?

—¿Y usted por qué duerme, en vez de vigilar?

Ahora bien, el sereno de la otra esquina oyendo cantar la hora, a su vez *berreó* las nueve en voz aún más desapacible que la de su camarada, y en breve en toda la población se oyeron los diferentes cantos de los demás vigilantes, con no poca sorpresa del vecindario que creyó la cosa ordenada por el gobernador —a quien maldito lo que quería— acusándole en consecuencia de arbitrariedad en el desempeño de sus funciones.

—Buena la hemos hecho —dije tirando del brazo de mi compañero y tocando en “*retirada*”.

—¿Por qué?

—Porque si se le antoja al comandante de la gendarmería averiguar por qué se cantan las nueve a las ocho y nos delata el sereno, nos lucimos.

—Pues buen remedio; apretar el paso.

Lo que yo hab'ía previsto sucedió. El agudo silbido de los pitos con que se llamaban unos celadores a otros me lo anunció suficientemente.

—He ahí lo que has logrado —dije a Mamerto.

—No importa, la salvación está cerca.

—¿Cómo?

—Pues, fuera de las líneas —gritó echando a correr hacia los barrios exteriores de la ciudad... siguiéndole yo a paso gimnástico.

Pero apenas habíamos penetrado en el laberinto de callejuelas que constituía el suburbio, nos arrepentimos de lo que teniendo en cuenta las circunstancias de tiempo y lugar, pudiera muy bien denominar nuestra temeridad. No bien hab'amos doblado dos esquinas, un ejército de canes macilentos y al parecer próximos a rendir el alma, nos cortó la retirada, lanzando agudos ladridos y mostrándonos los dientes que aguzaba el hambre. Primero se nos presentaron unas diez o quince alimañas a las que fueron gradualmente reforzando partidas de tres o cuatro fieras atraídas por el vocerío de sus congéneres y convecinos, acompañándolas incontinentemente en el horripilante coro que ejecutaban con algo más que *con motto* y en espeluznante *crescendo*. Empezar la retirada era lo que la prudencia aconsejaba, y al efecto empezamos a ceder ante las masas que a su turno ocupaban prontamente el terreno que desalojábamos; pero nuestro movimiento fue en breve interrumpido por una nueva fuerza que desembocando por uno de los callejones de retaguardia nos cerró el paso.

Los perros en casi todas las poblaciones de esta República gozan de privilegios que llenarían de envidia a sus mal aventurados congéneres de Constantinopla. Doy de barato que en ellas abunden tanto los degradados descendientes del *Dingo* como en la populosa capital del decrepito Imperio Otomano, lo que, toda proporción guardada, inclinaría la balanza de la comparación en favor de los que con aire melancólico recorren las calles de nuestros pueblos y ciudades, husmeando los montones de basura que para ornato de aquéllas permiten las municipalidades se conserven con todo el cuidado posible. Cada familia tiene en su posesión por lo menos cuatro de tan interesantes cuadrúpedos, vanagloriándose en la desconsoladora ficción de que *cuidan la casa*.

Y la llamo desconsoladora porque tal es, para que los que pasan al alcance de los espeluznantes aullidos con que las presuntas fieras, saludan la presencia de todo ser humano que no sea del número de aquellos a quienes está encomendada la misión de dejarlas morir de hambre, misión a que

por ironía llaman, alimentar las criaturas del Señor, los hijos del país. Proverbial es en todas partes la inteligencia del mamífero del cual dijo Toussene: *viendo Dios al hombre débil, le dio por compañero el perro*. Pero en los lugares a que he aludido arriba, su perspicacia tiene algo de sobrenatural. La necesidad aguza el ingenio, a no dudarlo, y como no reconoce ley, respecto a la cual se halla en el caso de ciertas declinaciones que tanto corromper la sangre a los que estudian el latín al llegar al vocativo; los canes, al caer en la cuenta de que en sus respectivas viviendas no reciben más pitanza que los garrotazos que con mano pródiga les administran sus bondadosos amos, se proclaman comunistas y deciden vivir de lo ajeno.

Para esto le es forzoso hacer visitas domiciliarias en todo el vecindario, al que ponen a contribución tan voluntaria como ciertos empréstitos a los que se aplica el mismo adjetivo aquí y en todas partes donde se cuecen habas, no obstante la presión un si es no *ligera* que ejercen los Gobiernos para *persuadir* a los capitalistas a soltar la mosca.

El género de protesta empleado por los vecinos contra las irrupciones de los bárbaros en cuatro pies por quienes se halla turbada a cada instante su tranquilidad doméstica es adecuado a la naturaleza de las depredaciones que aquellos acostumbra cometer y no se podría aplicar a esos casos en que un ricacho se ve frecuentemente de prestar a la Nación sus caudales *involuntariamente* conformándose mal de su grado con que *le digan* que el hecho tiene lugar con toda su voluntad. Aquélla, a la verdad asume ordinariamente una forma harto sustancial, como que consiste en un mango de escoba al que se adapta con más o menos arte una larga correa, destinada a enroscarse al cuerpo enjuto del desvalijador de cocinas, y comedores, con tal que sea pillado en el acto del crimen. Ese útil se llama *acial* en el idioma mixto que hablan los que le emplean, y puede verse detrás de toda puerta que da a la calle o a lo que parezca, en cualesquiera de los hogares de que se compone el caserío, aldea, o pueblo en que se encuentre el observador.

El papel de dueño de casa es en extremo molesto aunque fácil de representar, en lugares como aquel a que he conducido al lector. Se reduce a comer, beber y digerir durante una parte del día, empleando el resto en recorrer, armado de la combinación de madera y cuero ya expresada, las diferentes habitaciones, con el fin de espantar los animales domésticos a los que no hay modo de persuadir a que desalojen el campo. Marranos, carneros, gallinas, vacas, becerros y hasta gallinazos entran sin ceremonia por las puertas que encuentran abiertas, haciendo su provisión de cuanto comestible hallan a hocicos o a picos; que no todo ha de ser *a manos*. Si a lo dicho se agrega, que gatos y perros se cuelan indiferentemente por los resquicios de las mal seguras hojas, y por las ventanas, cuando desdeñan

hacerlo por los portillos del techo, se tendrá una idea aproximada de las tribulaciones del desgraciado vigilante, quien al regresar en ademán triunfal de su aventurada expedición contra bóvidos y suidos debe aprestarse para emprender descomunal batalla contra felinos, cánidos y vultúridos. De los demás representantes del reino animal que habitualmente pueblan los rincones y agujeros, no se hable, porque para dar pasaporte a éstos no valen más que los medios extremados. Entre los últimos se cuentan los alacranes, animalitos de carácter festivo y como tales, dados al placer de proporcionar sorpresas . . . agradables a los que moran bajo el mismo techo que les cubre.

La digresión, si por tal debe tomarse lo dicho, es larga; pero no está demás en este lugar. Cierto es que no trato aquí más que de nuestra batalla contra los çanes, pero al hablar de la envidiable posición social de que disfrutan me ha sido forzoso traer a colación a todos los irracionales que con ellos comparten los mismos privilegios. Vuelvo ahora a mi asunto.

Conforme a las reglas más banales de la estrategia —una vez cortada nuestra línea de retirada y acosados a vanguardia así como por los flancos no nos quedaba más recurso que adosarnos a una de tantas chozas, lo que hicimos en el acto, preparando anticipadamente el parque— vis: un montón de piedras y un par de garrotes con cuyo auxilio esperábâmos salir triunfantes. Nuestros agresores, en líneas apretadas se lanzaron resueltamente al ataque. Los primeros que se acercaron fueron prontamente arrollados. Las piedras volaban con pasmosa rapidez y de tiempo en tiempo los garrotes blandidos con vigor describían molinetes vistosos que desvencijaban aquí una panza, allá abrían la piel de un cráneo o volaban panza-arriba a uno de los agresores.

Mientras tanto Mamerto gritaba como un *poseído*:

—¡Chuchos! ¡Fuera chuchos! ¡Miren qué perros estos, caramba! ¡Psché! ¡Perros del demonio!

Porque a la verdad si bien a cada golpe se abría ancha brecha en las masas enemigas, aquélla se cerraba prontamente, y más de un can audaz aprovechando las coyunturas favorables, nos había asido de las faldas de nuestras casacas, tirando de ellas con furor o hincando sus dientes en nuestros pantalones que por fortuna eran anchos.

¿Cómo habría acabado la refriega?, lo ignoro puesto que los acometedores no cedían, pero la Providencia que vela por los inocentes envió en nuestro socorro *la ronda* que en un santiamén despejó la plaza, procediendo luego a sujetarnos a un interrogatorio semi-inquisitorial.

—¿Quiénes son ustedes? —Pregunta tonta a la que sólo se podía dar una respuesta impertinente. *Ya lo ven ustedes.*

—¿Qué andan haciendo ustedes?

—Nos hemos extraviado.

—¡Hum! Ustedes andan *paseando* (lo que en salvadoreño quiere decir algo así como: *galanteando a deshoras*).

—¡No, señores, no! Nos hemos extraviado buscando la casa de don Melitón Poca-Sangre.

—Ah, pero ese señor vive allá por la parroquia.

—Posible, pero somos forasteros y hemos perdido el rumbo.

Los alguaciles se consultaron entre sí y después de un momento nos permitieron regresar, lo que hicimos en el acto y más que a paso.

La casualidad quiso que pasáramos por la misma esquina del guardacantón humano, que como antes dormía el sueño de los justos.

—¡Serenos! ¡Son las once! —gritó Mamerto antes de que yo pudiera adivinar sus intenciones.

—“*Las on . . . aguardate tantito hijo de perra*” —exclamó el sereno interrumpiéndose y desenvainando el sable, entre dormido y despierto.

Apretamos a correr como gamos y momentos después nos hallábamos en nuestra pieza tranquilamente acostados, mientras el pobre hombre a quien jugamos la vuelta nos buscaba en opuesta dirección.

—¿Y la visita? —dije yo al apagar la luz.

—Queda aplazada indefinidamente —me replicó mi amigo—, por haber sido las ocho a las nueve, o las nueve a las ocho, fenómeno que es bastante maravilloso para excusarnos de pasar un mal rato.

—¿Cómo así?

—Es muy sencillo. Don Melitón es sordo como una tapia y a la par bastante vanidoso para no querer pasar por tal; por manera que mientras le habláramos de literatura él nos contestaría metiéndose hasta los hombros en la cienaga de la política. Buenas noches.

De las demás aventuras que tuvimos no hablaré —basta lo narrado por hoy— que quede algo para otra ocasión.

Febrero de 1881.

(De “Antología del Cuento Salvadoreño”, de Manuel Barba Salinas, San Salvador, 1a. edición, 1959).

SALVADOR J. CARAZO (1850-1910).

Narrador costumbrista, tuvo una vida pintoresca. Fue periodista. Viajó por Europa, asimilando culturas. Su prosa es un tanto desaliñada, pero se nota en ella el vigor de una personalidad inquieta. Escribió sólo pequeños relatos y estampas del ambiente, teñidos a veces de reminiscencias cosmopolitas. Dejó dos libros: “Taracea” y “4 Sargentos y un Cabo”.

FRANCISCO GAVIDIA

CARTAS AMOROSAS

(FRAGMENTO)

PRIMERA PARTE

LA DECLARACION DE AMOR

I

En 18. . . habitaba yo en San Salvador en un cuarto situado en una de las calles que desembocan en la línea del tranvía.

Cuarto como de estudiante. Por toda animación en aquel barrio, el ruido vibrante que hacían los trenes sobre los rieles a hora fija. No sabía quiénes eran mis vecinos: pulperos, costureras, empleados, estudiantes, muchachas bonitas y alegres, que vivían solas, al parecer. Yo no hablaba a nadie —ni a las muchachas bonitas— porque no llegaba a aquel cuarto sino a dormir. Arrendé esta pieza recién llegado de mi departamento. Recuerdo que no viví en ella sino quince días. La razón fue ésta: Los estudiantes, que vivían a la derecha, cantaban ópera malditamente hasta las dos y tres de la mañana. Uno hacía de tenor, otro de barítono (a quien oía llamar Petrilli, nombre de un cantante muy conocido); el más alto hacía de bajo profundo; el más gordo de bajo caricato; y el más feo de prima donna. Le llamaban a este último la D'Apponte. Toda esta mala semilla vivía, junta en una pieza de seis varas en cuadro. Aquel rincón de ciudad no se animaba sino de las diez a la una de la mañana, merced a los estudiantes. No dejaba de ser áspero el entretenimiento, pero sin duda alguna era de suma originalidad. Si acaso había algo que hiciera

competencia a esta algazara era la que a cincuenta varas, en las habitaciones que daban al patio, metía una sociedad de borrachos. Sólo que la zambra de éstos empezaba más entrada la noche. A las dos de la mañana empezaba una gran golpeadera de puertas, gritos y ruidos de vasos.

La inquilina o dueña de la casa despidió a los estudiantes por cantadores de ópera, so pretexto de que no dejaban dormir a los y las arrendadoras. Cometió el error de incluirme entre aquellos artistas.

Tengo la seguridad de que en la algazara que metían los que empezaban su ágape a las dos de la mañana, solía elevarse la voz de la buena señora de la casa. Por donde entendí que se deshizo de la sociedad estudiantil para quedarse exclusivamente con la de borrachos.

A las siete de la noche un criado con una carreta se disponía a trasladar mis muebles a cien cuadras lejos de aquel infierno. No debía dejar yo esta morada original, sin ver un suceso que ha dado origen y asunto a esta narración y que no dudo interesará al lector.

* * *

Entre los estudiantes, vecinos míos, veía muy raras veces a uno, que oía llamar Santiago. Metido en un cuartucho del patio, la puerta entornada, vivía una vida de misterio, y me hacía el efecto de un loco, de un tísico, o de un hombre que está en capilla. Esta idea se desvanecía, cuando a veces, entreabriéndose una ventana pasaba allí dentro un perfil enérgico y suave y una melena de león crecida y cuidada. Bueno es decir que con él y haciendo casi la misma vida de reclusión permanecía el gordo que hacía de bajo caricato; sólo que éste charlaba incesantemente, Santiago tendría veinticinco años; parecía muy serio. Era de tez morena, barba muy negra, un poco agraciada; semblante melancólico; ojos muy negros, mirada profunda; vestía con alguna elegancia; el cuerpo alto, delgado, los hombros un tanto alzados. Estudiaba medicina. Se notaba que era el jefe y que imponía a sus camaradas este respeto fraternal, que cabe únicamente entre estudiantes. No tomaba parte en la diversión nocturna de sus compañeros, pero la toleraba sin molestia. Triste y pensativo, parecía no oír la barahúnda que le rodeaba. Esto supe después por sus compañeros. Observé que permaneciendo reducido en su pieza interior jamás salía a la calle, si no era de noche, alguna vez.

En cuanto a los libros, creo que ninguno los abría, por lo menos durante la noche. Ya he dicho que yo pasaba el día fuera.

El criado empezó a echar cuadernos, sillas, cajones, jarros en la carreta que me iba a trasladar a mi nueva vivienda. Los estudiantes hacían otro tanto. De repente, Santiago dobló la esquina próxima y se le vio

avanzar con cierto aturdimiento extraño. No le vi jamás achispado; pero no tenía la mejor idea de las costumbres de mis vecinos, si bien sus óperas no tenían nada de bebetorias, como las del interior de la casa. Me extraño además verle de día, y en la calle.

Al verle venir sus compañeros se echaron a reír, aludiendo a la emigración forzosa para que se estaban preparando. —Tenemos que separarnos de la sacerdotisa, dijo con evidente malicia, aludiendo a la inquilina que les veía hacer puesta en jarras desde el zaguán. Petrilli, gritaba otro, despídete de Norma (no he podido comprender qué hallaban de sacerdotisa en la casera). Adiós, Norma, gritó Petrilli. A las dos de la mañana vendrán a ensayar los coros. (Aludía a los bebedores). Pon esas sillas, D'Apponte.

Mientras tanto Santiago había llegado hasta el grupo de sus camaradas. *Mon cher*, le dijo la D'Apponte, como director de la compañía, encárgate de echar a la Norma en la carreta. La dueña de la casa parecía no entender; pero comprendía que era objeto de grandes burlas. Santiago se detuvo sin oír, y advertí que se reía maquinalmente, como trastornado y de un modo espantoso. Los estudiantes continuaron riéndose. Santiago pareció vacilar. Luego con una voz extraña, suave y trémula: —Amigos, dijo: yo me voy a otra parte: quiero despedirme de Uds. Adiós... Los estudiantes asombrados le extendían la mano automáticamente.

En estos momentos un piquete de soldados desembocó por la esquina por donde había aparecido Santiago. Santiago volvió la vista maquinalmente y dirigiéndose a sus compañeros: —¡Dejadles pasar!... exclamó con voz sorda. Y se entró.

El jefe de la escolta se detuvo a la puerta con la resolución y gravedad siniestra de quien está enterado de que su misión es grave.

—No se pasa, dijo la D'Apponte, poniéndose a la puerta.

—No puedo perder tiempo, gritó el Comisario. Adelante, muchachos.

Los soldados viendo a los estudiantes cerrar el paso, amartillaron sus rifles.

Entonces sucedió algo inesperado. La voz de Santiago se dejó oír.

—¡Abridles paso!, gritó. Al mismo tiempo sonó un tiro, y los estudiantes temblaron involuntariamente.

En seguida, todos nos precipitamos dentro. En el suelo había un cadáver. Era el de Santiago. El estupor que siguió fue indescriptible.

* * *

Todo aquel drama se había pasado en dos o tres minutos. Yo me volví a mi habitación, después de ofrecer mis servicios, impresionado y hacien-

do mil conjeturas. Había llegado el momento de la curiosidad, y el grupo de la puerta iba creciendo. Mujeres, soldados, transeúntes, arrendadores, todo se agolpó en torno del cadáver. ¿A qué llegaban aquellos soldados? ¿Qué había de muy grave en todo esto? Aquel joven estaba allí, muerto, al lado. Todos se olvidaron de la carga; las maletas volvieron a la habitación para sacar de ellas los mantos y los vestidos.

Un instante después uno de los estudiantes, el grueso, que solía hacer de bajo caricato, entró en mi cuarto. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se me aproximó y estrechándome la mano de cierto modo, me habló en voz baja fuertemente conmovido.

—Caballero, me dijo, es seguro que muy pronto van a hacer un registro de los papeles de Santiago. He aprovechado el momento de perplejidad del Comisario a fin de poner en seguro varios documentos puramente privados, que estoy cierto que mi desgraciado amigo no querría que fuesen conocidos. Además, debe haber algo de chismes políticos entre esos papeles y mientras nosotros nos deshacemos de los polizontes, U. nos guardará este encargo. Puede U. verlos, y si algo puede comprometer a la familia o a los parientes o amigos del pobre Santiago, le suplico que los queme, por lo que pueda suceder. Vivimos en malos tiempos.

Tomé los papeles que formaban un grueso paquete, los metí en mi cómoda y eché llave.

—Conozco algunos de esos papeles, me dijo el gordo. Cosas de amor. Puede U. verlos.

—Yo los guardaré tal como se me han entregado, le respondí. Con que . . . , cuando U. guste.

—Yo estaba en todos los asuntos de Santiago, añadió él; su discreción de U. me autoriza para suplicarle que los vea y rompa o queme o lo que puede perjudicarle a U. mismo. No le oculto que me hace un servicio que puede comprometerle.

—¡Salomé!, grité al criado que formaba entre los curiosos de la puerta vecina.

—Señor, me respondió el criado.

—Continúa cargando, le dije; ve que ante todo echen esta cómoda a la carreta.

—Eso es, apoyó el gordo, siempre meditabundo.

—¿Puede U. explicarme algo? . . . le dije mientras Salomé y otro hombre sacaban la cómoda.

—Hasta hoy nada sé, respondió; o casi nada, añadió en seguida. El oficial afirma que Santiago ha dado muerte a una joven.

—¡Cómo! ¿Y esa joven?

—Olga Fuentes.

—No conozco a nadie, caballero. Tengo quince días de haber llegado a San Salvador. Olga Fuentes, repetí sin querer. ¿Quién era esta mujer?

—La novia, una niña . . . añadió mi interlocutor con voz reflexiva y apagada.

—¡La novia de su desgraciado amigo!

—Ella, respondió. Es increíble, añadió pensativo. Estaban perdidamente enamorados.

Permanecimos silenciosos. Un momento después llamaban a Aquileo (Aquileo Roque se llamaba el que me había llevado el paquete). Se despidió recomendándome las cartas en voz baja y salió, ganando el corredor. Yo le seguí. La D'Apponte empujaba a Aquileo, diciéndole: —No te conoce el oficial, pero es fácil que averigüen que estás aquí . . . ¡Vamos!, despacha . . . Nosotros veremos lo que se ha de hacer por Santiago . . . Vamos, pronto. Y empujaba a Aquileo, el cual se dejaba llevar, mudo y como un sonámbulo. Así llegaron a una puerta del muro que ponía en comunicación el patio con una callejuela, y ambos desaparecieron. En el cuarto del muerto seguía escuchándose un rumor triste, como que se ocupaban en tender el cadáver mientras se oían algunos sollozos de hombres.

* * *

De aquellos jóvenes unos concluyeron su carrera y volvieron a sus casas a los departamentos; otro, el que tenía mejor voz, se fue de la República con una compañía de zarzuela; otro, que era de Nicaragua, volvió sin concluir su carrera, a su tierra natal; y finalmente de los personajes que intervienen en este a manera de prólogo de esta historia, dos murieron.

Aquileo Roque en la batalla de X***

Y la Norma (la casera).

* * *

Después de muchos años, ayer, registrando en mi cómoda, hallé en una caja un paquete de cartas. Son las del suicida. Sé que nadie me las reclamará . . . Las abro al lector.

(De "Cartas Amarosas", novela inconclusa, 1890).

FRANCISCO GAVIDIA (1863-1955).

Precursor del modernismo hispanoamericano. Guía de Rubén Darío, cuando ambos eran adolescentes, en 1882, al venir Rubén a San Salvador. Humanista integral. Poeta. Narrador. Historiador. Filólogo. Cumbre de nuestra cultura. Sus “Obras” se publicaron en 1913. Y hay actualmente editados dos tomos de sus “Obras Completas”. En 1939, San Miguel, su ciudad natal, lo coronó como poeta epónimo.

40

ALBERTO MASFERRER DE JUCUAPA A USULUTAN

No está malo el camino. Es todavía transitable, como todas las carreteras de Keilhauer mientras el invierno no se formaliza. Marchamos a regular velocidad, y si no contamos algunos hoyos, algunos baches, algunos deslizaderos, algunas zanjas, algunas piedras sueltas, diríamos que la travesía es feliz. Llega uno baqueteado y magullado, pero llega completo. Pasada revista escrupulosa a mis bienes, compruebo que ninguna costilla ha sufrido, y que la cabeza persiste sin rotura, ni chichón ostensibles. Final, una pierna casi baldada, y necesidad de reposar dos días entre fricciones y masajes.

Me consuelo facilísimamente, recordando que el breve y ancho trozo de carretera entre Chinameca y Jucuapa, que podía y debiera mantenerse como una mesa de billar, *se corta*, según afirman los vecinos, apenas se entablan seriamente las lluvias.

La verdad es que aquí en Oriente los caminos *lo son* en verano; en invierno son *ex-caminos*, recuerdo de caminos, ilusión de caminos, remedo de caminos, simulacro, pantomima, caricatura, conato, suposición y fingimiento de caminos. Apenas se inician las lluvias, y ya he fracasado en una tentativa de llegar a Lolotique.

El mejor chofer de Chinameca, un joven acostumbrado a reírse de las dificultades, me acompañaba en la intentona; saliendo vencedor de todos los obstáculos hasta un poco más allá de Nueva Guadalupe, donde la

vía se hace tan estrecha, que no pasaría nuestro carro así fuera la mitad más angosto de lo que ahora es.

—Yo he subido muchas veces a Lolotique —dice contrariado mi amigo y conductor—, pero nunca hallé la senda tan estrecha. Para llegar no habría más que un arbitrio: seguir a pie, dejando aquí el auto.

Mas dejemos el trilladísimo asunto de los caminos, que es irremediable y fijemos los ojos en las bellezas de éste que me conduce a Usulután. Va en el mismo carro —una casualidad feliz— el maestro Macario Castillo, mi amigo desde hace dos siglos. Es uno de esos hombres que se encaprichan a no morirse, que parecen confeccionados de lechuga, según son de frescos, y que tal vez inventaron el *rouge*, según se muestran de rubicundos. Me consta que el maestro Castillo no se pinta. Es el modelo de los obreros de Jucuapa, sobre quienes ejerce influencia incontrastable.

El maestro Castillo es un puritano. No hay más que verle la rectitud tremenda de las cejas y el erizamiento inflexible de los bigotes para adivinar que el vicio, en ninguna forma, aún la más fascinadora y amable, no hallaría en su corazón cinco minutos de hospedaje.

Trabajando siempre, no derrochando nunca, ahuyentando a escobazos hasta la más leve tentación alcohólica, haciendo bien todos sus trabajos, aumentando día por día su clientela, acabó fatalmente por enriquecerse. Quiero decir que tiene su casa, y media finca y sus animalitos, ganados con el más honrado esfuerzo.

El maestro Castillo es el alma de la Sociedad de Obreros de Jucuapa, muy simpática sociedad, por cierto. Ahí le quieren todos y le respetan, y yo creo que le tienen miedo también.

Al subir al auto y encontrarme con que el maestro Castillo era mi compañero, no dejé de contrariarme bastante. Pensé: con este hombre severo y puro, si en el camino se me presenta una ocasión amable de pecar, tendré que despreciarla. Junto a él no hay más remedio que ser virtuoso. . .

Pero la contrariedad se desvaneció luego, al comenzar el maestro a revelarme las curiosidades del camino.

—Este es el beneficio de *El* —me dice Castillo, apenas nos hemos alejado unos dos kilómetros de la ciudad.

—¿Otro beneficio? Porque yo acabo de conocer dos, ahí no más. . .

—Este es otro. Aquellos dos, son otros.

—¡Qué casualidad, maestro! La casa del hotel en que me hospedaba en Jucuapa es. . .

—De *El* —concluye el maestro, imperturbable.

—Maestro, ayer me dieron un paseo de campo, y me dijeron que la finca, preciosa e inmensa adonde me llevaron, era de *El*. . .

—Sí, de *El*. Mire, esta otra finca que comienza ahí, es de *El*. . .

—Y aquella farmacia que está en . . .

—Es de *El* . . .

—Y dicen que el almacén contiguo . . .

—Es de *El* . . .

En Jucuapa, de sobremesa en el hotelito, se contaban hazañas de *El*. Casi era el único tema de las conversaciones. En el paseo, mientras rueda el auto muelle y gratuito de algún amigo cafetalero, éste refiere las empresas, excentricidades y virtudes de *El*.

Bueno, según éstos; peligroso, según aquéllos; unas veces blando y otras duro; implacable con algunos, lleno de piedad con otros; desbordante de actividad, energía e invención; gran concededor de los hombres y atinado organizador de las cosas; disciplinado, sereno, seguro de sí mismo, previsor y habilísimo, se me revela a través de los juicios diversos, como *un hombre*, como un Cecil Rhodas, que fundó en ultralempa su Rodesia. Cuatro Departamentos del país se mueven bajo su control financiero. De Jucuapa a Berlín, a través de Usulután, Santiago, Tecapán, California, Alegría, se extiende el Corazón del Feudo, con sus cinco mil kilómetros y sus cincuenta mil vasallos.

Y este Ducado, pululante de farmacias, almacenes, fábricas de hielo, casas, fincas, plantas eléctricas y beneficios de café, es la manifestación de una vida, la obra de un solo hombre, que lo forjó extrayéndolo de su voluntad . . .

No amo a los ricos, ni me provocan a prosternarme los millones de nadie; pero sí me fascinan los hombres que saben querer. Un hombre *que sabe querer* y hace surgir el mundo de la nada, así sea mundo de tinieblas, que me atrae y me seduce . . . acaso porque una voz secreta me dice que yo, con una voluntad así, habría hecho surgir un mundo de luz . . .

* * *

Vamos rodeando por lo más alto de sus faldas, el volcán de Jucuapa; descendemos al Valle de Las Marías, grande y risueño con mucha población y movimiento; luego bajamos al Valle de Los Arenales, más grande aún que el otro. Una iglesia frente a la cual pasamos me induce a preguntar si es un pueblo.

—No, responde Castillo; es muy grande, y una vez consiguieron los vecinos que lo erigieran en pueblo con el nombre de “San Pedro Lindo”.

—¿Y luego, maestro?

—Que tuvieron que deshacerlo, porque “*era mucha la sodoma*” . . .

—¿Cómo!, ¿y sólo por eso? Le aseguro, maestro, que San Salvador

no es bueno *lindo* que San Pedro, y sin embargo nunca se ha pensado en deshacerlo. ¿A dónde iríamos a parar, si deshiciéramos todas las ciudades, instituciones, religiones, sectas y demás, sólo porque resulta “*ser mucha la sodoma*”?

—Pues así fue, replica el maestro, y en la rigidez de sus cejas y en la moralidad de sus bigotes y de sus ojos, leo la convicción de que para él, la vida o la muerte de las cosas depende exactamente de la cantidad de sodoma que encierren. Precisamente lo que se afirma en cada página de la Biblia, no obstante las leves calaveradas de Salomón y las ligeras traiciones y crueldades de David. . .

El maestro Castillo interrumpe mis meditaciones bíblicas, mostrándome el Valle de Las Cruces, a cuya entrada un campo de foot-ball le hace a uno creerse en las orillas de una ciudad. Me cuenta el maestro que ahora juegan football en muchos caseríos, y que los campesinos se aficianan cada vez más a ese juego, con grave daño de los estancos. Y esto me sugiere la idea de que mejor que estarles regalando equipos a los deportistas ciudadanos, fuera dárselos a los peones, que tienen menos recursos y necesitan más diversiones.

Salimos del Valle, y el auto bordea un seto de *flor barbona*, o guacamaya. Maravillosa idea fue cercar el maizal con una cerca de guacamaya. Al correr del auto, el seto finge una valla de fuego con rayones de oro.

Damos la vuelta a un recodo violento, el Volcán de Jucuapa acaba de esconderse, el de Usulután se acerca, y nuestro viaje breve de hora y media termina.

El maestro Castillo se despide; sigue para San Salvador con su moralidad intacta, y yo desciendo pensando en *El*. . . y en *Ella*. . .

30 de mayo 1930.

(De “Hombres, Ciudades y Paisajes”, San Salvador, 1ª edición, 1949).

ALBERTO MASFERRER (1868-1932).

Gran figura del pensamiento salvadoreño. Moralista social. Al mismo tiempo, gran cultor del estilo. Escribió libros densos y profundos, y también páginas sabrosas sobre el vivir cotidiano. Mereció, con toda justicia, el cognomento de “Maestro”. Entre sus obras destacan: “Las Siete Cuerdas de la Lira”, “El Minimum Vital”, “El Rosal Deshojado”. . .

T. P. MECHIN
EN EL LAGO PINTORESCO

¿A dónde ir en busca de solaz? —me preguntaba yo, después de oír al patrón que se me concedían tres días de licencia—. (La toma de Bucarest había obrado ese milagro).

Tres días libres por delante, y no poseer una propiedad donde disfrutarlos a mis anchas. ¡Setenta y dos horas de asueto y no tener siquiera un amigo acomodado que me llevara a alguna finca! Triste cosa es, y ¡ay! no se barrunta un cambio. . .

¿Coatepeque? El tren es caro, y en el *aristocrático* balneario haría un papel infeliz y me desplumarían.

¿Ilopango? La cosa es diferente. Diez y seis kilómetros, a pesar de los geógrafos y geólogos del Libro Azul, que sostienen las dos leguas con tesón digno de mejor causa, y si el hotel resulta caro, allí está la posada del maestro Eliseo, donde por un peso al día os matan el hambre.

Decidido: ¡al lago de Ilopango!

Un teniente de artillería amigo mío puso a mis órdenes su Bucéfalo —aunque éste más semejaba una ternera que un buey— y a las cinco de la mañana, cuando se tiñen de ópalo y grana las nubecillas que coronan los picos del Chichontepec majestuoso, salí hecho un jinete caracoleando por la interminable Calle de Concepción.

¿Por qué les gustará a los militares montar estos caballitos tontos, que gastan buena parte de sus energías en inútiles piruetas o en imitar a

los cangrejos? Francamente, hay cada gusto. . .

Para subir la cuesta de Soyapango me vi obligado a usar de las espuelas, y allá por "Prusia" corté un buen garrote de guayabo. Con este argumento logré llegar a eso de las ocho, manejando airoso las cuatro charoladas riendas, que dos sin duda no le bastaban al teniente para domeñar los bríos de su fogoso corcel.

—¡Eh! ¡De la casa. . .!

Una parva de *huacalchias*, dando chillidos, voló del corredor del hotel.

¡Qué silencio! ¡Ni un alma. . .!

Eché pie a tierra; amarré a Rocinante de un horcón, y subí temerario los podridos escalones.

—¡Eh! ¿No hay nadie aquí? —grité de nuevo.

Una tos de enfermo se dejó oír en uno de los cuartos: la tos de Montesinos. . .

Momentos después, encorvado y caminando muy despacio, apareció una especie de Robinson.

—Buenos días.

—Buenos nos los dé Dios. . .

—¿Quién es el encargado del hotel?

—Un servidor.

—¿Habrá alojamiento para mí?

—Como haberle, sí que le hay, pero servicio no puedo ofrecerle.

—¿Por qué no? Yo me conformo con poco.

—Habría que conformarse con nada. . .

—Pero hombre, eso no es posible. . .

—Pues sí que lo es. . .

Me pareció que aquel español me estaba tomando el pelo, pero diez minutos después, convencido de la triste realidad, recordaba el "Sic Transit Gloria Mundi" que de niño me intrigara tanto al verle escrito sobre la puerta de nuestro cementerio.

—Pero oiga usted: ¿y qué no es negocio un hotel en el paseo favorito de una capital como la nuestra?

El hombre sin duda iba a decirme "quite usted allá", al uso de su tierra, pero se contentó con sonreír y apagar con el pie la colilla que acababa de tirar. . .

—Pero si toda la vida —insistí yo— he oído decir que el que pusiera un hotel en el lago de Ilopango se haría rico.

—Pues ya puede usted echarse a reír. . .

—¿Y cómo se sostuvo algunos años?

—Gracias a la subvención del gobierno y al . . . patriotismo del propietario.

Parece mentira, ahora que hay en San Salvador ciento veintinueve automóviles y medio.

—Manque hubiera quinientos . . . (1)

—¿Qué dice usted?

—Pero hombre de Dios: ¡mire usted! —y me señalaba el lago.

Miré, y un espectáculo triste se presentó a mis ojos. El agua casi lo ha cubierto todo. Los *parterres*, los muelles, el camino, los kioscos, todo yace sepultado bajo las motas verdosas que encubren el líquido elemento.

—¿Y cómo ha sido esto?

El español se encogió de hombros. La verdad es que la respuesta era digna de mi pregunta, y demostraba que el hombrecillo no en balde ha vivido muchos años de este lado del charco, en tierras de la *libre* América, como todavía dicen por ahí algunos guasones.

—Bueno; pero lo primero es lo primero; yo quiero desayunar.

—Le puedo ofrecer a usted un par de naranjas: son dulces.

—Acepto, pero le agradecería un pescadito de añadidura: a eso he venido.

El hotelero sonrió de nuevo.

—¿Qué? ¿Tampoco pescado?

—¡Quiá! El poco que escapó de los dinamiteros, se ahogó.

—¡Pero eso no es posible!

—Vea: el único superviviente del reino animal en estos alrededores, es un servidor.

Miré a mi hombre de hito en hito, y pensé que verdaderamente estaba hablando con un pez muy desahogado.

—¿Podría ir a bañarme a la plancha? —pregunté.

—No hay cómo: tampoco hay plancha ya.

—¿ . . . ?

—Este año desapareció por completo. Desde entonces no viene nadie del gobierno.

—Y los cerros *quemados*: ¿existen aún?

—Del pequeño apenas se ve ya una puntita. Por la tarde, al declinar el sol, parece que hace señales desesperadas. ¡Pobrecillo! A veces, la media noche, cuando el silencio es más profundo, se oye una voz lejana que grita débilmente “me ahogo”. Es el cerrito . . .

—Y si no es indiscreción: ¿usted qué hace aquí?

1.—Hay ya los quinientos, y el negocio aún no es negocio.

—Esperar . . . Y mientras, cuando vienen excursionistas elegantes, les facilito el tirabuzón, copas y vasos, platos, y el teléfono. Es toda la honra que me conceden.

—¿Pero qué es lo que usted espera?

—Al patrón, que anda por México.

—¿Y si no vuelve?

—¡Qué le vamos a hacer! los Judíos esperan siempre al Mesías . . .

Apenqué con la dorada fruta para acallar en parte las justas reclamaciones del estómago, al mismo tiempo que me entregaba a amargas reflexiones.

¿No hay esperanza, pues, de un cambio en nuestro modo de ser?

¡Tantos años de suspirar por un hotel en el *lindísimo* paseo *preferido* por los salvadoreños, y cuando el sueño se realiza, nuestra mortal apatía deja que todo se lo lleve la trampa! Otro año más, y el edificio del hotel será destruido. El poético lago de Ilopango se convertirá en una sucursal del Mar Muerto, en otra laguna Estigia. ¿Y para esto se hizo un camino tan costoso? ¿Y para ello nos gastamos un sentido en comprar Fords, Buicks y otras maravillas de la industria yanqui?

El agua sube . . . El año pasado subió sesenta centímetros: en el presente ha pasado de un metro.

Nuestros historiadores y geógrafos nos enseñan que los indios hacían desaguar periódicamente la laguna, sea para prevenir los temblores o las enfermedades. “Los ingenieros indios”, dice muy serio un historiador . . .

El agua sube . . . Ciento veinte hectáreas de tierra son arrebatadas cada año a la agricultura. En otras partes dicen que desecan las lagunas para aumentar la tierra. En Holanda luchan con el mar desde hace siglos . . .

Sólo nosotros nos cruzamos de brazos, pero tenemos en cambio el tupé de hablar de la “indiferencia musulmana”. Y sin embargo, aún pululan por ahí *rebeldes* discurseros que a grito pelado juran que hemos de morir como héroes en defensa de nuestra *integridad* territorial amenazada.

No, señores: no haya miedo. Ustedes, los otros, y en cuenta este infeliz hortera, moriremos todos de fiebre perniciosa, de aburrimiento, o a palos, el día que Sancho sea gobernador de esta Insula y cumpla sus propósitos de vendernos en punta.

Un pueblo que ve con perfecta est. . . olidez subir el nivel del agua de sus lagos; que contempla satisfecho cómo se forman los charcos, es necesariamente un pueblo de ranas. Desde la historia aquella del zoquete y del culebrón, no hay entre ellas quién se atreva a hablar de política. Y tienen también muy presente el cuento del sapo que se escapó del charco y que por imitar al buey, reventó.

La república Batraciana es hoy completamente feliz porque es juiciosa.

Mientras yo soñaba, Robinson se puso a fabricar píldoras "Antipalúdicas Infalibles", según una fórmula de su invención (chile huaque, chichipate y otras yerbas).

Un relincho del pobre penco me volvió a la realidad.

Me despedí del hotelero deseándole felices pascuas, y él, en compensación, no quiso cobrarme nada por las naranjas y la lección de filosofía.

Monté en Babiaca, y a casita. Al coronar la empinada y *costosísima* cuesta, que muy pronto estaría inservible, mis ojos pudieron admirar la elegante silueta de nuestro volcán, que dormía tranquilamente su eterna siesta.

Y le encontré gran semejanza con un león echado, aunque sin cabeza. ¿Despertará algún día?²

(De "Burla Burlando", San Salvador, 1ª edición, 1923).

T. P. MECHIN (1873-1944).

Es el seudónimo de don José María Peralta Lagos, escritor de fina vena humorística, originario de Santa Tecla. Fue, además, militar e ingeniero. Es uno de los escritores costumbristas más característicos del país. Se unen en él la habilidad para captar la naturaleza del ambiente con un estilo suelto y castizo, de gran atractivo. Sus mejores obras son: "Burla Burlando" (1923); "Brochazos" (1925); "Doctor Gonorreitigorra" (1926); "Candidato" (1931); y "La Muerte de la Tórtola" (1932).

2.—Despertó poco tiempo después, el 7 de junio de 1917, para castigarnos duramente. Ahora simula que duerme de nuevo... No hay que fiarse.

ARTURO AMBROGI
LA ENTRADA TRIUNFAL

*A mi dilecto amigo José Leiva, en cuyo INDIO
JUAN está, efectivo y fecundo, el arranque de
nuestra novela nacional.*

Hace, en esta fecha, cincuenta años. Contaba yo, en aquel entonces, cosa de once años de edad. San Salvador, en esa mañana memorable de Junio del 85, se había desperezado con el alba. No había dormido durante la noche, impaciente, nervioso. Temprano se levantó, y después de la ablución cotidiana, vistióse sus mejores trapos, y se lanzó a la calle. San Salvador estaba de fiesta. Una frescura deliciosa estimulaba los sentidos. Mostrábase hondo y azul el cielo, de una limpidez uniforme y luminosa de porcelana nueva, saliendo, como salía, de la ducha que las mangueras de la lluvia le habían aplicado durante largas horas. Hasta las dos y media de la mañana un llover incesante había hecho temer que amaneciese malo el día. Pero por fortuna, no fue así. El día amaneció despejado y sereno. Todavía los tejados goteaban, y las aceras de ladrillo de barro, estaban húmedas. En medio de la calle, las corrientes que venían del Volcán, habían dejado, entre las piedras, su rastro de lodo y basuras. Pero al parecer el sol, más tarde, todo se fue secando. El sol barrió del espacio hasta el último andrajo de bruma que flotaba. Conforme a las estipulaciones de paz en San Andrés, mi padre se había hecho cargo del mando de la Plaza,

en tanto el Ejército Libertador la ocupaba. Muy de mañanita había montado a caballo, y en unión de numeroso séquito, había salido a su encuentro, hasta Nejapa. En las calles de la capital, la animación era ya intensa. Oleadas humanas pasaban, oleadas constantes que se encaminaban, bulliciosas, hacia la Plaza de Armas. Esta, a esa hora, era un hervidero. Como una madre de hormiguero. Apiñada, sudorosa, en el ansia de ver, la gente esperaba sin impacientarse. Horas enteras podría haber pasado ahí, a la intemperie, sin protestar, sin siquiera moverse, con tal de no perder el magno espectáculo que se aproximaba, al entonces tardo caminar de las horas. Eran, apenas, las diez. Las acababa de campanear el reloj del Cabildo. Oscilaba, compacta, la multitud, al impulso del rudo apretujamiento. Los “reformados” con sus flamantes cascos de corcho y su uniforme de rayadillo: los “reformados”, que habían, recién, venido a sustituir al clásico “sereno” de charpa mohosa y pistolón de llave, resultaban impotentes para contener el ímpetu de aquella masa heterogénea. Y por las calles seguían corriendo, incesantes, presurosos, los rezagados. Todos sentían impaciencia por llegar. Por coger puesto.

—¡Ya vienen!

—¡Ya vienen!

—¡Apúrense!, clamaban. Y corrían desalados. Corrían arrastrando ristra de cipotes pushcos. De chuchos flacos. Era el erupción de los barrios, la deyección de los alrededores.

En la Plaza de Armas estaba, en aquel entonces, el mercado. No se había edificado aún, en la plazuela de Santa Lucía, el Mercado Central, y en la manzana en donde hoy está el Parque Dueñas, las vendedoras tenían instalados, aglomerados alrededor de la gran pila de mezcla, sus ramadas y sus velachos. Esa mañana no había habido “plaza”, y las vendedoras, endomingadas, habían, desde muy temprano, embanderado y adornado de manera vistosa sus “puestos”. Colmada estaba ya. Y como ella lo estaban los tres portales, y el del Cabildo, y todo el espacio descubierto del atrio de la entonces Catedral (hoy Iglesia del Rosario). De los portales y sus graderías, la gente desbordaba hasta el medio de la calle, invadiéndola. Sobre aquella multitud, bullente como gusanera, flotaba un vaho denso, pesado, de mal olor a sobaco, de pedo frijolero, de tufarada de trapo sucio, de regüeldo apestoso, de emanación a pata shuca, de estocada a sexo sin asear. Aquello asqueaba. Provocaba el vómito. Afluía, todavía, más gente a la Plaza. Pero tenía que quedarse sin poder entrar en ella, taponeando las bocacalles. Rumor de marea subía de aquella enorme aglomeración. Parecía asistirse a una de aquellas “bajadas” del Salvador del Mundo, en la época de esplendor de la Feria de Agosto.

—¡Ya vienen!

—¡Ya vienen!

A cada instante oíase esa voz. Corría, entonces, por la multitud bulleante, como especie de estremecimiento. Se mecía, compacta, en un solo impulso, al oír cómo a lo lejos estallaban algunos cohetes, lo que les hacía presentir que el Ejército Libertador se aproximaba a la Plaza de Armas.

En efecto.

El General Menéndez y su Ejército había pasado ya por La Garita. Y por Casamata. El eco traía el retumbar de las salvas de artillería.

—¡Ya vienen!

Largo rato transcurrió. El Ejército Libertador avanzaba muy despacio. A cada instante el pelotón de caballería del Estado Mayor de la Revolución, que marchaba a la vanguardia, tenía, por fuerza, que detenerse. Era que alguna persona se precipitaba al medio de la calle, con una corona de laurel, o un ramillete de flores en las manos, y se aproximaba a ofrecérsela al Caudillo.

En cada una de las cuatro esquinas de la Plaza de Armas se había levantado un arco triunfal. Un arco que sobrepasaba los techos de teja de los portales, con su armazón de madera recubierta de manta pintarrajeada de toscos emblemas. Arriba, a todo lo ancho, se ostentaban, en grandes letras, inscripciones alusivas. En una decía: “¡Viva Menéndez!”. Estaba ese arco en la propia esquina de la casa de don Emeterio Ruano primero. El otro, el que se alzaba frente a los almacenes de don Miguel Yúdice y don Roberto Schonenberg (hoy Joyería de Martín Oriani y París Volcán, respectivamente), decía: “¡Viva la Libertad y el Derecho!”. En el de la esquina de la casa de don Manuel Trigueros, la inscripción proclamaba: “¡Hosanna a los Libertadores!” Y por último, el de frente a Casa Blanca: “¡Gloria a los Hombres de la Revolución de Mayo!”.

El calor, mientras tanto, comenzaba a intensificarse. Arañaba las carnes, bajo la tela de los trajes. Hacía sudar a chorros. Los pañuelos en vano enjugaban los rostros amoratados. Un instante después de secos, volvían de nuevo a empaparse de la transpiración. Para aliviar un tanto el sofoco, los hombres se quitaban los sombreros y con ellos trataban de darse aire. Las mujeres levantando angustiadas la cabeza, resoplaban, abriéndose el rebozo, y agitándolo contra el seno para abanicarse.

—¡Uf!

De pronto se sintieron estallar, más inmediatos, los cohetes.

—¡Ahora sí!

Se oyeron, claros y distintos, los acordes marciales de la Banda, que ejecutaba un paso-doble, que todo el mundo se sabía de memoria. Era “El Triunfo” de papá Drews, el mismo paso-doble que le habían tocado, durante nueve años, al doctor Zaldívar. En la tregua de las rachas estridentes

de los cobres, se percibía el lamento prolongado y tremante de los clarines que taladraba el espacio. Luego, eran los tambores los que se sentía redoblar.

—¡Rataplán! ¡Rataplán!

El Ejército Libertador avanzaba lento, tardo. Tal una inmensa serpiente que desenrollaba sus anillos, pesadota, erizada de puntas de bayonetas y de filos de dagas, que relucían al sol. Los soldaditos no marchaban ya: se arrastraban más bien, balanceando el brazo libre, al ritmo de la marcha, enlodados de pies a cabeza, derrengados por la fatiga, aturdidos por los ardores del mediodía. Cada quien portaba su fusil como mejor le placía. En vano hubiera sido buscar en ellos la marcialidad de las paradas septembrinas. Pero, precisamente, era aquella absoluta falta de marcialidad lo que más impresionaba al público. Lo que más le conmovía. La gente del pueblo, al verles pasar, clamaba, compadecida, casi con lágrimas en la voz:

—¡Véyanlos! Pobrecitos. . .

Y los soldaditos caminaban, caminaban, arrastrando los pies lodosos, lastimándose en las aristas rudas del empedrado, tropezando en los hoyos del piso disparejo. ¡Pobres soldaditos que nunca han sabido por qué los echan al pleito! ¡Por qué los mandan a que los maten, y por qué ellos matan a sus hermanos, que tampoco saben por qué pelean, por qué los matan y por qué matan, a su vez, a quienes nunca les han hecho ningún mal, y que son tan infelices como ellos! Algunos de los soldaditos habían cortado en el camino ramitas verdes, gajitos de flores silvestres y las habían ensartado en la boca del cañón de sus fusiles. Otros habían enredado, a lo largo del mismo cañón, guías de colación, cuyos capullos rosaditos al ardor del sol habían enmustecido. Otros habían adornado, la copa apabullada de sus charras de palma, amarillenta, de melladas alas caídas, con bejuco de chonchos violáceos o de campanillas celestes que ya eran una piltrafa, de puro ajadas. A todo lo largo del trayecto que el Ejército Libertador recorría antes de entrar a la Plaza, los balcones y las puertas de las casas, ostentaban colgaduras. ¡Era en honor de esos pobres soldaditos! Y en todos los balcones y en las puertas abiertas de par en par, los moradores vistiendo sus mejores ropas, y en el rostro reflejando el regocijo que los embargaba, se apiñaban para verlos pasar. Y les tiraban flores, muchas flores, lluvias de flores, al mismo tiempo que les gritaban, entusiasmados, agitando en alto los brazos:

—¡Vivan los Libertadores!

—¡Vivan los soldaditos de Menéndez!

Y los soldaditos de Menéndez, sonreían, sonreían, ingenuos y sufridos. Y la marcha seguía, seguía, como siempre, tarda, despaciosa, cansina.

Chasqueaba contra las piedras, el arrastre de los caites enfangados. Tintineaba la hojalata de las cantimploras abolladas. Jadeaban, sofocados, los pechos. En vano era que el tambor batiente tratase de hacerles marcar el paso. ¡Para marcar el paso estaban aquellos pobres hombrecitos, que no ambicionaban más cosa que llegar cuanto antes al sitio en que los iban a encorralar, y así, ya libres, poder echarse al suelo, y dormir, dormir, dormir! En vano era que sonara el clarín. Su lamento prolongado y treman- te, iba a disiparse en el ardor de la hora meridiana.

De pronto, en la propia esquina de la casa de Ruano (en donde hoy se alza el Teatro Coliseo), diez, veinte, treinta cohetes “cargadores”, disparados a la vez, rasgaron el espacio, y las triples bombas explotaron, estruendosas, en lo alto, haciendo estallar en un rugido a la multitud hacinada en la Plaza, en la calle y en los portales.

—¡Aquí están ya!

—¡Aquí están ya!

En ese preciso instante la vieja Catedral echó a vuelo todas sus campanas. Los cohetes, que las vendedoras del mercado disparaban, se multiplicaban. Y las aclamaciones resonaron, delirantes.

—¡Viva Menéndez!

—¡Viva Menéndez!

Lo aclamaban todos. Unánimes. Hombres, mujeres, ancianos, niños. Todos eran un solo grito. Un clamoreo estruendoso. Un solo incontenible desborde de locura patriótica:

—¡Viva Menéndez!

—¡Viva Menéndez!

Y entre las salvas de artillería, y las estridencias de los cobres marciales, y el estallido de las bombas, y los vivas atronadores, y el tableteo de los aplausos, y la confusión de gritos, el pelotón de caballería del Estado Mayor de la Revolución fue apareciendo. El Ejército Libertador había efectuado su entrada a la capital por la Calle de Concepción y por ella, recto, había marchado hasta tomar la de Washington. Doblando por la esquina del hoy parque San José, tomó por la Calle del Comercio hasta llegar a la Plaza de Armas. Al General Menéndez, que se había negado a ocupar, por de pronto, la Casa Blanca (que habitó hasta última hora el doctor Zaldívar y en donde el General Figueroa vio irse de las manos la Presidencia, que veinte años después hubo de agarrar de nuevo), le tenían preparado alojamiento en casa de don Emeterio Ruano primero. Pero antes de detenerse ahí, tuvo que coronar la Plaza al frente de sus huestes vencedoras. La gente que taponeaba las calles del Comercio y de Zaldaña, tuvo que recular, difícilmente, para evitar que los caballos de la primera fila la atropellase. Y ahí, en esa primera fila que se les iba encima, y que

se apretaba entre sí de tal manera, que mutuamente se estorbaban el paso, venía Menéndez, montado en una mula tordilla. A su lado marchaba el General Rivas, el héroe del Chachacaste. La gran pera entrecana le caía sobre el pecho de la guerrera, y el puño de la diestra, bien en alto, afianzaba el freno de una hermosa yegua alazana.

Todo el mundo quería conocer a Menéndez. Todos preguntaban que quién era Menéndez. Que dónde iba Menéndez.

—¿Quién es?

—¿Quién es?

Los que ya de antes le conocían, se lo mostraban, orgullosos, a los otros.

—¡Aquél! Miren. . .

—¡Aquél!

Y señalaban con el dedo al General Menéndez, que caminaba agobiado por el peso de las coronas de laurel.

—¿Aquél?

—¡Sí. . . sí. . . Ese. . . ¡El flaco! ¡El de la narizota!

—¡Ah! ¿El que viene montado en la mula tordilla, al lado del militar de la pera?

—Sí. . . Ese. Ese es.

Satisfecha la curiosidad, proseguían en sus aclamaciones desaforadas.

—¡Viva Menéndez!

—¡Vivan los Libertadores!

El General Menéndez, entretanto, les sonreía a todos cordialmente, a todos les saludaba con un acogedor ademán de la mano que le quedaba libre. Se adivinaba, a las claras, que al General le embargaba la emoción, una emoción que le salía de muy hondo.

Aumentaba el clamoreo. Aquella multitud parecía estar ebria. Ebria, sí, pero de entusiasmo. En esos instantes, aquel hombre era un Símbolo. El Símbolo nuevo de lo que llegaba. De la Promesa que iba, por fin, a realizarse. Sentíase el ambiente impregnado de esperanzas. Los espíritus se abrían, como grandes flores, a los nuevos aires que soplaban. Y todos tenían Fe, fe ciega y santa en aquel grupo de hombres sufridos y tenaces, mojados por las lluvias, tostados por los soles inclementes. . . En aquel grupo de hombres enlodados, hechos trizas el traje, muertos de fatiga, casi dormidos sobre las monturas, que llegaban en medio de la ovación más grandiosa que registra, en sus raquíuticos anales, nuestra infortunada Historia Patria.

—¡Viva Menéndez!

—¡Vivan los Libertadores!

Para aquella multitud, cegada por el entusiasmo, no había más que

Menéndez en aquel momento. Menéndez lo era todo.

Súbito, una voz de mujer, gritó:

—¡Véyan el cielo! ¡Véyan la palma!

Los que la habían entendido, volvieron, al instante, los ojos al cielo.

En el cielo, hondo y azul, de una limpidez uniforme, y luminosa de porcelana nueva, saliendo como salía, del lavado que las mangueras de la lluvia le habían aplicado durante la noche, unas nubecillas vaporosas, tendíanse de manera casual, de norte a sur, afectando la configuración de una palma que se desplegase sobre el imponente desfile.

La gente creyó adivinar en ello un milagroso presagio.

Un señor vestido de negro, que cargaba sobre sus hombros, a una niña, para que ésta pudiese ver mejor, sentenció con grave acento:

—¡Es la palma de la Paz que nos trae el General Menéndez!

Y tras el pelotón de caballería del Estado Mayor de la Revolución, comenzó a desfilar el Ejército Libertador. Los vivas, los aplausos, redoblaron. La gente estrechó aún más la valla que había formado para que pudieran desfilar las tropas. El paso de la infantería se dificultaba. Los soldaditos pasaban rozándose. Los espectadores se reían con ellos. Al pasar, algunos les golpeaban, campechanamente, los hombros. Otros les arrojaban flores a la cara. Los que más impresionaron al público, de todos ellos, fueron los inditos de Nahuizalco, con sus raídas camisetas de manta, sus pantalones arremangados más arriba de la rodilla y sus caites de empeine. Pasaban los inditos, con su fusil a la diablo, serios, sin sonreír, sin mover siquiera un solo músculo de sus bronceínas caras herméticas.

Y entonces, las aclamaciones de esa parte de la Plaza, por donde ya había pasado Menéndez y su Estado Mayor, eran sólo para los bravos y abnegados soldaditos de la Revolución de Mayo. El General Menéndez desfilaba, al paso dificultoso de los caballos que se estorbaban los unos a los otros, frente al Cabildo, de cuyos altos la concurrencia que ocupaba el corredor, y que se aglomeraba a la baranda de madera, derramaba sobre el Caudillo una verdadera lluvia de flores y de hojas tiernas. Las aclamaciones allá por el lado del portal de la Ferretería de Sagrera y la Sastrería del maestro Flores, eran todas, para los pobres soldaditos que seguían pasando, tardos, lentos, sudorosos, derrengados por la fatiga, sofocados por el ardor del meridiano. Sucios. Harapientos. Requemados por el sol. Cubiertos de la cabeza a los pies de chilguetazos de lodo que se había ido secando. Ceñida a las copas apabulladas de las charras de palma amarillenta, de melladas alas caídas ostentaban, todos, una cinta roja. ¡La eterna cinta roja de nuestras luchas fraticidas! La misma cinta roja, que con el fermentado lema de “¡Libertad o Muerte!” mostrara, fanfarrón, el pseudo Capitán General cuando el 63, el ruido de los caites de las hordas del indio Carrera

que se aproximaban, le hicieron abandonar, desfavorido, sus trincheras de la Plaza de Armas.

Y tras los soldaditos, marchaba, al paso cansado de las bestias, un pelotón de caballería. Marchaba desordenado, sin guardar las distancias. Todos los jinetes iban en mangas de camisa y llevaban el pañuelo anudado al cuello. Unos portaban el Remington cruzado sobre el arzón de la montura. Otros con la culata apoyada en el muslo y empuñándolo por el medio del cañón. Los más lo llevaban al hombro, colgando de la correa ensebada. Al caminar, el fusil golpeaba contra la cartuchera de suela, dentro de la cual sonaban, como piedras, los cartuchos. Y luego de terminado el paso del pelotón de caballería, volvieron de nuevo a desfilar más soldaditos. Más soldaditos derrengados, jadeantes, lodosos, sedientos. ¡Pobres soldaditos de la Revolución! Por momentos, en las filas, se formaban claros. Era que los soldaditos ya no resistían más. Al percibirlo, el oficial que marchaba a su lado, y que como ellos arrastraba los pies, transido de fatiga, ordenaba algo. Entonces los retrasados parecían reaccionar y corrían a pequeños saltitos, con la lengua de fuera y las pupilas inyectadas, hasta reunirse con los otros, y cubrir, así los huecos que disonaban en el conjunto del desfile. Oían los vivas, los aplausos, los hurras: y ni siquiera se impresionaban. Lo que los pobres soldaditos querían era, precisamente, que acabara aquello. Dejar de arrastrar los pies, de lastimárselos en las aristas del empedrado; de calmar, de algún modo, aquella sed que les ahogaba; de aplacar aquella hambre que les mordía las tripas; de estirar las piernas, de extender los brazos y de, por fin, poderse echar en el santo suelo, y allí, despatarrados, dormir, dormir, dormir, hasta saciarse. ¡Ah! ¡Los pobres soldaditos! Cómo compensarían entonces las vigiliadas del campamento, las largas, las interminables horas de guardia en las avanzadas, el constante patrullar entre las tinieblas, bajo el llover incesante.

El pelotón de caballería del Estado Mayor se había detenido frente a la vieja Catedral. Ahí, a la puerta, esperaba el Obispo Cárcamo y Rodríguez, revestido de su capa pluvial, su mitra, y portando su báculo. El General Menéndez y los suyos descabalaron, y, descubriéndose, penetraron al templo, entre el repique de las campanas, las salvas de artillería y los acordes de "La Granadera", que era entonces la marcha presidencial. Se iba a cantar un solemne Te Deum, en acción de gracias por el triunfo de las armas revolucionarias, tal como lo habrían seguramente cantado por las del Gobierno, si la suerte no le hubiera sido adversa a Figueroa. Mientras tanto, las tropas hacían alto. Formaban un cuadro alrededor de la Plaza. Bajo el sol de la una de la tarde tuvieron que esperar a que la ceremonia religiosa terminara. Pero al fin aquella tregua en el incesante trajín, traía siquiera un breve reposo. Culata en tierra, los soldaditos se

apoyaban con las dos manos en la garganta del Remington. No se movían. La multitud que colmaba la plaza, tampoco se movió. Bajo el sol candente esperarían, pacientes, a que el Te Deum terminara, y a que el Caudillo saliera de la Catedral. No querían dejar de verle. De aclamarle. Por la gren claraboya de la portada de la Iglesia, salían, en sonoras oleadas, los ronquidos del órgano. Las campanas parecían contagiadas del delirio popular. En el remate de las astas de Casa Blanca, y de la torre del reloj del Cabildo, colgaba, en flácidos pliegues, de la tela de la bandera nacional, la del viejecito Cañas, la de las barras azules y blancas. Un viento suave principió a soplar, inesperado. Aquel viento sacudió, e hizo chasquear el papel de color de los gallardetes que empavesaban las ramadas y velachos del mercado al aire libre. E incansable, constante, machacante como un estribillo repetido hasta la saciedad, seguía sonando, entre la gloria del sol y en el confuso conjunto de millares de voces enronquecidas pero tenaces:

—¡Viva Menéndez!

—¡Viva el Ejército Libertador!

ARTURO AMBROGI (1875-1936).

Prosista excepcional, adscrito —sobre todo en el principio de su carrera literaria— el movimiento Modernista, del cual es una de las más importantes figuras hispano-americanas. Cultiva con gran tino la crónica cosmopolita. Pero su obra fundamental es “El Libro del Trópico” (1917), sucesión de estampas en las que pinta nuestro terruño, descubriendo sus ricos matices naturales. Editó otros libros como: “Crónicas Marchitas”, “Sensaciones del Japón y de la China”, “Marginales de la Vida”, y “El Jetón”. Era originario de San Salvador.

FRANCISCO HERRERA VELADO

EL AGUA DE COCO

San Antonio del Monte es un pueblecito inmediato a Sonsonate. Cuando termina la cuesta del camino, desde la altura, divisa el romero un paisaje encantador. Alzase la iglesia del Santo Patrono, maciza y blanca, en el centro del lugar, rodeada de cocos más altos que ella. Y en seguida . . . cocos, cocos, cocos . . . Semeja un vergel en donde alguien hubiese tenido el capricho de sembrar sólo palmeras. No se ve otra clase de árboles. Parece que no hay otros. Hasta después nótase la diversidad de follajes que rompen aquella deliciosa monotonía de verdes abanicos. Las casitas cercadas con quilites, chichicaste o piñas se escalonan en la suave pendiente, buscando el río.

Es un bello lugar de peregrinación. Y todo, allí, os hablará exclusivamente del Patrono; desde su única iglesia a sus millones de cocoteros. En cuanto llegáis, habéis de saber que El es cura, alcalde, médico, abogado y . . . —no sé cómo explicarme—. San Antonio del Monte es muy servicial, en provecho de las niñas solteras, y les concede siempre el marido que le piden . . .

Podéis convencerlos al leer la relación de los exvotos —lindos cuadritos— que adornan la iglesia. Aunque hay muchos con seudónimos, es fácil averiguar el nombre de las señoritas, cuando se tiene amistad con el sacristán . . . —Y como vosotros sois muy buenos amigos míos . . .

Pero, puede oírnos la gente. Venid, vamos a la iglesia; que ahí habla-

remos sin cuidado. Pasad adelante.

He aquí los cuadritos:

Este intitulado *Corazones sin rumbo* es de una señorita sonsonateca. Dice que se enamoró perdidamente de un joven muy galán, aunque sumamente pobre. Cuenta que le hizo una insinuación a él y una novena a El. Pronto concertóse el casamiento. (Yo conozco a la peticionaria. Es fea; pero riquísima).

Hay tres “milagros” —de sonsonatecas— que cuentan la misma historia: *Unos ojos verdes*, *Irresponsables* y *Ganarás el pan*. (A estas tres muchachas las conozco también. No son ricas: pero os juro que tienen una belleza milagrosa).

Mirad este otro: Se titula *Un grito en la noche*. . . ¿Os habéis fijado? . . . ¿Os extraña la afición que tienen las sonsonatecas por Pedro Mata? Pues no hagáis caso. Lo mismo sucede en toda la República; porque las señoritas leen demasiadas novelas.

Por los títulos de los milagros, o por sus seudónimos, podéis averiguar las aficiones literarias de cada departamento.

He aquí: *Montecristos*, *Mosqueteros*, *Damas de Monsoreau* y *Casamientos del tío Olifo*. Son exvotos de San Miguel.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis, *Arroz y tartana*. *La condenada*, *Sangre y arena*. . . y otros milagros así, son de Santa Ana.

He aquí unos cuadritos que están primorosamente pintados. Sus autoras son de San Salvador, quienes los han titulado *Sed de amor*. *La de los ojos color de uva*. *Del frío al fuego*. *Las ingenuas*. . . etcétera. . .

En Santa Tecla hay niñas libres de prejuicios: *Las Desencantadas*, *Pequeñeces*, *¿Quo vadis?*, *El amigo manso*, *Lo prohibido*. . . Pero la generalidad prefiere otros títulos: *Imitación de Cristo*, *Ramillote de divinas flores*, *Año cristiano*, *Mes de María*, y así, así.

En San Vicente hay *Rocamboles*, *Judíos errantes* y *Sherlock Holmes*. . . Pero abundan los exvotos intitutados *¡Malditas sean las mujeres*. . . !

¡Uf. . . ! no leamos más. Es grande la tarea.

A mí, francamente, las costumbres de los indios me gustan más que las aristocráticas. Aquí, las núbiles “naturales” no leen novelas ni le piden gollerías a San Antonio. Ellas se casan cuando así lo disponen sus tatas —o no se casan— y punto y aparte.

* * *

Entre los vecinos, ña Mercedes Zetino es la principal —después del señor cura, por supuesto.

Ña Mercedes, una vieja inteligente y astuta, es la médica y abogada del pueblo. La consultan por cualquier enfermedad, y hasta por excesiva salud. Y no creáis que solamente los indios la quieren. También es amiga de los gobernadores y alcaldes de Sonsonate. Porque tan buena es con aquéllos como servicial con éstos.

A pesar de ser médica, ña Mercedes no cree más que en dos medicinas: San Antonio y el agua de coco.

—A ver vos, Sabino, decí qué tenés.

—Pues vea, ña Mercedes, siento un pesor en la boca del estómago. Me arde la tripa después de comer.

—Ajá, eso es empacho. Ya vas a estar bueno. Tomá agua de coco tierno todos los días, en ayunas. Cogés un guacalito mediano, le echás un poco de sal, y cuando sintás que tiene sabor *tetelque* te la tomás de viaje. Pero habís de saber que antes hay que contar con San Antonio. Asina pues, comprás una candela mechona y se la prendés. Aluego te yevás el cabo a tu casa, y todas las noches te das una fletación en la barriga. Bueno. Poné cuidado. Si el coco tierno te afloja mucho, cambialo por uno de agua y carne.

—¿Cuánto le debo? —pregunta tímidamente el enfermo.

—Nada, hombré. ¿Cuándo me habís visto cobrarles a ustedes? Yo no les cobro a los pobres, ya lo sabés. Con sólo la venta de mis cocos tengo para vivir.

—Vaya pues. Dios se lo pague.

Llega otro.

—¿Y vos, Ruperto, qué tenés?

—Míreme el ojo. Lo tengo colorado y me duele mucho cuando vuelvo de sacar la tarea.

—Ajá, a ver. Pelátelo bien. Ansina, eso es. Pues ya te vas a curar. Encendele una candela de a cuartío a San Antonio agora mesmo. Te yevás el cabo, lo pones al sereno y te untás el sebo alrededor del ojo enfermo. Eso lo hacés en la noche, y otro día bien de madrugada te lavás con un coquito de agua y carne. En seguida pelás bien el ojo en agua de coco sazón. Ya vas a sanar. Pero no te asoliés, que es malo.

—Vaya, muchas gracias. No le pregunto cuánto. . .

—No, hombré; ya sabés. Ah, esperate. Oyme. La niña que está criando tu mujer tiene lumbrices. Dale en ayunas agua de coco tierno. Y el sebito, no olvidarlo.

—Bueno. Le agradezco mucho.

Tal es como médica ña Mercedes. Pero como abogada quizá es mejor. Sin embargo, para arreglar los asuntos no cuenta sino con dos recursos: el gobernador y el agua de coco. . .

—A ver qué decís vos, Juliana. ¿Qué sentís?

—Yo no estoy enferma. Yo venía a consultarle un pleito de regadío que tengo con ese sinvergüenza señor alcalde. Vea usted. Yo he pagado la licencia de la agua en el Cabildo. A yo me toca regar en la mañana; pero no me quiere dar la céquia.

—Esperate. No tengás cuidado. Yo iré hoy a Sonsonate y hablaré con el general. Vos vas a ser la dueña de la céquia, y te pagará ese mañoso lo que vos querrás, por daños y perjuicios. Pero, es claro, vos: a esos señores que gobiernan hay que saber agradecerlos. Mandale al general, en tu nombre y con una de tus hijas, unos coquitos pelados con primor. Mandáseles mañana, a la hora de la siesta. Que se los yeve la Anita o la Chabela. ¿Quién de eyas es la mayor?

—La Anita.

—¿Y la menos bayunca?

—La Chabela.

—Pues que vaya la Chabela. Y decile que no sea vergonzosa; que le cuente con gracia el pleito al general. Pero ve; es mejor que antes me mandés aquí a la Chabelita. Yo la aconsejaré bien. Ya verás que fregada le darás al alcalde.

—¿Y querrá...?

—¿Quién? ¿El gobernador? ¿Pues no había de querer? Yo sé lo que te digo. Asina sucedió con el asunto de ño Esteban; y que ése era serio. Acordate que un rico de Izalco lo tenía en la cárcel por quebrador de trabajo. Lueguito lo sacó. ¿Y ño Rubén? ¿Y ña Ciriaca? ¡Ah! es lo que yo les digo. A esos señores que vienen de afuera les encanta la agua de coco. En cuanto les hacemos ese regalito es chiches conseguir lo que les pedimos.

—Dice bien.

—Entonces, quedás de acuerdo.

—Seguro.

—Quedás convenida.

—Comonó.

—Sin falta.

—Sí, pues.

La abogada ña Mercedes es muy lista. Cuanto desea, lo consigue con el gobernador de Sonsonate.

El general Argensola es originario de San Salvador. Joven, rico y soltero, vive en perpetua parranda, rodeado de alegres amigos. En su casa tocan la pianola, beben, juegan y lo demás.

Dice que goza muchísimo en Sonsonate. Así debe ser, a pesar de la

irritación que le causan los tragos y el clima. Quizá le gusta el calor; porque se vanagloria de mantener una sed terrible. . .

¡Los cocos “tiernos” o de “agua y carne” que se habrá bebido el general!

(De “Agua de Coco”, San Salvador, 2a. edición, 1955).

FRANCISCO HERRERA VELADO (1876-1966).

Originario de Izalco, Herrera Velado es poeta romántico, pero, sobre todo, fino narrador costumbrista en Agua de Coco (1920), y poeta festivo dentro de la línea de Batres Montúfar en “Mentiras y Verdades”, delicioso libro de tradiciones y costumbres en verso, publicado en 1923. El narrador de “Agua de Coco” es ameno, descriptivo y de alegre chispa. Conoce a la gente de su pueblo, y la pinta con mesurada ironía.

ABRAHAM RAMIREZ PEÑA
CLOTO
(FRAGMENTO)

Era aquella una tarde gris del mes de agosto.

En el vecino Barrio de San Jacinto, a inmediaciones del paseo público que se ha mencionado con el nombre de Finca Modelo, acostumbran a celebrar todos los años, a mediados de agosto, el santo del nombre del Barrio con una fiestecita que dura dos días, en los cuales se juega, se baila, se bebe y se come golosinas. La plazoleta y calles adyacentes a la iglesia del Barrio se llenan de puestos de ventas de todas clases, en donde el público paseante se provee de lo que es de su agrado, y lo consumen en medio de un tono de alegría manifiesta y espontánea. Hay también ruedas de caballitos y otras diversiones para los chicos que van con sus papás o con sus otros parientes.

Al caer de la tarde de aquel hermoso día, el San Salvador elegante y bullicioso íbase deslizando por aquellos contornos para disfrutar de mejores brisas y alegrar el espíritu con la perspectiva de aquella fiestecita amena y concurrida de índole puramente democrática.

El ambiente caliginoso del mediodía iba refrescándose tenuemente a medida que el sol descendía del cenit lenta y majestuosamente hacia su ocaso. Las elegantes damas, las graciosas señoritas y las salerosas mengualas ataviadas con vistosos y multicolores trajes, llenaban los tranvías, coches y autos que corrían veloces hacia aquella parte importante de la capital.

Llegados los paseantes al lugar de la fiestecita y después de merendar algunas golosinas y dar unas vueltas por la calle principal del Barrio, se encaminan hacia el lado Sur para bajar, por las inmediaciones del Cuartel del Zapote, a la Finca Modelo.

Otras personas, huyendo de las molestias que ocasiona el mucho humo que despiden los mil fogoncitos que encienden en la vía pública las mujeres que comercian con cierta clase de comestibles, toman los tranvías que van directamente al Modelo hacia la parte occidental del paseo o se hacen transportar en coches, autos o bien a caballo.

Los domingos se ve siempre concurrido aquel paseo; pero aquel día lo estaba más, por la circunstancia de haber holgorio en la vecindad de San Jacinto.

Las hojas de los árboles corpulentos que se hallan plantados a uno y otro lado de las calles y avenidas de la Finca, movíanse ligeramente a impulsos de un airecillo que también hacía estremecerse, de amor y de dicha, los flotantes y odoríferos cabellos de las hermosas y gentiles san-salvadoreñas que, con ánimo alegre, se paseaban por aquellos parajes.

La banda de Altos Poderes ejecutaba trozos de aires nacionales en el piso alto de la casita de cemento que sirve a la vez de embarcadero, a la orilla del famoso lago del Modelo. Las melodías se mezclaban juguetonas y alegres con el murmullo de las hojas movidas por el viento que penetraba a través de las ramas de las gravileas y de los sauces.

Aquel movimiento incesante, aquel ir y venir, aquel doble cordón de gente caminando en sentido contrario, alrededor del lago, aquel murmullo continuo de voces graves y entonaciones infantiles, aquel rumor de remos, y por último, aquel panorama multicolor que se presenta a la vista del paseante, al contemplar las mujeres con sus chales, pañoletas y vestidos de diferentes formas y colores, da al paseo favorito un aspecto de fiesta campestre, en donde se regocija el espíritu y se olvidan las penas y contratiempos de la vida común y ordinaria.

Las tranquilas y lamosas aguas del lago artificial sirven de lecho movedizo a una docena de pequeñas embarcaciones que navegan llevando en su seno enamoradas parejas que, al compás del remo y sin temor de ser escuchadas, se regalan mutuamente los oídos con endechas amorosas, gratos recuerdos o proyectos deliciosos que piensan realizar tan pronto como lo permita la suerte.

Por último, a la derecha de la entrada principal de la Finca y frente a la explanada que da acceso a los salones del Museo, está situada la can-

tina, en donde los aficionados, sentados en torno de redondas mesitas, apuran con delicia copas de licor, vasos de cerveza u otras bebidas alcohólicas y gaseosas, escuchando vales lentos y marchas marciales que ejecuta la orquesta contratada por el arrendatario de la cantina del Modelo.

(De "Cloto", Biblioteca de Grandes Novelas, Casa Sopena, Barcelona, España, 1916).

ABRAHAM RAMIREZ PEÑA (1879-1930).

Novelista y autor de relatos costumbristas. Fue funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, donde recopiló tratados suscritos por nuestro país. Su estilo es un tanto desaliñado, pero tiene cierto encanto folletinesco, sobre todo en su novela "Cloto", publicada por una popular editorial española (la de don Ramón Sopena), en 1916. Otras de sus obras: "Grandes Almas", novela, de 1912; y "Naderías", artículos y narraciones, de 1913.

SARBELIO NAVARRETE

EN LA REGION DE LAS IDEAS

Ahora que la democracia está en crisis, y que sus principios básicos han sido una vez más llevados al foro de las discusiones públicas; ahora que nuestra política se ha reagrado de las dolencias constitucionales que de antaño viene padeciendo, surge en mi mente el recuerdo de un amigo de mi vida estudiantil: Pedro Rómulo Velásquez. . . ¡Ah, el excéntrico, el ignorado y excelente Pedro Rómulo! Duerme ya, hace algunos años, este soldado desconocido de la causa democrática, entre los herbazales del cementerio de su pueblo nativo. . .

Cuando lo conocí, cursaba yo el último año del bachillerato. El había sido estudiante de Derecho, pero quedó varado en mitad del camino, tal vez por falta de recursos o de gusto por la profesión. De genio huraño, era hombre de pocos amigos; pero, ganada su confianza, se manifestaba afectuoso, expansivo y servicial. Fumador incorregible, su único vicio, el cigarro no le faltaba de la boca. Vestía pobremente, con descuido, pero con limpieza. Jamás supe dónde vivía; acaso en algún tugurio de un apartado barrio de la ciudad. Sólo sabía que pasaba de dar clases particulares y de arreglar las cuentas en tiendas comerciales de tercera o cuarta categoría.

Gustaba de la buena literatura, en especial de la literatura vibrante y revolucionaria. Nada de versos, ni siquiera los de Díaz Mirón o de Chocano. Había leído mucho los "Siete Tratados" y las "Catilnarias" de don Juan Montalvo, entonces muy en boga, lo mismo que la "Reseña Histórica" de

don Lorenzo Montúfar.

Me visitaba con frecuencia. Teníamos a menudo discusiones sobre diversos e intrincados temas, en que muy pocas veces lográbamos estar de acuerdo. No obstante su epidérmica sensibilidad, me permitía que lo molestara con pequeñas bromas inofensivas. Después de varios años de relaciones, lo perdí de vista y no supe más de él hasta la noticia de su fallecimiento. Yo era por aquel tiempo un soñador, un nefelibata, como decían los modernistas; escribía versos y estaba enamorado. La política me importaba un comino. Pero Rómulo se burlaba de mí, compasivamente, y me aconsejaba que me dejara de locuras y tonterías. Parece que el amor y la mujer no encontraron jamás cabida en su corazón. Vivía solitario, lejos de su familia, residente en una población fronteriza a Honduras.

El fuerte del amigo Velásquez era la política, pero la política de oposición, en cuyo sector se mantuvo siempre erguido, sin claudicar. Era radical, apasionado e intransigente. Cuando yo le tocaba ese punto neurálgico de la política, al enemigo no le daba "ni hostia", como él decía. Costaba que les concediera alguna buena cualidad a los prohombres que piloteaban la nave del Estado y era el último en admitir la excelencia o utilidad de alguna obra ejecutada por el gobierno. Esto no lo hacía por mala voluntad ni por falta de sindéresis, sino por su mismo temperamento inconforme. Era verdaderamente admirable cómo estaba al corriente de la vida pública de nuestros políticos y de las cosas más escondidas que pasaban en el mundo oficial. La política internacional tampoco le era extraña, como si hubiese tenido corresponsales en el exterior; ni se le iban de la memoria los más salientes acontecimientos de la historia moderna y contemporánea.

En verdad, Velásquez hubiera hecho algo, pues era inteligente; pero, a su natural indolencia, se unía una falta de confianza en sí mismo que anulaba en él todo impulso personal. Además, y volviendo al terreno político, en tanto que otros, figuradamente hablando, si en el camino topaban con una casa, doblaban la esquina y seguían adelante. Pedro Rómulo se quedaba forcejando por derribar la casa, empeñado en no apartarse del camino recto. Y, si yo le observaba que, según los peritos en el arte de gobernar, la política vive de transacciones, y si no, no es política, Pedro Rómulo me fusilaba con los ojos y se marchaba al punto, sin despedirse.

Hubo, por entonces, cambio de Presidente. Fueron las elecciones más libres, las únicas elecciones verdaderamente libres que se habían presenciado desde hacía muchos años, según lo proclamaban a grito herido y campanas a vuelo los del bando triunfante y aun el mismo gobierno tuvo que

confesarlo sin rubor en sus publicaciones.

Un General de gran prestigio en el Ejército, aunque no tanto en el pueblo, y que era Ministro de la Guerra, se presentó como candidato, apoyado por todas las fuerzas vivas de la maquinaria oficial, por la mayor parte del clero y por honorables personajes de la clase pudiente. Su contraparte era un ciudadano de altas ejecutorias, quien se lanzó a la arena electoral envuelto en una popularidad tan espontánea, que a no ser por imprevistos obstáculos que sobrevinieron, habría llegado con excesiva mayoría a la primera magistratura. Pedro Rómulo militó en esas filas, firme en su trinchera.

A la sola entrada, la marcha de la candidatura de la oposición era tan arrolladora, que el candidato oficial vio segura su derrota. Pero luego ocurrió una cosa extraña, inesperada: la popularidad del ciudadano opositor pareció esfumarse, su candidatura perdió su empuje inicial y el señor Ministro de la Guerra se impuso en todos los frentes. El candidato popular logró escapar por milagro, refugiándose en la Legación de la gran China; muchos de sus prosélitos fueron puestos a buen recaudo en las cárceles, en tanto que a otros se les persiguió y se les vejó impunemente. Fue un zafarrancho general y un alarde gubernativo al revés como nunca se había visto. La popularidad del candidato ministerial fue entonces tan inmensa, que hasta los muertos se entusiasmaron y salieron en espíritu de sus sepulcros a darle sus firmas en los pliegos electorales. Los del partido contrario viéronse en la necesidad de cederle el campo, gentilmente, en los comicios, habiéndose presentado a votar solamente el uno por mil, según cálculos aproximados. La victoria oficial fue aplastante. Por lo demás, el ejercicio del sufragio, en los tres días reglamentarios, estuvo muy en orden, sin mucha gente y en el mayor silencio.

El General vencedor en aquella honrosísima campaña de la democracia, no creyó, ni por un momento en su popularidad, no obstante los esfuerzos de los dirigentes de su partido que le mostraban las enormes cifras de votantes a su favor; pero, de lo que sí estuvo segurísimo, fue de que él era Presidente.

El nuevo Jefe del Ejecutivo lanzó el obligado Manifiesto al pueblo, que fue como un iris de paz y de concordia. Cada mochuelo a su olivo, a laborar por el bien del conglomerado, y aquí no ha pasado nada. Auguraba el supremo mandatario una nueva era de bienandanza y progreso. Ofrecía este mundo y el otro. Al pretender agarrar la sartén presidencial por el mango, su única aspiración, aseguraba, había sido hacer desde arriba la

felicidad de los salvadoreños, ya que no había podido hacerla desde abajo, y de verdad la haría si sus conciudadanos le prestaban unánimes y ecuánimes su patriótica colaboración. El estado de sitio continuaría como antes, pero no sería un impedimento, sino una espada de Damocles, para el ejercicio legítimo de todos los derechos. La libertad bien entendida sería efectiva, mas de ninguna manera consentiría el libertinaje; sólo que no los deslindaba, para saber dónde empezaba éste y terminaba aquélla. En cuanto a la libertad de la prensa, ofreció que sería completa, sin restricciones, siempre que se mantuviera respetuosa, mesurada e imparcial y fuese a modo de un bálsamo tranquilo para los achaques de la República, y cerraba ese importante párrafo del Manifiesto con esta frase monumental: **QUE SI HEMOS DE LUCHAR QUE SEA EN LA REGION DE LAS IDEAS. . .**

Esta frase fue la que deslumbró, empujó y finalmente embrocó a Pedro Rómulo, quien por esos días había salido de su escondite.

¿Ideas, dijiste? Pues las tendrás como lo deseas. Y el irreductible Pedro Rómulo empezó a publicar LA VANGUARDIA. Salieron cinco números solamente, los que aún conservo en mi archivo privado como otras tantas reliquias históricas. Era un periódico bien escrito, sesudo, digno y serio, que no tiraba a la arboladura, sino a los cascos, como quería Nelson en Trafalgar. Tuvo amplio acogimiento en el público; pero quién sabe por qué motivo al gobierno no le agradó mucho y al aparecer el quinto número le dio el garrotazo en la propia glándula pineal, es decir en la propia vida, llevándose de encuentro hasta los chibaletes del taller tipográfico donde se imprimía, en tanto que Velásquez iba a dar con su pobre humanidad en una bartolina de la Policía.

Mi amigo, en su buena fe, había entendido mal aquella frase retórica, la cual sólo era un botón de simular para abrochar una cláusula mentirosa. Creyó que el Manifiesto Presidencial, invitando a buena lid en el campo de las ideas, hacía leal invocación a una prensa no personalista, sino doctrinaria y orientadora, que a la vez dijera la verdad al gobierno con entereza y sin desplantes ofensivos. ¿Cómo y cuándo iba a imaginarse que la región ideológica a que aludía el tal Manifiesto era, en la mente del Secretario Privado que lo redactó, algo así como la estratosfera de lo absoluto en donde riega sus esencias metafísicas la política pura. . . ?

Velásquez permaneció una semana en la Policía, incomunicado, como un político peligroso, y después se le trasladó con grandes precauciones a la Penitenciaría. El director de ese centro penal le increpó agriamente,

tratándolo de disociador y que abusaba demasiado de la libertad que el señor Presidente había concedido a los periodistas.

Vea, le dijo, ésta es La Opinión Pública (y casi le restregaba el papel por la cara); éste sí es un periódico de veras y no ese tan amargo que está usted publicando. . . El redactor de La Opinión es un hombre templado, un hombre que sabe bastante y es patriota que secunda la obra de renovación emprendida por el señor Presidente.

Velásquez le objetó que el mismo señor Presidente había garantizado en su Manifiesto la libre expresión de todas las opiniones e invitado a luchar con su gobierno en la región de las ideas. . .

—Pues aquí luchará usted a su gusto, hasta que le reviente la gana —le replicó el director. Tome, lea La Opinión Pública. . . Este es un periódico que debían imitar todos los que se dedican al periodismo, usted en cuenta. Tiene artículos muy buenos, aunque a veces vienen bastante atrevidos contra el gobierno. Aquí, nada menos, en este número, le da sus piquetes algo fuertecitos. . . (Y al decir esto, sonreía beatíficamente, con sonrisita y ojillos maliciosos). Le da sus golpecitos, que yo no sé cómo los aguanta. . .

Pedro Rómulo le iba a replicar alguna cosa, pero el director le cortó la palabra y ordenó que lo llevaran a la celda que de antemano le tenía preparada. . .

La Opinión Pública era un semanario independiente, según decía debajo del título, y de escasa circulación. Hacía como siete a ocho años venía editándose sin ningún contratiempo por parte del gobierno. Sólo una vez su director —un señor alto, muy serio y arrogante—, fue detenido por la policía, pero a las pocas horas se le puso en libertad. Esto dio mucho prestigio al director y al periódico. Se contaba que, en la impresión de sus primeros números, los cajistas experimentaban algo así como miedo, y les temblaban las manos, cuando “levantaban” el artículo “de fondo”; pero luego fueron acostumbrándose hasta perder todo temor.

En verdad, no eran para menos aquellos largos, interminables e indispensables artículos en que se estampaban frases terribles contra los tiranos en general, y se hablaba de Mirabeau, de la Revolución Francesa, del Sinaí de las naciones, del contrato social, de la inalienable e imprescriptible soberanía del pueblo, y se conminaba a los conculcadores de sus libertades con el fallo inexorable de la posteridad. No eran para ser leídas sin conmoverse aquellas parrafadas en que se apostrofaba con crueles dicitos a los Césares de la decadencia y demás sátrapas abusivos, habidos y por haber, de Europa y América; ni aquellas cláusulas estupendas en que sonaban como clarinadas de combate los nombres de Bolívar, Morazán, Hidalgo, Rafael de Riego y Tadeo Kosciusko. No eran, sobre todo, para

menos los sustos cuando alguna vez, en los tales artículos, se hacía remota alusión, con los más hábiles y delicados circunloquios, a algún chanchullo de la administración pública. Bien se veía que el valiente adalid de la oposición, como se le llamaba, era una amable amenaza para el gobierno, quien lo toleraba a regañadientes, no más que por respeto a la libertad de imprenta.

Al cabo de largos tres meses de reclusión, el amigo Velásquez volvió a respirar los vivificantes aires de la libertad. Este fausto acontecimiento lo celebramos esa noche en mi pieza con libaciones que tanto alegran y confortan el espíritu. En el curso de nuestra conversación me abstuve de hablarle media palabra de su gratuito hospedaje en la Penitenciaría, ni de las arbitrariedades del nuevo gobierno, ni menos preguntarle si volvería a publicar "LA VANGUARDIA", para no despertar sus patrióticas iras, que podrían acarrearle mayores dificultades, tanto más cuanto que en esos momentos un policía de línea tomaba el fresco nocturno, paseándose en la acera, mientras otro individuo de paisano, tal vez un agente del servicio secreto, pegado a la pared de la casa de enfrente, nos atalayaba de manera sospechosa.

Como con el tiempo todo pasa y se olvida, varios días después hablamos de los sucesos ocurridos. Mi pobre amigo, al principio, me refirió sosegadamente, como si de él no se tratase, las peripecias de su persecución policíaca, las humillaciones sufridas, su encierro en la bartolina penitenciaria, triste e incómoda por demás, en donde no dejó de ayunar alguna vez y soñar con árboles cargados de racimos de cigarrillos, y donde no se le permitía otra lectura que La Opinión Pública, que cada domingo le regalaba el director del penal, generosamente, para que se entretuviera toda la semana. De pronto . . . , lo recuerdo como si lo viera: su semblante se demudó, se puso sombrío y se quedó pensativo largo rato. Luego, con los ojos encarnizados y el rostro encendido, estalló en improperios contra las autoridades constituidas, contra la policía, contra la democracia, contra la Carta Magna, contra la política en general y la nuestra en particular y hasta contra los próceres y la unión centroamericana . . . Yo respeté aquel desahogo, que era muy justo, sin objetarle nada y colocándome a prudente distancia de sus ademanes demasiado patéticos . . . Volvió a quedarse callado, y, luego, en tono solemne y con el índice en alto, como resumiendo dolorosas meditaciones anteriores, dijo: Si yo hubiera sabido que la Penitenciaría era la región de las ideas, jamás me habría metido en . . . (Aquí una palabra en plural muy expresiva, pero mal sonante, seguida

de otras frases folklóricas de grueso calibre, que sólo por consideración y respeto a la literatura me privo del gusto de transcribirlas).

Años más tarde, un Presidente de la República tuvo la feliz ocurrencia (aunque el proyecto no se llevó a cabo), de escoger el edificio de la Penitenciaría Central para servir de albergue a la Universidad. Nada más acertado. Ni más simbólico... Porque, decidme, Atlacátidas: ¿en qué sitio podría estar mejor instalado el principal foco de la cultura del país que en la región de las ideas...?

(De "En los Jardines de Academo", San Salvador, 2ª edición, 1977).

SARBELIO NAVARRETE (1879-1952).

Filósofo, orador y poeta. Fue también abogado, que llegó a ocupar la Presidencia de la Corte Suprema de Justicia. Originario de San Vicente. Hombre de mucho saber y de auténtica modestia. Por diligencia de sus amigos se editó su único libro: "En los Jardines de Academo" (1942), como homenaje de la Universidad Nacional. Este libro se reeditó, aumentado, en 1977.

ALBERTO RIVAS BONILLA
INOCENTE CORDERO

Esta mañana, así que hube tomado mi bicarbonato, me entregué a la lectura de los periódicos llegados la víspera de la capital.

Por ellos me enteré de la defunción de mi amigo Inocente Cordero.

La noticia me causó honda impresión, a pesar de que en los últimos tiempos no nos hubiéramos frecuentado mucho, reinando entre ambos bien escasa cordialidad.

El motivo de tal distanciamiento era doble: por una parte, Inocente, con todo y llamarse así, había sido el causante de mi dispepsia; y por otra, el susodicho, mediando un caso de fuerza mayor, se había visto en la necesidad de trasladar su residencia, desde hacía tres años, a una celda penitenciaria.

En ese discreto retiro había rendido su último tributo a la Naturaleza el ciudadano Inocente Cordero.

¡Que su gloria haya!

* * *

Inocente Cordero era un hombrecillo sin apariencia de nada. Anémico, tímido, raquítrico, melosa la palabra, untuosos los ademanes, servicial y modesto; nunca alzaba la voz ni hablaba sin sonreír.

Por eso, cuando empezaron a circular sobre él ciertos rumores inque-

tantes, me negué en redondo a darles crédito.

Se decía que Inocente conspiraba contra el gobierno. Fueron al principio vagas habladurías que poco a poco llegaron a tomar cuerpo y consistencia. Se daban detalles, se señalaban fechas. Todos en el lugar hacían comentarios a hurtadillas y nadie ponía en duda la certeza de tan malévolos decires. Sólo yo permanecía inconmovible. Mi fe ciega en la inocencia de Inocente, no sufrió mengua. Y mis relaciones con él, siguieron sobre el mismo pie de siempre.

Sin visitarnos —que nunca lo tuvimos por costumbre— hacíamos un rato de palique cuando a mano venía, o tomábamos juntos algún refrigerio.

Y así iban pasando los días.

* * *

Uno de tantos, mientras jugábamos una partida de damas en la barbería, mi amigo me dijo, a tiempo de coronar un peón.

—Te voy a pedir un pequeño favor.

—Tú dirás. . .

—Mañana salgo de viaje. Estaré ausente una semana, y necesito que me guardes en tu casa una caja cuyo contenido debo poner a cubierto de las indiscreciones de mi mujer.

Si alguna importancia hubiera concedido yo a los chismes circulantes, por lo menos habría titubeado antes de acceder. Pues no, señor. No tuve la menor desconfianza, y en el acto dí mi consentimiento, encantado de hacer un servicio a Cordero.

El, personalmente, me llevó su caja —que resultó ser bastante grande— a hombros de un mecapanero, aquella misma tarde, entre oscuro y claro.

La hora crepuscular que escogió para ello, tampoco despertó mi suspicacia, y la encomienda quedó acondicionada debajo de una mesa, en el mismísimo dormitorio.

No volví a pensar en el ajo hasta el día siguiente, regresando de la oficina a la hora de almuerzo, cuando mi mujer me preguntó:

—¿Qué contiene una caja que ha aparecido en el dormitorio esta mañana?

—No sé. Inocente me la trajo anoche para que se la guardara por unos días.

El espanto ribeteado de asombro que se pintó en el semblante de mi digna consorte, no es para descrito.

—¿Inocente Cordero? —preguntó con voz trémula.
 —El mismo.
 —¡Te has vuelto loco!
 —¿Pero por qué, hija mía?
 —¡Y que lo preguntes! ¿Acaso no sabes la clase de conspirador peligroso que es el Cordero ese?
 —¡Y dale...!
 —Todo el mundo lo dice...
 —Pues se equivoca todo el mundo ¡córcholis! ¿Conspirador, Inocente Cordero? ¡Vamos, hombre!
 —Mira, Ponciano, que tu tozudez nos va a dar un disgusto.
 —Hija, por Dios... ¡no me fastidies!
 —¡No! Si quien te va a fastidiar, es la policía. ¿De verdad, no sabes lo que encierra esa caja?
 —Te repito que lo ignoro en absoluto.
 —¡Claro! Si lo supieras, no la habrías traído a casa. Viniendo de quien viene, lo menos que debe haber ahí dentro, es dinamita.
 —¡Mujer!
 —Si no es algo peor. Tienes que ir a devolverla ahora mismo.
 —Imposible. Cordero salió de viaje esta mañana. Por eso me la traje anoche.

La conversación siguió por el mismo tenor una hora larga. Mi mujer se mostró intransigente rematada. Y yo, por mi parte, he de confesar que, al cabo, mi fe en la inocencia de Inocente, había disminuido de manera ostensible.

Movido por vaga inquietud, me fui a examinar la malhadada caja, que hasta el momento no me había merecido la más pequeña atención. Era bastante maciza, de madera tosca reforzada con cinchos de hierro y con la tapa sólidamente clavada. Quise pulsarla, y con dificultad pude medio alzar uno de los extremos. ¿Qué diablos habría ahí metido? ¿Explosivos...? ¡pamplinas! ¿Prendas de vestir? El peso excesivo estaba diciendo a gritos que no. ¿Herramientas de carpintero? ¿Libros? ¿Minerales...?

Me devanaba los sesos discurriendo necedades. Y, lo único que sacaba en claro, era lo significativo y desconcertante del hecho de que Inocente no la hubiera querido dejar en su casa durante su ausencia.

Un pertinaz desasosiego, que me empeñaba en combatir con reflexiones más o menos especiosas, se fue apoderando de mi espíritu en los días subsiguientes. Mi mujer, por su cuenta, se tomó la tarea de acosarme a recriminaciones cada vez más agrias. Comencé a perder el apetito: era el primer síntoma de la dispepsia que se iniciaba.

Entre tanto, transcurrió redonda la semana que Inocente había fijado de plazo para regresar; y él, sin dar señales de vida. Pasó otra, y nada. Yo estaba echado a perder.

Tanto, que todavía no me explico cómo es que estoy en mis cabales, después de la catástrofe.

Ello fue que, después de días interminables, los periódicos de la capital trajeron con grandes titulares y minucioso lujo de detalles, la relación del último complot descubierto para derrocar al gobierno constituido, quien no permitió que el pastel trascendiera al público hasta no tener todos los hilos en la mano. Así, la redada había sido abundante. Los detenidos pasaban de sesenta.

Y entre ellos figuraba, como uno de los más peligrosos . . . ¿adivinan ustedes quién . . . ? ¡Mi desleal amigo, Inocente Cordero!

* * *

Un volcán reventado bajo mis plantas, no me hubiera producido una conmoción mayor. ¡Cualquiera hubiera creído que la noticia me pillaba de sorpresa!

Me acometió una crisis de vómitos biliosos y otras cosas que me callo por decencia. Cuando estos incidentes digestivos me daban tregua, me ponía a vagar de cuarto en cuarto como un autómata, sin saber qué hacer ni qué pensar. Hubo un momento en que me encontré arrastrando penosamente la maldita caja, con la sensación subconsciente de que había que esconderla en alguna parte.

—¡Imbécil! —me dijo mi mujer—. ¿Dónde podrás meterla, que no la encuentre la policía?

Reconocí la exactitud de su observación, y desistí de mi propósito.

Vinieron luego días aún más amargos. Mi vida era un perpetuo sobresalto, una inacabable zozobra. Cada vez que llamaban a la puerta, me ponía a temblar y a bañarme en sudor frío, pensando que eran los agentes del gobierno. Me atormentaban periódicamente horribles dolores de cabeza y vómitos endiabladamente ácidos. Era la gastroxia, la hiperclorhidria, o no sé qué . . .

El proceso de los indiciados se desarrollaba con lentitud desesperante. Yo seguía su curso desde lejos, imaginándome cosas tremebundas: la caja de Inocente guardaba armas, explosivos, máquinas infernales . . . Alguna indiscreción del culpable, alguna imprudencia de su mujer, un día u otro pondrían fatalmente a la policía en autos de mi complicidad. Y entonces . . . ¡Brrrr!

Bien es verdad que, a ratos, también solía mecirme en alas de la ilu-

sion: mi amigo saldría del atolladero más blanco que el armiño y vendría a reclamarme supreciado depósito, que resultaría repleto —digamos— de hormas de zapatero, o de buriles de pedernal, o de cualquier otra cosa pesada pero anodina.

¡Cómo no! Después de siete meses infernales, se pronunció sentencia en el juicio de los revoltosos. Tres o cuatro salieron libres, fueron fusilados diez y nueve, y los demás sacaron diferentes condenas. A Inocente le tocaron catorce años y cinco meses de prisión mayor.

* * *

¡Lucido estaba yo, guardando el arsenal de un anarquista en mi propia casa! ¿Cómo salir de él?

El clorato de potasa, la glicerina, la nitrocelulosa, podía dejarlos ir poquito a poco por el inodoro; pero... ¿y las armas? ¿y las bombas?

Día y noche vivía en cavilaciones absurdas. Perdí el sueño. Acabé de perder el estómago. Estuve a punto de perder la vida...

Y estas líneas las estaría escribiendo un difunto, si no fuera que Dios, al cabo, se apiadó de mí y me sugirió la idea de que podría serme de alguna utilidad conocer a ciencia cierta el contenido de la caja. Una vez en posesión de ese dato importante de suyo, ya podría marchar sobre terreno seguro disponiendo lo que mejor conviniera a mi integridad personal.

Con morbosa inquietud esperé la noche. Cuando el mundo estuvo sumido en el más profundo sueño, fui a la cocina y traje un leño y el machete de picar carne.

Sirviéndome de aquellos chismes, y ante la congojosa expectación de mi mujer, me puse a levantar la tapa, extremando las precauciones como es de suponerse.

No sufrí pocos sudores y trabajos. Cuando logré separar la condenada tabla, que se resistía a lo desesperado, se ofreció a nuestras ansiosas miradas una fila de libros manifiestamente inofensiva.

¡No era mal tuno el tal Cordero! Lo gordo saldría después...

Aparté, conteniendo la respiración, la fila encubridora y debajo apareció otra igual. Y después otra. Y otra. Y otra más. Y así, hasta quedar visible, mondo y lirondo, el fondo de la caja.

Mi mujer estalló en improperios. Me puso como hoja de perejil y se fue rabiando a la cama, desde donde continuó acumulando incongruencias sobre mi cabeza. Ella, que hacía un momento temblaba de pavor pensando en el horripilante material nihilista que íbamos a descubrir, ahora estaba fuera de quicio porque no había un triste grano de pólvora. ¡Quién entiende a las mujeres!

Yo sentí como si me hubieran quitado de los hombros el peso de una montaña y me puse a correr de un lado para otro, saltando muebles y dando zapatetas en el aire, loco de alegría.

Calmadas aquellas justas expansiones de mi espíritu, me llegué con mano temblorosa a examinar mi nueva biblioteca.

Estaban allí todo Pitigrilli y casi todo da Verona. Allí estaban el Decamerón y el Satiricón, y algo del Aretino, y mucho de Joaquín Belda, y no poco de Alvaro Retana, y cien autores más, tan conspicuos como ellos.

¡De entonces arranca mi pasión por la literatura!

(De "Me Monto en un Potro...", San Salvador, 1ª edición, 1943).

ALBERTO RIVAS BONILLA (1891-1985).

Originario de Santa Tecla, Rivas Bonilla fue sobre todo narrador ágil y castizo. Poeta romántico en su juventud. Sus obras principales son "Andanzas y Malandanzas" (1936) y "Me Monto en un Potro..." (1943). Cultivó su costumbrismo enjundioso y amable, lleno de simpáticos personajes.

MANUEL ANDINO
EL POETA ANONIMO

Es uno de los tantos que hay aquí, de los muchos que hay en este San Salvador honesto, lodoso y panzudo. Panzudo, lodoso y honesto, San Salvador se ríe de los soñadores, mancha a los puros y se ruboriza, hipócrita, ante los machos potentes y triunfales. . .

Conocí al poeta hace como cinco años, en las veredas de la Bohemia, en una corte de los milagros del Barrio de Concepción. En el corredor de la casuca cantaba, gemía, aullaba sus versos, entre el silencio estático de una celestina sin dientes, de un escribiente borracho y de una esquelética y pintada Mimí chalateca. En largos, lentos, quejumbrosos ladridos lloraba el poeta sus versos, sus hambres, sus penas. Sus penas enormes y negras. . . ¡Ladraba el poeta! Mientras, allá arriba, hermosa, blanca, púdica, la luna, la novia sin par, brillaba en el cielo límpido “como un adorno de jade en la cabellera azul de una musmé. . .”

Después de aquella noche, el poeta desapareció del barrio y de la ciudad. Anduvo por los pueblos de Usulután y San Miguel haciendo de secretario municipal, de cómico, de boticario, de testigo falso. . . En Chinameca lo metieron a la cárcel por vago. Escapó, y se fue a pie a la Costa Norte de Honduras. Allá no pudo vivir, y ni siquiera se murió. . . Palúdico, y más hambriento y más poeta que nunca, llegó a Guatemala. La noble ciudad, revolucionada aquellos días, lo acogió desapaciblemente. Fue cliente de la policía, y su figura indefinible se tornó familiar en el hospital.

Luchó brava, bizarramente, vendiendo su talento, traicionando su dignidad. Lleno de la más dulce esperanza le dedicó una oda pindárica a don Carlos Herrera, y esa noche, el señor Herrera caía del Poder . . . Entonces se convenció de que la Suerte no les sonreía nunca a los que andan con los zapatos rotos y con los pantalones llenos de cachirulos . . . La Suerte es una hembra que sólo se entrega a los que tienen dinero . . .

Ahora, el poeta está en San Salvador. Ayer tarde, al crepúsculo, lo vi. Contemplaba desde el puente de San Jacinto el agua turbia del *Acelhuate*. Allí estaba. Más roto, más triste, más poeta que nunca . . . ¿Qué se contarían los dos hermanos, el río y el poeta?

El río preguntaba:

—¿De dónde vienes?

—De lejos . . .

El poeta decía:

—¿Para dónde vas?

—Allá . . .

* * *

La noche lo iba pintando todo de negro. El poeta, en el puente, miraba el agua . . .

* * *

Sin nombre. Sin casa. Sin Patria. Ese poeta, anónimo, exquisito, hambriento, ilógico y profundo, es más poeta que tantos, tantos que andan por ahí, en academias, en ateneos, en antologías; más que muchos papagayos orlados de laurel artificial. Más que tú, y que aquél, y que el otro . . .

Para el poeta anónimo, día llegará en que la gloria, la verdadera Gloria, lo corone de rosas y de auroras . . .

Es larva de Homero, crisálida de Jesucristo . . .

(De "Mirando Vivir", San Salvador, 2ª edición, 1960).

MANUEL ANDINO (1892-1958).

Originario de Santa Ana es este periodista y escritor de prosa tersa y eficaz. Sus libros están formados por cuadros de costumbres, apuntes anecdóticos y leves pinceladas sentimentales. Destacan entre ellos: "Mirando Vivir" y "Vocación de Marino".

JOSE GOMEZ CAMPOS
ENRIQUE CORDOVA

Melancólico el rostro, largo de piernas, delgadísimo, la primera sensación que da el doctor Enrique Córdova es la de un pájaro marino. Hay algo en sus actitudes que recuerda la de las garzas y otras aves zancudas cuando se posan en las playas. Son sus ojos, más que todo, los que contribuyen a darle el singular aspecto de pájaro marino; unos ojos verdes, de un verde sin brillo, desvaído: unos ojos quietos que parecen haber estado mucho tiempo, mucho tiempo, contemplando un mar inmóvil.

Va vestido de gris, anda despacio, mira sin ver, saluda serio.

Yo le he dicho a un amigo esto de que el doctor Córdova se asemeja a un pájaro marino, y él me ha contestado haciendo chasquear la lengua en un gesto en que estira las comisuras de la boca y deja ver los dientes apretados: —¡Qué pájaro marino! ¡Es un perico mojado!

* * *

—Es necesario que Ud. visite al doctor Córdova —me dicen—. Y yo, ni corto ni perezoso, lo visito.

Ex Diplomático, Ex Subsecretario, dos veces ex Ministro, se muestra muy satisfecho de ser hoy solamente un abogado con clientela rica. (Los

clientes pobres dejan más contrariedades que ganancias. . .)

Después de un momento de conversación me deja solo porque lo buscan con urgencia. Sentado frente a su escritorio, doy una mirada en derredor, y lo primero que me llama la atención es un rótulo a grandes caracteres negros: "Sea Ud. breve. Mi tiempo vale tanto como su dinero". Ese rótulo, un poco falto de diplomacia en un ex diplomático, que parece ser indicio de una inclinación excesiva hacia los intereses económicos, tiene, sin duda, la excelente intención de parecer muy práctico, pero sólo consigue ser ingenuo. En efecto: la brevedad es concisión, y la concisión casi siempre es producto exclusivo del talento. El noventa por ciento de la gente es incapaz de ser breve en la exposición de sus asuntos. Además, yo mismo siento la influencia desmoralizadora del terrible rótulo. Aunque mi visita no se relaciona con intereses monetarios, empiezo a pensar desesperadamente en una manera de ser breve, y pensándolo olvido la mayor parte de las preguntas que debía hacer al ex Diplomático, ex Subsecretario y ex Ministro. No puedo menos de concentrar toda mi atención en el rótulo terminante, que despierta al mismo tiempo el temor y la sonrisa irónica. He visto muchos de su clase en varias oficinas de abogados. Me acuerdo de uno, especialmente, muy en boga, en que se recuerda a los clientes que cada consulta vale dos colones. Me admira la falta de visión de quienes lo usan, pues un abogado bueno puede en una consulta dar la clave de un litigio en que se disputen cuantiosos intereses. Y, si conociendo la clave no la da porque sólo le pagan dos colones, hace traición a la ética profesional.

* * *

Cuando el doctor Córdova regresa he olvidado por completo las preguntas que pensaba hacerle. "Sea Ud. breve —dice el rótulo—. Mi tiempo vale tanto como su dinero". Consecuente con la orden, sólo le hago al doctor una pregunta: ¿Cómo llegó usted a la política?

La respuesta es más amplia de lo que yo esperaba. Cuanto pensé preguntarle sale en ella. Es tan larga, que, si la transcribiera con detalles esta crónica resultaría interminable. Oíd. Habla el doctor Enrique Córdova: —En tiempo del General Figueroa me fui de paseo al extranjero. Estando en Londres leí un cablegrama en que se hablaba de una revuelta en Honduras, iniciada o apoyada por ciertos hondureños residentes en El Salvador. El Gobierno salvadoreño —según el cablegrama— había tomado precauciones, haciendo detener a los comprometidos. También se había encarcelado al General Luis Alonso Barahona.

Figueroa se valía de la ocasión: Barahona era inocente. Yo entablé gestiones para conseguir la libertad del prisionero, y, meses después, cuando estuve de regreso, no se me dejó desembarcar en nuestros puertos, y me fui a Costa Rica. Luego pasé a Nicaragua, precisamente a tiempo que caía el General Zelaya, depositando el Poder, por influencia del Gobierno de México, en el Dr. José Madriz, hombre grande en realidad, incomprendido en Centro América, y, sobre todo, en Nicaragua. Hay razón para ello: Madriz era muy grande para un marco tan pequeño. Habría sido un Presidente modelo para Suiza. . . .

Yo fui su Secretario Privado desde que se hizo cargo de la Presidencia, y estuve con él hasta que lo derrocó la revolución conservadora que, ya vencida en las costas del Atlántico, reaccionó por obra del Gobierno Norteamericano.

Vuelvo a decir que Madriz fracasó porque no estaba hecho para un ambiente como el de su patria. Uno de sus primeros pensamientos, uno de sus propósitos más firmes al llegar al Poder, era acabar con los partidos históricos, eso de liberales y conservadores que en Nicaragua es la causa de todas las desgracias. Quería organizar un Gobierno Nacional, pero desde su llegada (llegó de Costa Rica para hacerse cargo de la Presidencia), a fuerza de manifestaciones los liberales le impusieron como Ministro General al Dr. Baca.

En El Salvador no tenemos, por suerte, problemas de partidos. Yo considero como deber primordial de todo gobernante patriota evitar que en nuestro pueblo aparezcan esas fatales divisiones. Creo que uno de los errores más graves de Quiñónez fue el de fomentar la formación de un partido político de carácter permanente. Todavía estamos viendo los efectos. Es triste. . . . Y es más triste aún que a pesar de la experiencia, se siga trabajando para dividir en bandos al pueblo salvadoreño, tan unido. . . .

Pero vayamos a mi entrada en la política: volví cuando Figueroa dejó la presidencia, y el Dr. Araujo me confió el cargo de Representante de nuestro país en México. Lo desempeñé durante todo su período presidencial, que fue terminado por don Carlos Meléndez. Al inaugurar éste su período propio regresé de México. Me nombraron Subsecretario de Guerra. Era Ministro el General Barahona, y al morir él, fui designado para sustituirlo. Esto es todo. No sé si he de volver a la política. Ya sabe Ud. que la profesión de político no existe entre nosotros: el político se hace por la fuerza de determinadas circunstancias.

Creo que las reformas estadales, la transformación de las instituciones, sólo pueden hacerse "de arriba para abajo". Pero ya le digo: aquí los

puestos en el Gobierno casi siempre se alcanzan por la fuerza de circunstancias especiales. . . .”

El doctor Córdova calla y se queda pensativo. El crepúsculo llega, y el pequeño despacho donde estamos se va llenando de sombra lentamente.

“En el ambiente túbido los ojos de pájaro marino adquieren un extraño brillo que acaso no han tenido nunca, ni tendrán, a plena luz.

—¿Nada más? —le pregunto.

—Nada más. . .

Yo sé que no dice la verdad al responderme en esta forma. Olvida intencionadamente el lapso más animado de su vida: aquel en que le tiró el Ministerio a Escalón cuando éste imponía la candidatura presidencial de Figueroa.

Por un momento estoy a punto de decirle lo que pienso, pero recuerdo que los hombres de temple gustaron siempre de ocultar sus buenos gestos.

—¿Nada más?, interrogo nuevamente. Y en la penumbra color de tinta china el doctor Córdova levanta su mano delgadísima, hace un gesto solemne y murmura: —Nada más. . .

1927

(De “Semblanzas Salvadoreñas”, San Salvador, 1930).

JOSE GOMEZ CAMPOS (1898-1934).

Periodista y poeta. La muerte tronó su carrera literaria promisoría. Pero queda, aparte de unos pocos poemas, su libro “Semblanzas Salvadoreñas”, donde pinta, con ágil y aguda pluma, personajes de la época.

SALARRUE

LA VISITA

Al pie de los naranjos estaban amarradas las mulas, vencidas las cabezas, espumosas las ancas y las panzas apuradas con fuelles.

Dentro de la casa de La Burbuja se oía un murmullo de voces de hombres, atropellándose unas a otras, pero con giros de charla saboreada.

El *chele* Damacio aflojaba las cinchas, zarandeaba las monturas sobre los lomos de las bestias, para que se airearan. Les quitó los frenos y fue a coger en la galera de la cocina cuatro o cinco manojos de zacate. Al oír el rumor del pasto las mulas alzaron vivamente las cabezas, enderezaron las orejas y rebuznaron impacientes, haciendo resonar las narices mientras resoplaban con fuerza.

Don Javier apareció en el corredor; descendió los dos escalones de ladrillo, y fue a sacar una botella y un envoltorio de las alforjas de una montura.

—Dales agua —ordenó a Damacio.

Entró de vuelta en la sala y colocando todo sobre el aparador, dijo reanudando la interrumpida polémica:

—De cualquier modo, no he de cambiar mi triste soledad por esa vida burguesa, rutinaria, de la ciudad.

El maestro de escuela se encogió de hombros. Era un hombrecito pequeño, enjuto, de bigotes ralos y caídos por las comisuras de los labios; su nariz tenía un quiebre violento; sus manos oscuras estaban manchadas;

manos de geógrafo, como decía el cura; vestía de dril a rayas, camisa de color de rosa, con cuello bajito y sucio que no alcanzaba a tragarse la *manzana*, aquella pelotita escurridiza que tenía en mitad del pescuezo.

—Se ha vuelto usted un hombre sin ideales, señor; créame que lo siento en el alma.

Don Javier le miró compasivamente, sonriendo con sus ojos burlones. Tomó asiento.

—¡Gracias —dijo—, pero me temo que se haya usted equivocado! El ideal no es siempre una cosa que se muestra, ni es tampoco, por fuerza, la lucha por el bien de los demás.

—¡Poco a poco! —aconsejó el reverendo cura Domínguez— ¡Poco a poco...! —tosió en la palma de la mano—. No hay malos ideales, y todo lo que no redunde en bien de nuestros hermanos, es egoísmo.

Volvió a colocarse el puro en un extremo de la boca, y echando una bocanadita de humo *azulín*, descansó sus espaldas en el asiento y machihembró sus dedos sobre el abdomen en espera de la interlocución.

Don Javier, que había vaciado de un trago un vasito de vino, limpió su sonrisa con el pañuelo, acaso para borrar de ella la ironía, sin conseguirlo.

—¡Pero vamos a ver! —dijo—, ¿hay razón para querer sacar a un hombre, de la paz en que vive a costa de espantosos suplicios, de renunciaciones dolorosas, de una paz conquistada con desengaños, para meterle de nuevo en la camisa estrecha de esa sociedad pervertida, que ni usted enseñando la ciencia que enseña, ni usted predicando el cristianismo que predica, han de corregir? ¡No la hay, no señores, no! ¿Qué deber tengo yo contraído con esa sociedad por haber equivocado mi vocación dedicandome al magisterio, y por qué he de ser malo al renunciar a la cátedra por el arado?

—Recuerde usted que su padre, como su abuelo y quizás muchos otros de sus antecesores, fueron maestros, repartidores de luz, hombres faros. ¿Va usted a renegar de su sangre? No. Su claro talento no se lo ha dado Nuestro Señor para que lo guarde en una bodega de café, entre gallinas y *chompipes*. Hay quienes necesitan de usted, y su deber es dar lo que se le dio. Dios sabe lo que hace. Es usted de una casta de sembradores de ideas y no de sembradores de frutas.

Don Javier lanzó una carcajada espumosa.

—Tiene razón el señor cura —dijo el maestro de escuela—. Yo: ¡como me llamo Cleto Mejía —*el indio* Mejía, como me dicen por *ai*— que he de morir en la brega!

—¡Ya estamos en la cosa! —dijo al fin don Javier, pasando por alto el juramento de Mejía—. Eso es, señor cura: ¡la sangre!, ¡el atavismo!, ¡el deber!... ¡Pamplinas, no hay nada de eso! No; no puede ni debe...

—¡Que no...?

—No señor.

—¡A ver qué se le ocurre a usted decir...! Empiezo a dar crédito a lo que se cuenta por ai...

—¿Qué se dice?

—Que está Ud. loco.

—¡Acertaron! —volvió a reír don Javier—. ¡Estoy loco, cada día más loco! Y lo peor del caso es que quiero estarlo, que me esfuerzo en ello, que me enorgullece. Pero ante todo oigan ustedes lo que les voy a decir:

—¡Ya lo sé: una de sus frases!

—¿Se dice también? ¡Magnífico! Es cierto, hace ya mucho tiempo que me dedico a eso, a hacer *frasecitas*. Ahí va esa: “El buen juez no debe juzgar conforme a su criterio, sino conforme al criterio divino. Porque la justicia de los hombres, no es aplicable a los hombres. Hay que aprender a distinguir las dos clases de locos: unos lo son porque piensan peor que nosotros, otros por lo contrario”.

Don Javier, como casi siempre que discutía con los amigos filsofastros de aquellos andurriales, comenzaba chanceando e iba cobrando un retintín dogmático y a veces apostólico, hasta cierto punto seductor.

—No está mal, pero no creo que venga al caso.

—No, no está mal —continuó don Javier—. En este mundo las cosas se miden con medidas muy curiosas, medidas *al gusto del cliente*. ¿De dónde sacan ustedes que porque soy hijo y nieto de dos educadores lo he de ser también? ¿De dónde sacan que he de pensar como ellos, teniendo además *su fe*, la fe que ellos tuvieron para tal religión o para tal profesión?

—Pues, don Javier —dijo indeciso *el indio*—, ¡la sangre, la tradición...!

—¡La educación, el culto de la familia...! —apoyó el cura.

—¡Ya!: de tal tronco tal rama. Esa es la ley de ustedes; y no toman en consideración que *antes del tronco están las raíces y más allá de las ramas, los frutos y las flores*; que si bien conservan un vínculo de especie, son enormemente distintas: las primeras, por oscuras y rastreras; las últimas por lo contrario. Y aun hay más: en un mismo tronco, crecen ramas torcidas y rectas; podridas y sólidas; escuetas y profusas; decaídas e impetuosas. Hay ramas para guaridas de reptiles y ramas propicias para

Entraba por mi naricilla sensual hasta el fondo de mis pulmones, y mezclándose a la corriente de mi sangre se escondía en mi memoria para siempre.

Yo contemplaba —curiosa y maravillada— las levisimas redes de las arañas; el ejército de hormigas negras, que iba con sus cargas de un hormiguero a otro; las tornasoladas escamas de una *iguana* miedosa o el gusano lento y peludo, que se arrastraba sobre la hoja de un *quequeishque*. De las ceibas-abuelas caían en festones orquídeas rarísimas, y unas mariposas, con círculos de colores en las alas, bajaban hasta el musgo de las piedras o se detenían un momento sobre la miel de los bejucos.

Recogimos frutas de muchos sabores o las hicimos caer de los gajos, sacudiendo las ramas. Paladeamos aquellos bocados riquísimos como criaturas sanas y glotonas: *nisperos* que se partían con los dedos y que ocultaban semillas lisas y lustrosas; *caraos* repletos de jarabe oscuro; *cujines* con carne que parecía algodón. . . Los *papaturros* eran como guirnaldas de flores de azúcar; los *caimitos* hacían pensar —al abrirlos— en helados de leche; y las manzanas-rosas, que huelen a rosal y son tan livianas, nos esperaban sobre la yerba regadas o amontonadas, como huevos finísimos de algún extraño pájaro tropical.

Regresamos a casa a la hora del almuerzo y esa misma tarde, un poco después de la siesta, fuimos al mercado a comprar las frutas que se cultivan en patios y huertos. Cargados de naranjas, mangos, jocotes y limas de pezoncitos puntiagudos entramos más tarde por el zaguán que nos esperaba con las puertas abiertas, y depositamos aquella aromada ricura en una esquina del corredor.

Entonces tía Adela sacó de su armario las tijeras que hacían milagros y buscó martillo, clavos y alfileres. Preparó en seguida un poco de engrudo que depositó en una vieja cajita de sardinas, y empezó a trabajar ayudada por todos nosotros: con dos pedazos de madera —embellecidos con pintura dorada— formamos una cruz como de una vara de alto y la sembramos en un barrilito lleno de arena, que antes se había colocado en el centro del patio; cintas y cadenas de papeles brillantes y una gran variedad de palmas y helechos cubrieron aquel basamento en pocos minutos, convirtiéndolo en peana de lujo; después amontonamos alrededor del barril todas las frutas que habíamos cortado o comprado, y el jugoso amontonamiento se orilló con hojas escogidas y con fragantes racimos de coyol; además, se adornaron los brazos de la cruz con flores de ensarta y se puso en su centro un húmedo ramo de rosas rojas. ¡Ni en el país de Jauja se hubiera encontrado tal abundancia!

Un cohete de varita anunció al pueblo que nuestro altar ya estaba listo. Otro cohete respondió en la casa vecina, y otros en la siguiente y en

los nidos de los pájaros. ¡He ahí el proverbio!

—Pero confíese usted —marcó el cura— que es la misma savia la que circula a través del árbol, del raizal a las flores.

—Y que —añadió *el indio Mejía*—, sin esas raíces rastreras y oscuras el árbol no viviría, ni en tronco, ni en rama; ni en fruta, ni en flor —abrió los diez dedos de sus manos en el aire como ofreciendo en ellas, rotos en mil pedazos, los conceptos de don Javier.

—Porque —dijo don Javier, tecleando en el brazo de la silla— la savia es una en el Universo y penetra todas las cosas y los seres, y porque —agregó— de la podredumbre brota el germen, como la luz de las tinieblas.

—Habla usted muy bien —lamentó el cura—, pero actúa muy mal. ¿Qué beneficio puede lograr la Humanidad, de esta reclusión suya? ¡Ninguno! ¿Ha meditado usted en la enorme cantidad de conocimientos que resta su ausencia de las aulas? ¿Podría decirse que roba usted: roba luz. El que adquiere luz debe dar luz, de lo contrario es un egoísta y acaso un ladrón!

Volvió a meter su puro en el extremo de la boca y le miró sosteniendo con valor sus opiniones.

Don Javier pareció no haber escuchado. Miró durante un rato las puntas de sus botas. Luego dijo lentamente y casi con dulzura:

—Pero, ¿cuál es la luz que yo tengo. . .? Yo he sido en el colegio como una registradora de conocimientos, que, por demás, son en su mayor parte falsos, equívocos, erróneos. ¿Es eso la luz? ¿Puedo yo enseñar lo que creí y ya no creo? ¿Puedo acaso, sostener y defender desde un pupitre lo que desde esa hamaca me parece oscuro, hueco, innecesario? No, reverendo amigo, no. Yo también ando en busca de la luz, como esos jóvenes, y no necesito para ello un guía, me basta con lo poco que de ella se vislumbra.

El indio Mejía se mordió los labios.

—Puede que esa sea la luz del *tecolote* —dijo con sarcasmo.

—¿Qué entiende usted por la luz del *tecolote*?

—¡Cualquiera lo adivina, señor Rodríguez: la luz del *tecolote* es la oscuridad, las tinieblas de la noche!

El cura dio a entender con un guiño al *indio*, que había metido un buen clavo.

—Me gusta la comparación —murmuró don Javier—, y hasta me parece exacta. Es, en efecto, la luz del *tecolote*. Es una luz a cuya claridad no todos los ojos ven.

—Saca usted ventaja de todo —apuntó el cura Domínguez.

—El tiempo ha de decirlo —dijo *Mejía*—. No creo yo que usted se

acostumbre a esta vida inactiva. ¡Volverá; se acordará de mí!

—Mi vida no es inactiva. Parezco un holgazán; creen ustedes que soy un buen vago, porque siempre me hallan tirado por los muebles, pero mi mente no está en reposo. Trabaja.

—¡Sueña!

—¡Sueña!, exactamente. Construye, demuele, sanciona, corrige. . .

Don Javier se levantó y se puso a pasear cavilativo.

—Es esto una *merienda de negros*. Los hombres no son libres y cuesta que lo noten. La esclavitud reina donde quiera, en todas las esferas sociales, y encima, se odian los unos a los otros. Viven como las bestias, y así comen, y así aman, y así trabajan.

El indio Mejía miró al cura. Tenía los ojos cerrados en actitud de tolerancia despectiva. Don Javier, con las piernas un poco abiertas, se había parado frente a una de las ventanas, los brazos cruzados sobre el pecho y sosteniendo entre los dedos de la diestra su barbilla, en pose meditativa.

—¡Así son, así son. . . ! —repetía en voz muy baja cual si el estribo le hubiera quedado rodando en la lengua.

Habló *el indio* Mejía, tercamente antagónico.

—Ya se nota, querido amigo, que el trabajo tiene para usted cierto color de vicio.

—No es eso —contestó don Javier sin volver la cabeza—, es que yo entiendo el trabajo de otro modo.

El cura se rió grueso.

—¡Sinvergüenzón —dijo alargando la mano para apagar el puro en el cenicero—. ¡Claro!, usted entiende la vida como un regalo de los dioses. ¡Por desgracia. . . !

Don Javier se volvió como tocado, y enfundando las manos en los bolsillos del pantalón, le interrumpió ganseando la cabeza al hablar:

—No es trabajo noble el trabajo que cansa. ¿Necesitamos trabajar para comer o para descargar energías. . . ? ¿Es el trabajo una necesidad del estómago o simplemente un entretenimiento del espíritu? A mí me parece que así debía ser.

—El trabajo, querido amigo —dijo el cura como desprecándose—, es el castigo de nuestro pecado original. ¡Hay que sufrirlo! ¡Todos somos esclavos del Señor. . . !

Don Javier se rió sin ganas, casi con desprecio.

—¡Poco lisonjero está usted con su Señor. . . !

—¡Hágase su voluntad!

—Sólo se hace en nuestra voluntad.

—¡No blasfeme, Rodríguez!

—¡Quien blasfema, es usted!

—Bueno. No hemos de pelearnos. Volvamos la hoja, si le parece.

—¡No, no!, no la volvamos, que para eso nos reunimos siempre; para discutir. Vale la pena; y después... ¡tan amigos! Déjeme usted hacer mis frases; me entreno para cuando tenga que volver a la cátedra.

—¡Vaya! —dijo desahogado Mejía—. ¡Ya decía yo...!

—Es esclavo —volvió a caer don Javier— todo aquel que trabaja en un oficio que no es el propio. Se nos exige que hagamos labores ajenas a nuestro círculo natural de acción. Se quiere que el ruiseñor cante como el canario, o el canario como el gallo. A cada cual le ha dado Dios su voz para su propia felicidad. Cuando uno goza trabajando, no trabaja, está en descanso.

—¡Qué paradójico! —rió Mejía.

—Le pagarán a uno porque goce, y gozarán con nuestro goce.

Jeremías entró con una sopera que echaba tufillos apetitosos.

—Aquí está la sopa —dijo orgulloso—; la Tancho siá lucido por los señores.

—Hay que alargar la mano y coger la fruta —dijo el cura levantándose cuan gordo era—, pero hay que mondarla antes de comérsela.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—¡Nada! —respondió yendo con pasitos penosos hacia el dormitorio de don Javier, para lavarse las manos—, ¡Nada...! Yo también hago frases.

Sentados los tres a la mesa y al influjo de los buenos platos, empezaron a suavizar la polémica y acabaron por estar de perfecto acuerdo en muchos puntos. Casi pensaban igual. Los tragos de vino sangriento rociaban el almuerzo, poniendo un poco de su parte para llevarles a un punto convergente.

La charla fue girando undívaga hacia terrenos de confraternidad y simpatía que se apreciaba tanto más, cuanto que la antemesa había sido álgida. Charlaban de politiquerías, discutían las cualidades curativas de algunos tubérculos y aguas termales de la vecindad, y por último recayó la conversación sobre las obras de don Javier Rodríguez Jiménez, el padre de don Javier, cuyo retrato pendía del techo y donde aparecía el hidalgo señor, con sus ojos tristes y sus barbas nazarenas.

—Mi padre hablaba el latín con perfección, ¿sabe usted? y en sus obras parece que abusa un tanto de él.

—¡Pues ignoraba que su padre fuera escritor!

—¡Ah sí...! Aunque nunca publicó nada. ¿Qué quiere usted?; un hombre que vive del magisterio en nuestro país, es poco menos que un fracasado.

Mejía dio tres golpecitos con el cuchillo sobre una taza, y preguntó:

—Era algo místico, ¿verdad...?

Don Javier recogió suavemente un hombro y el labio inferior.

—¡Beato, si usted quiere! Pero reconozco que había en él madera para un gran escritor. No es modesta la opinión, pero es sincera.

—¿Lo ve usted? —dijo el cura—. Su padre era un gran católico, y usted no oye misa, ni creo que rece nunca.

—Sí, padre, rezo, pero no voy a misa; huelga la razón, amigo mío; yo no sé latín y no entiendo la misa!

Rió con malicia que hizo pujar al reverendo.

—¿Tiene usted las obras de don Javier?

—Algunas. Mi prima Victoria, de Santa Tecla, conserva la mayor parte de los manuscritos de mi padre, pero yo guardo lo que él más quería, y voy a buscarlos un día de éstos, para llevárselos a usted: “La Sauleada”, “El Doctor Campanillas”, “El Misterio”. . . Este es un poema épico con prólogo del gran Tigerio, según él dice. Sé la primera estrofa, porque la estudiábamos en el colegio en la clase de retórica:

*“Voy a cantar hazañas increíbles
De un caballero audaz, y sin segundo.
Ilustrado, sin par, que con plausibles
Ciencias y hazañas llenará este mundo:*

*El venció con valor los imposibles,
Y siendo en combatir el tremebundo,
Era en argumentar sutil Escoto,
Y en toda inteligencia el mejor voto.”*

—Pero ¡Dios Santo!, son nueve cantos y ochocientas treintiséis estrofas. ¡Hay para rato. . .!

Comían conversando jovialmente, y esta afabilidad no se quebraba. Parecía sólida. No se pasaba a la eterna polémica de dos contra uno, que caracterizaba las visitas del cura y del indio a La Burbuja o las de un Javier al convento.

Pero por desgracia, aunque involuntariamente, el cura tocó uno de los tantos resortes del libre pensador.

—La uva debió de haber sido la fruta prohibida del Paraíso —dijo, mientras ponía el vaso de vino a tras luz, frente a la ventana llena de cielo y mar.

(De “El Señor de la Burbuja”, San Salvador, 2ª edición, 1956).

SALARRUE (1899-1975).

Seudónimo de Salvador Salazar Arrué, originario de Sonsonate. Uno de los grandes narradores salvadoreños, reconocido por la crítica hispanoamericana como precursor de las actuales tendencias narrativas. Fue, además, pintor muy destacado. Sus cuentos van por dos vertientes: la vernácula y la fantástica. Estas dos tendencias se funden en sus novelas: “El Señor de la Burbuja” (1927) y “Catleya Luna” (1974).

CLAUDIA LARS

DIA DE LA CRUZ

Abril se había despedido del calendario en la última hojita de papel que llevaba su nombre, y el intenso calor y el blancuzco polvo del camino se iban apoderando del patio y de las habitaciones de nuestra casa.

El matiz que predominaba en el paisaje era un amarillo profundo, con sombras pardas y rojas, y algunos árboles hermosísimos —esos heroicos árboles que florecen en mi tierra durante la estación más ardiente del año— cambiaban su cansado follaje por capullos preciosos y voladores.

El párroco y las beatas más iglesieras organizaron una procesión para pedir lluvia a los santos, y las niñas que cantan en coro porque son niñas, repitieron en todas partes la antigua ronda escolar.

*“Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva . . .”*

Pero ni las plegarias ni las canciones tenían virtud ninguna, pues el cielo, deslumbrante y caliente, apenas recogía unas hilachas de nube.

Cuando yo tomaba despaciosamente mi desayuno vi que Cruz aparecía por la puerta del comedor con un saco de *yute* entre las manos. Al sólo verme dijo:

—¡Apúrese niña! ¿No quiere ir *al monte* a cortar fruta? ¿Qué no

sabe en qué fecha estamos?

Salté de la silla, llena de entusiasmo bullanguero, pues en un segundo me dí cuenta de que había llegado el dos de mayo. Al día siguiente se llevaría a cabo la gran celebración de los labriegos algo en que se mezclan, de un modo pintoresco y bello, las creencias indígenas con las creencias españolas.

—Pónganse pantalones y botas altas —ordenó niña Meches a sus dos discípulas—, ¡Y no hagan tanto ruido ni corran tanto! Se van a cansar antes de tiempo.

—Con tal de que no los muerda una culebra... —rezongó zarca Chica, disimulando su enojo porque no podía acompañarnos.

Salimos de la casa bajo la vigilante mirada de nuestra maestra, seguidas por Juana Morales, los hijos de las sirvientas y los tres perros del abuelo. Cruz —metido en sus caites aguantadores— era el guía y capitán de la excursión.

Pronto estuvimos al otro lado de los potreros y tomamos un senderito que se alargaba entre breñales para encontrar, después, la aromada orilla de la montaña. (En mi país se le da el nombre de “monte” o “montaña” al bosque, a la selva). El cielo era un prodigio de luz veranera, en el que bailaban —como negros bailarines— los *zopilotes* de alas casi inmóviles.

Sobre nuestros sombreros de palma sentíamos la fuerza del sol como fuego atomizado y por nuestras espaldas bajaba el sudor en gruesas gotas; sin embargo, subíamos la cuesta riendo y charlando, pues pronto estaríamos dentro de un mundo de follaje, pleno de rumores y de cosas sorprendentes. Al fin la tupida arboleda abrió ante nuestros ojos sus vibradoras puertas, y bajo la sombra de un frondoso *copinol* nos tendimos a descansar un rato.

Aquella “montaña” era ancha y misteriosa. La estación de verano —verano de seis meses largos— no lograba robarle frescura, porque las ramas de los árboles se entrelazaban entre sí formando un techo verde, que impedía que los rayos del sol llegaran hasta el suelo. Bajo la suave alfombra de hojas secas y de frutas podridas había siempre un poco de humedad.

—Por aquí... decía Cruz descubriendo las huellas de unos pies descalzos.

—Por aquí... —volvía a decir más adelante.

Gorjeaban las *chiltotas* y los *zenzontles*; las palomas moradas gemían en la espesura; golpeaba el pájaro-carpintero el tronco de un árbol envejecido y las azules urracas —que parecen señoritas ricas— lucían sus peinados de copete y sus lindos collares negros.

¡Qué olor tan delicioso el de aquella “montaña” de mi niñez...!

la que estaba más lejos . . .

Casi todas las familias de nuestra aldea celebraban cristiana y pagamente el día de la Cruz. Como nadie deseaba que en su patio bailara el diablo —por haber olvidado la construcción del altar de frutas— todos se esmeraban en hacerlo con gracia y primor.

Hasta el día tres, es decir, hasta “el propio día grande”, se podían comer las golosinas de la ofrenda; pero antes de probarlas era obligatorio adorar el sagrado símbolo. Hombres y mujeres, niños y adultos, ricos y pobres, pasaban de una casa a otra en bulliciosos grupos. En cada retablo adoraban con reverencia; en cada hogar se les obsequiaba con largueza.

En ese año, y en la fiesta a que me refiero especialmente, las personas de mi familia se reunieron como a las siete de la noche en los corredores de la casa de portal. A pesar de que durante varias horas habían devorado toda clase de ricuras, aún se sentían entusiasmadas ante los *tamales* de Toribia y las copas de vinito moscatel.

Zarca Chica iba y venía repartiendo manjares; Juana Morales, muy engalanada y sonriente, vaciaba en vasos de colores la horchata de *pepitoria* y el sabroso refresco de canela; Polo quemaba cohetes a medio patio y hasta Andrea —tan vieja ya y tan cansada— parecía esa noche una mujer rejuvenecida y feliz.

—¡Me corto esta oreja si no llueve en la madrugada! —dijo Juana mientras observaba el cielo.

—Pues no se la cortará, Juanita —contestó el mayordomo de la hacienda—, porque va a llover a cántaros.

Poco después nos agrupamos alrededor del altar, bajo la luz de las estrellas y entre el aroma de la parra de jazmines.

*“Quita de aquí Satanás,
que parte en mí no tendrás,
pues el día de la cruz
dije mil veces Jesús,
Jesús, Jesús . . .”*

—¡Ya vieron que llovió. . . ! ¡Ya vieron! ¡Ya vieron. . . !

Y la voz de Toribia, desde el fondo de la cocina:

—¡Y cómo no iba a llover después de la gran adoración!

Rápida y feliz yo corrí al patio y al traspatio, descalza y en camisa de dormir. Todo estaba fresco, lavado y húmedo. Un olor delicioso y penetrante —olor de mi tierra después de la primera lluvia del año—

Yo me fui a la cama con aquella oración dentro de la cabeza, y como había comido hasta casi reventar, dormí mal y soñé cosas absurdas. Muy de mañanita la triunfante voz de Juana me despertó súbitamente. me obligaba a saltar, bailar y gritar.

(De "Tierra de Infancia", San Salvador, 1ª edición, 1958).

CLAUDIA LARS (1899-1974).

Es la voz más pura de la lírica salvadoreña. Su nivel es continental. Nació en Armenia, Sonsonate, en la costa occidental del país. Su niñez en esa pequeña ciudad es la que pinta —con colores vivos y nostálgicos— en su único libro en prosa: "Tierra de Infancia" (1958), que se ha reeditado muchas veces, para satisfacer a un público infantil y adolescente que se encanta con sus descripciones y aventuras.

MANUEL BARBA SALINAS
**LAS CHARLAS
DEL DR. THORBECKER**

1

Desde los buenos tiempos en que el Maestro La Rosa daba conciertos de música selecta en el Nuevo Mundo a la hora de comida, conservo la costumbre de acercarme al lobby del elegante hotel para tomar mi cotidiano martini.

Ya no hay allí música, el salón está casi desierto y mi amigo León Sigüenza que antes me acompañaba tarde a tarde para entonar con el martini nuestras charlas y leerme sus últimas fábulas, está en el Japón y se le hace difícil venir al Nuevo Mundo a tomar el aperitivo. De seguro ahora lo toma con Hirohito y tal vez en lugar de martini bebe vino de arroz. El caso es que yo tomo sólo un coctel y no obstante que no hay música, ni turistas, ni está conmigo mi estimado León, conservo la costumbre de venir al hotel todas las tardes.

Una de esas tardes en el lobby silencioso, yo estaba leyendo **El Silencio** de Toruño y cerca de mí más silencioso que yo, pues ni siquiera leía **El Silencio**, estaba un caballero alto, rubio, de ojos azules, distinguido de porte que a su vez tomaba un aperitivo.

Quisimos juntar nuestro aburrimiento y juntamos nuestras sillas y nuestros cocteles y comenzamos poco a poco a char-

lar. Abandoné **El Silencio** y se fue animando el palique, grado por grado.

Supe que mi interlocutor es el eminente doctor William Thorbecker de una de las Universidades de Suecia.

Está en San Salvador desde hace diez días haciendo estudios de la flora del Trópico y se aburre cuando está en la ciudad en una forma tan elocuente como la mía. De tal modo que nos hemos hecho amigos. Todos los días vengo al hotel a buscar al doctor Thorbecker para enseñarle la ciudad.

Quiere él conocer todos los rincones de San Salvador, quiere enterarse de las costumbres, informarse del país y yo he tomado sobre mí la gratísima tarea de acompañarlo.

Es el doctor Thorbecker un hombre como de treinta y cinco años, elegante y divertido a la manera sueca, es decir, serio, frío, pero sumamente bien educado y agradable. Le gusta observarlo todo y a todo hace comentarios muy inteligentes y oportunos.

Ayer estuvimos haciendo un ligero recorrido por las calles principales. Llevé al doctor Thorbecker a pasear a lo largo de la Calle Arce después de atravesar la Plazuela Morazán y entrar a casa Bengoa por un aperitivo.

Luego que hubimos paseado un rato le pregunté al doctor su impresión.

—Me gusta San Salvador —me dijo—, pero observo que es muy pobre en arquitectura y ya sabe Ud. —agregó— que la arquitectura es una de las artes primordiales. Los pueblos se revelan por sus edificaciones y aquí, francamente, las edificaciones no revelan nada. Ahí tiene Ud. la Catedral —me dijo—. Es una cosa que da pena. Yo hubiera querido encontrarme en su ciudad con un templo suntuoso y me hallo con una estructura de madera que carece de valor artístico.

—Es verdad, doctor —repliqué—, pero ya irá Ud. conociendo algunos edificios de valor artístico.

—Así lo espero —dijo el doctor— y espero también que la ciudad se embellezca un poco con el alumbrado. El alumbrado que tiene no es digno de una ciudad de su categoría y si fuera bueno y eficiente de seguro la ciudad daría al viajero una impresión más grata.

Pero Ud. tiene que perdonarme por mis observaciones, me dijo. Sólo quiero ser sincero con Ud.

Y para ponernos de acuerdo entramos en el Lutecia y al quinto bock de cerveza yo me sentía sueco, y él salvadoreño.

¡Oh, la milagrosa fraternidad de la cerveza!

8 de Agosto de 1935.

2

—Esta luz del Trópico me fascina —dijo el doctor Thorbecker cuando paseábamos ayer rumbo al Campo de Marte por la Avenida de Palmeras que conduce al paseo.

Yo estoy acostumbrado —agregó— a la suave luz fría del Norte y la sensualidad maravillosa de esta luz afecta la serenidad de mi ánimo.

La belleza del Trópico conmueve. Es imponente y grandiosa. No parece sino que la Naturaleza es aquí donde logra su mejor expresión. El marco que Dios ha puesto a la obra del hombre en estas tierras es del más fino oro.

Y en cambio la obra del hombre, la obra humana, ¡qué modesta, pequeña y deslucida!

Todo lo que hay de bello y de grandioso en esta tierra —agregó Thorbecker— es la obra de Dios porque el hombre no ha logrado aún expresarse bellamente en el Trópico. Pero estoy seguro que algún día los hombres sabrán pintar un cuadro digno del marco. Porque hasta hoy, la belleza del paisaje contrasta extrañamente con la pequeñez de los hombres.

Algún día —repitió—, la civilización florecerá aquí y entonces Uds. podrán decir que viven en el más bello de los países. Ahora, en cambio, da tristeza ver que sobre un fondo tan bello el hombre apenas ha acertado con unos cuantos brochazos.

Aquí tiene Ud. esta avenida toda sembrada de árboles. ¿Por qué no plantan Uds. árboles en todas sus calles? ¿Por qué no llenan la ciudad de jardines? Con árboles y con jardines se disimularía la pobreza de las edificaciones, las gentes aprenderían a pasear a pie, charlando, lo cual es un signo de cultura y la ciudad sería más fresca y alegre.

107

Observo —agregó— que en su ciudad no se ven casi mujeres. Es una ciudad de hombres y es por eso acaso que resulta tan triste.

¿Dónde se meten las mujeres en San Salvador?

¿Por qué no salen a pasear por las calles para lucir su belleza?

Y cuando esto decía llegamos al Campo de Marte. Unas cuantas mujeres paseaban a lo largo de la pista. Son bellas pero son muy pocas, dijo Thorbecker.

Y a esa hora todo era una fiesta de colores en el cielo de cristal.

9 de Agosto de 1935.

3

—Usted —me dijo el doctor— no es un buen cicerone. Hace dos días que paseamos juntos por San Salvador y no ha querido enseñarme lo que más me interesa. Cree Ud. que la cerveza me gusta demasiado porque sólo hemos pasado visitando cervecerías. Y yo quiero que me lleve a conocer el edificio de la Biblioteca Nacional, el Museo de Artes, la Universidad y el jardín zoológico.

Palidecí intensamente. ¿Cómo iba yo a decirle la verdad? Mi patriotismo se resentía un poco. El doctor tenía la creencia de que San Salvador como toda ciudad que se precia de serlo tiene un buen edificio de Biblioteca, un Museo de Artes, una Universidad digna de tal nombre. Yo no hallaba cómo salir del aprieto. Hoy no —le dije—. Eso será otro día. Esta tarde la dedicaremos al cine mi querido doctor. He dado cita a dos muchachas muy bonitas para que nos acompañen al Teatro Nacional.

—¿De modo que hay cine en el Teatro Nacional? —preguntó Thorbecker asombrado—. Yo entendía que ese Teatro era para dramas, comedias y otras expresiones de arte.

—Usted doctor —le dije a Thorbecker—, va a tener muchas sorpresas aquí. Las cosas en Centro América pasan de distinto modo que en el resto del mundo. Figúrese Ud. que hace cuatro años que no viene una compañía de dramas y diez que no oímos ópera.

—Eso no está bien, amigo mío —dijo Thorbecker—. Uds. deberían preocuparse un poco más por la cultura de su pueblo. Es verdad que el cine es una agradable distracción, pero en el Teatro Nacional no deberían olvidarse del drama y de la ópera. En todo el mundo y en Suecia desde luego, los teatros nacionales tienen una misión cultural más alta que proyectar películas de cine.

Yo no encontraba excusas. Mi salvadoreñidad —como decía el gran Uriarte— se llenaba de rubor y de pena.

Afortunadamente, cuando la conversación se hacía más escabrosa llegaron al vestíbulo del teatro nuestras amigas.

Estaban tan bonitas e insinuantes que Thorbecker se olvidó de todo.

Entramos en la sala embrujada de dulce penumbra y la compañía de las muchachas hizo decir a Thorbecker:

—En verdad, amigo, es mejor el cine que la ópera y el drama. Se está muy bien en esta dulce semioscuridad.

10 de Agosto de 1935.

4

—Esta tarde, si usted quiere —me dijo Thorbecker—, recorreremos la calle principal. En todas las ciudades que he visitado hay una calle principal: la mejor iluminada, la que tiene los mejores almacenes, la más cuidada, por donde pasean las gentes de viso.

Una nueva congoja sacudió mi ánimo. ¿Cuál es la calle principal de San Salvador? ¿Dónde está la calle hermosa, bien iluminada, llena de vitrinas suntuosas, de cafés elegantes que yo podría mostrar a mi ilustre amigo?

En teoría la calle principal debería ser la Calle Arce. Pero allí faltan los magníficos faroles ornamentales, las vitrinas de los grandes almacenes, los cafés. Además, nadie pasea por esa calle, y precisamente lo que Thorbecker quería ver es el espectáculo de los paseantes, en la calle principal que él creía que existía en San Salvador como en todas las ciudades.

Amigo Thorbecker —dije a manera de excusa—, en San Salvador hay muchas calles principales y no vale la pena ver

ninguna en particular. Esta tarde la dedicaremos a soñar. Voy a llevarle a visitar un delicioso rincón que llaman Parque Atlacatl, y allá bajo los árboles conversaremos de mil cosas.

—La idea es excelente —dijo Thorbecker—. Hasta hoy no he visto un solo parque. Supongo que allí vamos a ver jardines deliciosos de flores tropicales, espléndidas avenidas, arboledas, fuentecillas cantarinas, kioscos y mucha gente paseando por los senderos florecidos.

—Todo eso verá usted —dije a Thorbecker, un poco amohinado. Y allá nos encaminamos.

Estuvimos cerca de la estatua de Atlacatl, la primera estatua de cemento que Thorbecker había visto en su vida. Paseamos por los breñales, anduvimos por todas partes. Bajo un árbol una pareja se hacía el amor.

Después de media hora de ambular por aquel sitio agreste, yo vi a Thorbecker un poco nervioso. Por fin se decidió a preguntarme: —¿Cuándo llegaremos al parque?

El buen doctor no había encontrado el parque por ningún lado e ingenuamente creía que sólo íbamos en el camino. El no podía creer que aquello fuera un parque.

Yo le dije, meditativo y sonriente: —Algún día, doctor, llegaremos.

Llegaremos al parque cuando San Salvador se convenza de que necesita tener uno.

El sol, hundiéndose, nos envolvía en una luz lila. Parecíamos fantasmas entre la naturaleza agreste.

12 de Agosto de 1935.

(De "Memorias de un Espectador", San Salvador, 1957).

MANUEL BARBA SALINAS (1900-1956).

Nació en Santa Tecla, y fue periodista y hombre de gran cultura. Su prosa es fina y sabrosa de leer, y en muchas de sus páginas hay una bien dosificada ironía, sobre todo cuando trata de nuestras costumbres. Escogió una "Antología del Cuento Salvadoreño"; y su propia obra fue recogida póstumamente por sus amigos en "Memorias de un Espectador" (1957).

RAMON GONZALEZ MONTALVO
BARBASCO

(Fragmento)

Para su inquietud de trotacaminos, sin rumbo y sin quererles, Chico Paco halló un dogal. Echó raíces y los meses al transcurrir trenzaron nuevas tramazones en el bejucal de sus afectos. Para siempre, tal vez, lo sujetarían a la vida del cantón.

Cuando se arrimó al caidizo de la casa de Sabino, la pandilla de chicuelos que los observaba atenta no tardó en hacerse de su confianza. Fue un compañero de juego, incansable y ameno.

En las tardes, de regreso de las duras labores, Chico Paco hacía zumbiar el canoro trompo-coyote, en los limpios barridos del patio. Por los agujeros del morro se colaba el aire con un dulce y largo silbido que se escuchaba a lo lejos, haciendo exclamar a las gentes:

—Yestá el Chico Paco haciendo cantar sus pajaritos.

Los tenía de distintos tonos y formas: grandes, chiquitos, redondos, alargados. El dirigía la orquesta. Los chiquillos con la pita entre las manos impacientes, apretando la tablilla impulsora, no desprendían los ojos de la cara del amigo esperando la señal de soltar sus locos instrumentos.

Y Chico Paco, revisando el baitum del cordel en la pata del trompo, daba la orden:

¡Duro!

El largo aullido agudo de su coyotillo volando de la mano, era seguido por los de los otros trompos en distintas escalas, levantando un conjunto de agradables sonidos que temblaban musicalizando el ambiente dulce de la tarde.

—Es jodido este compañero —murmuraban los mozos, que acudían gustosos al patio, para ver el juego.

Otras veces se enredaba en reñidas peleas de peregrina. Sus piernas de acero recorrían, una a una, las distintas y caprichosas figuras dibujadas a punta de carbón en el suelo apisonado. Para él no habían cajones difíciles, ni orejas imposibles. Contagiados por su sano entusiasmo, otros mozos entraban en disputa, y era de verse aquellos hombres sudados, después de una larga jornada de recia tarea, recorrer a saltos, en un solo pie, la diversa colección de frutas y adornos de la fantástica construcción.

La chiquillada no le daba tiempo. Cuando el sol se inclinaba tras la cadena de cerros, las miradas se prendían en el rumbo por donde debían aparecer los hombres, y al divisarlos corrían a la tranquera, se amontonaban en las agujas y al momento de cruzarla, el más listo se le enhorquetaba en la espalda, cruzando los bracitos alrededor del cuello veteado de sudor y de tierra.

Chico Paco corría, fingiendo corcovos, barridas y zafones, entre la algarabía de miedo mentiroso del jinete y las risas de la escolta de diablitos que lo instaban azotándolo con chiriviscos y pencas.

La Maruca, la mayorcita de la numerosa familia de Sabino, salía al corredor de la cocina y regañaba a los hermanitos:

—¡Caramba con estos monos, cuándo dejarán tranquilo al muchacho! —y luego, conminatoria, a Chico Paco —vos tenés la culpa por cuculmeca, te les hacés muy mansito y por eso no te respetan.

Barbasco sonreía. Por sentir el gusto de ver salir a la Cumicha, como llamaban propios y extraños a la Maruca, en defensa de su persona, hubiera resistido, feliz, los mayores tormentos.

La Cumicha había despertado en él un calorcito nuevecito y brillante. En la vida pujante del zagal quería colarse aquel querer de otra forma.

Empezaba a ser tan grata para su alma de golondrina aquerenciada, aquella calma que le brindaba el alero hospitalario. El temor infinito de exponerse a un rotundo fracaso, amordazaba sus impulsos, ahogando, antes de nacer, aquel barbotear de ilusiones... ¡a lo largo del sendero de su vida se encontraba tanta desolación y llanto!

Sentía que su afecto por la Cumicha iba creciendo día a día. La quería con un amor sereno, hondo, distinto enteramente de aquella pasión arrebatada que calcinó sus tuétanos en su despuntar sexual, entre los brazos morenos de la Fulja. En ella amó sus senos respingones, agresivos, su boca de labios mordientes, incitadores... en la Cumicha amaba todo lo que en la otra no encontró: la reposada tranquilidad de espíritu que reflejaba su mirada mansa, la completa armonía de su cuerpo, sin aquella dolorosa provocación de la cintura que en la Fulja rompía las cadenas del deseo y las tendía, sonoros aldabones vibrantes, por la senda de su andar.

Chico Paco soñaba con panoramas claros de infinita felicidad, bajo el efluvio de la melancólica mirada de la amada. Algunas veces creía ver en los labios purpúreos una sombra de espesa tristeza, entonces hubiera querido arrojarle a sus plantas, derramar la sangre de sus venas para mitigar aquel pesar ignorado.

Un pájaro sin nido, volador y sin querencia, tal vez no sea un buen partido para la flor de un caserío.

Barbasco que enfrenaba sus impetuosos sentimientos, cada día tenía que revisar el cerco apuntalando los portillos, reforzando puntos débiles, temeroso de que sus amorosos sentimientos arrollaran con todo y perdiera, para siempre, el abrigo y el calor de aquella única ilusión.

La experiencia que tronchó su primer intento de levantar nido, amontonaba junto a su gran amor, cautelas y disimulos, pequeñas cosas que quería olvidar, pero que con el correr del tiempo se iban endureciendo y le causaban, también, grandes dolores.

(De "Barbasco", San Salvador, 1ª edición, 1960).

RAMON GONZALEZ MONTALVO (1908).

Originario de Quezaltepeque, cultiva principalmente la novela y también el cuento. Sus temas son vernáculos, y están tratados con vigor y habilidad de verdadero novelista. Sus dos novelas: "Las Tinajas" y "Barbasco". Su libro de cuentos: "Pacunes". "Barbasco" (1960) es su mejor obra, plena de humanidad y eficacia expresiva.

114

MANUEL AGUILAR CHAVEZ
EL TELEGRAMA

“Señor Presidente: le ruego que...”

Era uno de esos telegramas tímidos, redactados con ternura y faltas de ortografía en las pobrecitas sucursales de barrio.

Manos temblorosas lo alargaron hacia la ventanilla:

—Míreme si está bueno, don Chema...

Por mostacho le cae una pelambre blanca, a lo “Tata” Chico Menéndez, a don Chema. Anteojos ovalados con patas de remiendo casero.

Comenzó a leer:

—Señor Pre... (Hombre, presidente se escribe con **ese** y no con **equis**... Ruego se escribe con **ge** y no con **jota**... Conceda es con **ce** y no con **zeta**...) Muy poca escuela, muchacho, muy poca escuela...

Trazó unos garabatos sobre el papel.

—Son veinte centavos... Vaya, que tengas suerte...

—La necesito, don Chema... Por Dios que la necesito...

Se había marchado ya, pero un freno eléctrico lo hizo regresar.

—Don Chema: un favor...
—Bueno, hombre, dale...
—Dígame: ¿cuánto tiempo tardará la contestación...?
—Es cosa de paciencia... Pero, digamos, unos cuatro días... De todas maneras, te llegará, hombre, te llegará...
Le brilló un sol nuevo en la mirada. Por ese fulgor se le metió la ilusión: "Ya llegará... Unos cuatro días..."
A orillas de la congoja, esperó, desde aquella tarde, su telegrama. En asomando el mensajero, le daba saltos el corazón:
—Mi telegrama... Allí traen mi telegrama...
Pero con su nostalgia de papel, caía lento, el calendario.
—Se tarda, se tarda... Pero ya vendrá, estoy seguro...

* * *

Su mujer le había dicho que no creyera en eso. Y hoy, camino del trabajo, iba recordando:
No tiene fe... Y a lo mejor es cierto...
Entonces le mordía una tenaza:
—¡Ya me carga esta mujer con su pesimismo...!
Sin embargo eran más fuertes sus humildes anhelos.
"Su" telegrama era eso cálido que ansiamos todos, sobre todo cuando la vida es leño duro y boleta de empeñada pertenencia y retraso en una renta que a lo mejor termina en desahucio...
—¡Mi telegrama...!
Ya no importa la necesidad: deudas, medicinas, un empleo mejor, deseo de no mirar con envidia la dicha de los otros...
—Hoy se trata de un asunto personal... De macho... Quiero demostrarle a esa mujer que está muy equivocada... Que el "Hombre" es mi amigo...
Y del fondo una silenciosa rogación:
—Señor: hacé que venga pronto ese telegrama... Lo demás no importa... ¡Dame mi telegrama...!

* * *

El drama, con todo y sus lágrimas, salió a la calle. Lo

supieron los vecinos. Esas lenguas viperinas. Esas viejas chismosas, con sus machetes de burla:

—¿Ya recibió el telegrama...?

—Todavía no... ¡Pero, después de todo, a nadie le importa...!

Y comenzaron los apodos:

¡Adiós, Chico telegrama...!

Apenas, con la garganta hecha nudo de cohetillos, lograba contestar:

—¡Arrastro...!

* * *

Se metió en la sucursal.

—Venía para...

Vengo para...

—Sí, ya sé... Vas a mandar otro telegrama...

—No... Solamente quiero saber si mia venido algo...

Todavía no, muchacho... No te obsesiones. Ya vendrá... Ya vendrá...

—Y dígame: ¿cré usted que los lé el "Hombre"...?

—Supongo que sí... Ya vendrá, te repito, ya vendrá...

No hagas problema de un "parte"...

Y como al fin y al cabo se trataba de un consuelo, se lo repitió a su mujer:

—Traigo una buena noticia: dice don Chema que ya vendrá la contestación... y él sabe de esas cosas...

Ignoro si ustedes saben que la mujer estaba "redonda". Con "aquello". Con su "mal estado"...

* * *

El ansia se volvió rutina. De retorno al hogar. Cada mediodía. Por la tarde y hasta en sueños:

—¿Vino el telegrama...?

—¡No...! Pero en cambio cortaron la luz...

—Que la corten... Que la corten, mil veces si quieren.
¡Ya vendrá el telegrama...!

* * *

Por la tarde:
—¿Vino algo...?
—¡No! Pero se llevaron los muebles...
—Que se los lleven... Que se los lleven... ¡Ya vendrá el telegrama...!

* * *

Y así. Para perder el pleito con Dios.
—¿Lo trajeron...?
—¡No...! Esto dejó un policía...
Era la notificación de embargo.
—Que me embarguen... Que me embarguen... ¡Ya vendrá el telegrama...!

* * *

—¿Vino algo...?
—Sí...
—Mi telegrama... A ver mi telegrama... Ligerito.
—Tomá tu telegrama...
Como si la dinamita fuera pan dulce: el lanzamiento municipal. ¡A la calle...!
Que me tiren como a gato muerto... Que me echen...
Ya vendrá el telegrama...

Otra vez:
—¿Vino algo...?
Un silencio de ajedrez le cayó encima.
—Lucía... Vino algo, digo... Lucía... ¿No hay nadie?
Abandonado el cuarto.
—¡No hay nadie...!
Desde la puerta, una samaritana de barrio, con su bondad sin dientes:

—Vinieron, don Chico... Se la llevaron, don Chico. Al Hospital, don Chico...

—¿Se la llevaron...?

—Dijo que la buscara en la Maternidad...

Comenzó a sentir nueva tortura. ¿A quién preguntaría por su telegrama cuando regresara a casa? Su mujer estaba en el hospital. ¿Don Chema? A don Chema no quería molestarlo más... Por eso mismo pasaba indiferente por la Sucursal. Hasta que dos días después...

—Mirá Pedro... Allá va Chico... Dale su telegrama... Y procurá que no le resulte tan duro... Pobre Francisco...

Salió corriendo el mensajero. Y Chico también. A la escapada. Lo empujaba un ventarrón de duda.

—Nues conmigo... Nues conmigo...

—¡Eh! Párese... Un telegrama...

Se detuvo.

—¿Ta seguro...? ¿Ta seguro que no se engaña...?

—Parusté... Su telegrama...

Y un sobrecito celeste, con dibujos de rayos cruzados en una esquina, se agitaba en la mano del mensajero. Tanta emocionada espera y en el momento de recibirlo se acobarda:

—No... No puedo... Estoy muy nervioso... Usted tal vez puede hacerme el favor... Abralo... Después léamelo... Despacio... Que no se le quede ni una letra en el gñergñero...

El mensajero movió los labios. Después le regaló una mirada de compasión y susto.

—¿Quiere saber...?

—Dígame... Claro que dígame...

—Pues aquí dice que la recoja en la Morgue...

—¿En la Morgue, dice usted...? No será que sia equivocado... Yo no tengo nada qué ver con la Morgue... Léalo, bien... ¿No dirá que pase a la Presidencial...? Es lo mejor, ¿sabe? Es lo que esperaba... Lea despacio... No sia malo...

Tomó por las solapas al mensajero:

—Lea bien... ¿Verdá que dice Casa Presidencial y no Morgue...? Verdá que la Morgue nues para mí ni para la Lucía... Diga... Diga... Lea bien...

* * *

Un día lo recogieron los empleados del Manicomio. Por aquellos extensos patios floreados, anda hoy. Se sube a los postes y trata de escuchar sobre los alambres... Se tira al suelo. Se golpea la cabeza con las piedras que encuentra en su camino. Habla con las paredes:

—Mi telegrama. Usted tiene mi telegrama...

Y los otros locos lloran como lloran los muñecos. Cráneos vacíos o si acaso, llenos de burbujas, de basuritas, de mariposas. Y cuando Chico les pregunta, contestan:

—¿Su telegrama...? Se lo comió un pajarito...

Otros le dicen:

—No... No... ¿Su telegrama...? Se lo comió la luna...

Y entonces Chico ríe, como un santo de palo. Y se rasca la cabezota rapada y cierra los ojos de venado...

* * *

De tarde en tarde, cuando se escapa, cruza las calles del barrio. Llega a su antiguo cuarto. Golpea la puerta y ruega:

—Mi telegrama...

Y los cipotes malcriados, con su inocente maldad:

—Cayate Chico Telegrama... ¡Chico come cucas...!

* * *

Leí una gacetilla: "REZAGOS: LOPEZ, Francisco, un telegrama sin entregar por ausente y desconocerse su actual dirección..."

Tenía un sello: ¡CASA PRESIDENCIAL...!

(De "Puros Cuentos", San Salvador, 1ª edición, 1959).

MANUEL AGUILAR CHAVEZ (1913-1957).

Periodista y cuentista. Su prosa es nerviosa y directa. Sus temas, los de la vida diaria. Lo más característico de su breve obra es el libro póstumo "Puros Cuentos". Era originario de San Salvador.

JOSE MARIA MENDEZ
**LOS TRESSES
DEL GENERAL TOLEDO**

El "Café Nacional" era un establecimiento que nada tenía de nacional y en el cual no se vendía café. Perteneía a un extranjero, y en él sólo se servían comidas y bebidas extranjeras. El dueño y regente era un rechoncho francés: Pierre, cuyo original apellido de doce letras, largo, complicado, de difícil pronunciación, fue olvidado por todos, incluso por Pierre. Pierre se quedó en Pierre a secas, o a lo sumo en Pierre el Gordo. El negocio era próspero, precisamente porque en él no se vendía café. ¿A quién se le iba a ocurrir en un país como el nuestro, gran productor de café, entrar a un "cáfé" para pedir café? Cuando alguien, ingenuo, novato, se sentaba en una mesa y lo pedía, contestaban los mozos que allí el café se servía gratis; pero únicamente después de las comidas. Y con incitante sonrisa enseñada por Pierre, sugerían:

—¿Si el señor desea un coñac, un perno o una copa de champaña?

Esos tres licores eran los que vendía Pierre en grandes cantidades.

"El Café" estaba instalado en el centro de la ciudad y gozaba de magnífica reputación; se le consideraba el lugar

“chic” por excelencia. La clientela era distinguida. Allí solían ir los generales de valía; los políticos de turno: ministros, diputados; los políticos retirados que habían sabido cubrirse la retirada con gruesos fajos de billetes, aquellos que en la batalla contra las arcas nacionales habían ganado la batalla; los comerciantes y agricultores adinerados; los profesionales de éxito y uno que otro personaje de menor cuantía que por circunstancias especiales tenían acceso al círculo privilegiado de los favoritos de la fortuna. Entre éstos figuraba Fernando Godínez, un hombre que en sus buenos tiempos se había dado al vino, a las mujeres y a la buena mesa, a los viajes, y que por darse apasionadamente a esos menesteres había perdido toda su fortuna.

Los Godínez habían sido familia poderosa y de gran prestigio. Fernando, gracias al poder remoto y al extinto prestigio, gozaba de privilegio de ser admitido en el círculo selecto.

Constaba el establecimiento de tres secciones: la cantina, el comedor y el reservado.

En la cantina resaltaban las mesas uniformes con armazón de hierro y cubierta de mármol, los bombillos de colores y el gran espejo tras el mostrador que permitía a los parroquianos ver reflejada su estampa, desde cualquier sitio donde se sentaran. En el comedor resaltaban las “arañas” titilantes de fino cristal, los manteles de blanco lino y la gran alfombra roja que cubría todo el piso. En el reservado, también de mullida alfombra roja, resaltaban dos mesas redondas de verde tapete. Las mesas tenían bajo la cubierta compartimientos que servían para guardar los útiles de fumar (cigarrillos, fósforos), los útiles de jugar (cubiletes, dados) y los útiles de matar (revólveres, pistolas). Alrededor de ellas estaban colocadas varias sillas forradas de fino cuero.

Si el acceso al establecimiento de Pierre era hasta cierto punto restringido, más restringido era aún el acceso al “reservado”. Pierre permitía la entrada únicamente a un pequeño y selecto grupo de clientes. No bastaba para obtener el privilegio ser rico, era necesario ser muy rico; no bastaba ser simplemente poderoso; era necesario ser poderoso de los “de arriba”. Los adoradores de Birjam que reunían esas condiciones y esta otra que Pierre calificaba: la discreción, eran los que podían entrar al “reservado” a tirar las “muelas de Santa Polonia”. La

regla general se quebrantaba en relación a una sola persona: Fernando Godínez, único "mirón" autorizado. Habremos de decir que Godínez vivía de las pequeñas sumas que los ganadores le regalaban regularmente después de cada sesión. Para gozar de esa regalía Godínez cumplía fielmente con estas obligaciones principales: no manifestar jamás el deseo de que alguien ganara, no predecir ni comentar una jugada y no divulgar los resultados de éstas. Además Godínez, cuando se presentaba una discusión acerca de alguna jugada dudosa, era Juez Inapelable.

* * *

El General Martín Lisandro Toledo vino a El Salvador como emigrado político, después de una revuelta que tuvo lugar en su patria, uno de los países de Sud América, el Perú según la mayoría, al asociar la antañona y fabulosa riqueza del extinto imperio Inca con la crecida fortuna del General. Pasaba éste por millonario y era efectivamente millonario. Cosechaba cinco mil quintales de café y diez mil quintales de azúcar por año en fincas que había comprado en nuestro país; era además dueño de seis casas situadas en el centro de la capital; su cuenta bancaria, según lo revelaban secretamente los empleados del Banco donde la tenía, llegaba a medio millón de pesos.

El General, por fuerza de las circunstancias, se convirtió en cliente de Pierre. Era hombre de buen vivir. Le agradaban los buenos licores, los buenos platos. Para su desgracia le gustaba también el juego y aprendió a jugar "chivo".

He de hacer un paréntesis para explicar este juego de dados conocido en mi país con el nombre de "chivo". Se juega con dos dados, cada uno de los cuales, como todos los dados, tiene seis caras. En cada cara están marcados puntos del uno al seis. Las combinaciones favorables son pareja de cincos, pareja de seises y pareja de treses. Las desfavorables parejas de doses, pareja de unos (ases) y pareja de cuatros. Los dados tienen al reverso de los doses, los cincos; al reverso de los unos, los seises, y al reverso de los treses, los cuatros. La suerte mejor es la de treses y la peor es la de cuatros. Cuando el que tira los dados echa treses gana toda la cantidad apostada; cuando echa cuatros la pierde toda. Los jugadores tiran por turno

hasta que en los dados resulta una de las tantas combinaciones apuntadas.

Cerrado el paréntesis sigamos con la historia. El General Toledo se convirtió pronto en un “punto” de primera. Porque tenía mucho dinero, porque tenía mala suerte y porque perdía con elegancia, impertérrito, con la sonrisa en los labios.

—Bueno, señores —decía después de haber perdido veinte, treinta mil pesos—, otro día será. Muy buenas noches. Que todos sigan ganando.

Este deseo de que todos ganaran, imposible de realizar, era la única ironía que se gastaba el General.

“Otro día será. Muy buenas noches. Que todos sigan ganando”. La frase se hizo famosa. Siempre la decía después de las jugadas, el General. Su mala suerte no cambiaba. Ocurría además algo inexplicable, misterioso. Cuando Toledo lanzaba los dados casi siempre caían cuatros. Cuando tiraba su contrincante casi siempre caían treses. Pero eso no alteraba el buen humor del General; mejor dicho, no lo alteró durante algún tiempo considerable. Porque lo cierto es que el General, paulatinamente, fue perdiendo su calma y frialdad proverbiales. —¿Por qué diablos —pensaba— jamás puedo lograr que salgan treses?

Empezó acortando la consabida frase y diciendo nada más al retirarse:

—Otro día será. Buenas noches.

Después la acortó más y se retiraba diciendo únicamente:

—Buenas noches.

Por último se retiraba sin hablar, pujando.

Esto no obstante, el General seguía siendo un jugador excepcional por su cortesía e impasibilidad. Jamás profería maldiciones. No pedía que le cambiaran dados ni los lanzaba violentamente contra el suelo, contra las paredes o contra el techo, como lo hacían casi siempre todos los jugadores ante una racha de mala suerte.

Hasta que un día . . . Pero de esto tuvo la culpa Godfnez.

* * *

Estaba el General enfrascado en una elevada apuesta con

don Tiburcio García, cafetalero de muy buena mano. Tiraba los dados el General y no salía ninguna pareja que decidiera la apuesta. Tiraba don Tiburcio y ocurría lo mismo: no salía nada. Tiraban, tiraban y tiraban sin ningún resultado. Aquello era excepcional, fantástico. Todos estaban nerviosos, asombrados. El mismo Godínez, que jamás denotaba interés en las jugadas, se había colocado tras el General y jadeante se limpiaba con un pañuelo la frente, perlada de sudor. No pudo resistir más y dijo, en momentos que el General tiraba los dados:

—Tienen que salirle los cuatros al General.

Como si los dados hubieran estado esperando la profecía, rodaron largo, dieron unas cuantas vueltas y se asentaron marcando cuatros.

El General palideció, recogió los dados con los dedos crispados, pidió un vaso de agua y se los tragó como si fueran píldoras.

—Ultima vez que juego —dijo.

Y se retiró con la cara amoratada y el paso vacilante.

* * *

Al día siguiente el General amaneció con retortijones y luego se le clavó en el estómago un dolor inaguantable. Hubo que llamar médicos. Estos, como primera providencia, le pusieron morfina. "Habrà que operar, para extraerle los dados" —convinieron—. Pero uno sugirió que se le diera un fuerte purgante al General. "Tal vez así —dijo— salen los dados". Aprobaron el expediente y purgaron al General. Para ver si los dados salían hubo que pedir una bacínica y obligar al General a que hiciera en ella sus necesidades. La primera vez no salieron. Ni la segunda. Pero a la tercera se oyó un ruido significativo. Corrieron los médicos a ver, para comprobar el resultado. Habían salido los dados. Y marcaban treses. El General había tirado por fin la suerte que nunca le saliera por las manos.

(De "Tres Mujeres al Cuadrado", San Salvador, 1ª edición, 1963).

JOSE MARIA MENDEZ (1916).

Nació en Santa Ana, y es jurista y narrador. En Quezaltenango, al ganar tres veces el Primer Premio en Cuento, fue declarado "Maestre de la Narrativa Centroamericana", en 1976. Su costumbrismo es chispeante, humorístico. Cultiva principalmente la narración breve, sobre todo en sus últimos libros. Algunas obras narrativas suyas son: "Disparatario" (1957); "Tres Mujeres al Cuadrado" (1963), su mejor libro; y "Tiempo Irredimible" (1976).

126

HUGO LINDO
¡PERDONE, PADRE...!

—¡Pura mala suerte, Padre! ¡Pura mala suerte...! Ahí estoy, como quien dice, sentada en una montaña de oro, con toda esa fortuna de la cual no puedo utilizar ni un centavo, mientras me muero de hambre, prácticamente... Usted va a decirme, ya lo imagino, que la culpa es mía, y que pequé gravemente cuando me acerqué a los espiritistas en busca de consuelo... Sí, le diré que sí, que tiene razón; pero que son muchísimas las personas que pecan de una manera peor, mucho más grave, y que, sin embargo...

—¡A ver... a ver...! No se adelante a lo que yo pueda decirle... Quiero escuchar su confesión completa. Después hablaré yo.

Ignoro si dije esto por paciencia o por pereza. No quiero hacerme escrúpulos innecesarios. Pero me cansan a veces estas inacabables tardes de confesión. Me fatigan más desde que estoy tan gordo. ¡Y empiezan tan temprano! Ya a las tres, estoy metido en el confesionario, aguantando unos calores que para qué decir... Además dentro de la iglesia se han ido acumulando los aromas litúrgicos, y todo eso tiende a darme sueño. Puede ser también la edad, digo yo... ¡Que hable, que hable la parlan-

china de doña Estebana, hasta que se le acabe la cuerda! En el interin, es posible que yo me adormile un tanto... ¡Dios me lo perdone, pero los años...!

—¡Usted sabe, Padre, lo que sufrí con la muerte de mi marido!

—¡Que Dios tenga en su gloria al Coronel!..!

—Sí, Padre... Yo le decía: Ambrosio, ¡no me abandones, no me abandones...! Pero así son los designios de la Divina Providencia... Yo me sentí desolada. Y entonces quise valerme de lo que fuera para entrar en relación con él. "Los espiritistas —me dijo alguien— pueden serle muy útiles. Ellos saben cómo comunicarse con los muertos". A usted le consta, Padre, que siempre he sido una buena católica, cumplidora de mis deberes, y a mí se me hacía cuesta arriba ir a una cosa que estaba condenada por nuestra Santa Madre... ¡Pero ya usted ve...! ¡Las debilidades...! Cuando a una la azota la marejada del dolor...

—¡Al grano, hija, al grano, que hay mucha gente esperando!

—Perdone, Padre.

De todos modos, yo tenía que pasar hasta las siete o siete y media metido en ese ataúd vertical, en ese excusado del alma adonde la gente va a dejar sus porquerías, y de donde uno sale tan asqueado que no le queda más remedio que ir a dar una vueltecita por la plaza, para refrescar los pulmones. Por mí no había prisa. Además, está el sotacura, el Padre Miguel, que podría hacerse cargo de las que yo no alcanzara a confesar. Al cabo, él es joven todavía. Pero la verdad es que me fastidia la cháchara de doña Estebana, que por angas o por mangas tiene que sacar a relucir al difunto Coronel, hacer su apología, gímotear un rato y concluir por decir a quien quiera oírla —que ya son pocos— su estado de miseria actual... Cuanto antes concluyera, mejor. De todos modos, tenía que darle la absolución.

—Y así fue como me acerqué a los espiritistas. Sin fe ninguna, por supuesto; pero una no sabe... Y como además no me cobraban ni un centavo por hacerme el favor... ¡Viera qué interesante es lo que hacen, Padre! Primero corren todas las cortinas y apagan las luces. Sólo dejan encendida una vela. Después rezan unas oraciones que no tienen nada qué criticar-

les: el Padre nuestro, el Avemaría... Son oraciones fieles, como quien dice... Y después... El maestro Anselmo, el electricista, es el que hace de hipnotizador, a veces con su propia hija la María Antonieta, y a veces con la Ester Quiñones la costurera de donde las niñas Hoffmann... ¡Si usted las conoce...!

—¡Bueno, bueno, doña Estebana: confiese sus pecados, que no ha venido a confesar los ajenos...!

—Perdone, Padre.

Se oyó la tosecilla Impaciente de algunas feligresas, pero doña Estebana se hizo la desentendida:

—Yo asistía sin fe, Padre, es la pura verdad; pero porque no había visto nada. No fue sino hasta la segunda vez que pude observar algo que me impresionó: como un velo blanquecino que rodeaba a la médium, en la que se había encarnado el espíritu de un doctor muy competente... Fíjese que yo tenía unos dolores en las piernas y en los brazos, que casi no me dejaban moverme. ¡Y aquí en el cuello, para qué decirle...! ¡Como si tuviera la nuca de palo...! Y aproveché para consultarle al doctor ese, que ya ni me acuerdo cómo se llamaba, y me recetó unas inyecciones y una pomada de salicilato de metilo que me quitó la enfermedad como con mano de santo, como quien dice... Entonces sí ya empecé a tomar más en serio el asunto. Lo malo es que mi difunto Ambrosio no aparecía, porque según decían los otros espíritus, no tenía licencia de presentarse a la sesión. Pero todos los espíritus se dirigían a mí diciéndome: "Paciencia, Estebana", "perseverancia, Estebana", y yo comprendí que había que llevar las cosas hasta el final... Hasta que el asunto diera algún resultado... No me cobraban nada, ya se lo dije, pero naturalmente había que dar algo para la médium, porque la pobre se desvitaliza durante las sesiones; parece que pierde mucho ectoplasma, o algo por el estilo... Y también había que dar para el incienso y para pago de local... Poca cosa; pero así como hay que contribuir a los gastos de nuestra Santa Madre...

Ya la estaba escuchando como dentro de una bruma de sueño. Mas ante tamaño despropósito dí un respingo:

—¡Cuidado, doña Estebana! ¡Cuidado! ¡No diga blasfemias!... ¡No mezcle a la Iglesia en estos asuntos...!

—Perdone, Padre.

—Prosiga.

—Yo le conté que mi marido, al morir, no me había dejado nada, como quien dice... La pulpería que tengo frente a las niñas Hoffmann, un pequeño seguro de vida y unos cuantos pesos en efectivo, que casi todos se fueron en los gastos del entierro y de la aceptación... ¡Y una pobre vieja como yo, que no sabe hacer nada...! La tiendecita apenas si alcanza para pagar el local. Yo he venido consumiéndome el poquito de dinero que había, y estoy bastante afligida. Mejor dicho, estaba muy afligida. “Cuando se acabe este dinerito, me decía, ¿qué voy a hacer? ¿Con qué voy a comer...?” Me sentía como predestinada al Asilo... Pero tenía una esperanza... Los pobres siempre tenemos una esperanza... Así pensaba yo: “Desde que Ambrosio dejó las filas para dedicarse a los negocios le fue bastante bien. Siempre fue activo, inteligente, y tuvo muchos amigos... No es posible que esto sea todo... Algo tiene que haber dejado en el banco, enterrado en alguna parte, depositado en manos de alguien...”

El calor me sofocaba. Para alivio de males, Mamerto, el sacristán, acababa de pasar frente a nosotros con el incensario encendido, y había dejado una vaharada que... Sentí como un vértigo. Se me perló la frente. Corrió por mis nervios un extraño escozor. Pero la vieja no podía enterarse de nada a través de la rejilla. Tenía cuerda para rato, me dije. Y así era.

—¡... Pues va a creer usted, Padre, que como a la sexta sesión apareció el espíritu de mi marido...! La voz era distinta, es cierto, porque salía a través de una garganta de mujer. Estaba actuando de médium la María Antonieta. Pero era él. No podía ser otro. Me dijo una serie de cosas que sólo él sabía: que mantuviera limpia siempre su espada; que yo estaba dando demasiado poco a los hermanos espiritistas, y que tenía que ser más generosa si quería merecer el premio que él me tenía guardado; que no dejara de rezar oraciones por su alma, porque todavía se hallaba en el Purgatorio, y que la deuda que tenía con él el maestro Anselmo, el electricista, debería ser olvidada como señal de gratitud por los servicios impagables que estaba pres-tándonos al ponernos en comunicación. Todo eso se lo prometí, y se lo he venido cumpliendo con religiosidad...

—¡Le Insisto en que no me meta en esto a la religión...!

—Perdone, Padre.

Con mayor insistencia se escucharon tosecillas y garraspeos impacientes. El Padre Miguel debe de haber comprendido, pues se metió en el confesionario de enfrente, y muchas de las personas que esperaban la absolución se trasladaron allá.

—Después, en otra oportunidad, Ambrosio me hizo saber lo que yo me imaginaba: que muchas de sus ganancias las había ido acumulando en un rincón oculto, que no podía revelarme, porque era menester que de ahí lo sacaran manos de varón, en una noche de luna llena, y precisamente a la medianoche; que no podía haber una sola mujer en toda la casa. No me indicó cuándo sería eso. Le insistí en que estaba ya muy necesitada, en que la pobreza me estaba apretando cada día más, y en que procurara cuanto antes que esa fortuna fuese descubierta, si no quería verme en el Asilo, tratada, como si dijéramos, como una cualquiera... Nada me prometió.

Hizo doña Estebana una pausa larga o yo me dormí unos instantes. Cuando de nuevo escuché su inacabable runruneo, estaba diciendo:

—Andaba yo, Padre, ya tarde del lunes pasado, por la calle. Iba preocupadísima. No encontraba más solución que la de vender la pulpería. Pero si la vendía, ¿qué iba a ser de mí...? Y dándole vueltas y más vueltas en la cabeza al problema, sin hallarle solución por ningún lado, siento unos pasos de alguien que se me aproxima, como persiguiéndome. A pesar de que estaba ya un tanto oscuro, no tuve miedo, porque, me dije, “a una vieja como yo...” Era un señor al que no había visto nunca. Parece que no es de aquí. Por lo menos, él me dijo más tarde que venía de San Miguel. —“Doble la esquina”, me indicó al pasar. “Tengo que hablar a solas con usted...” Resultó que era un hermano espiritista, y a él, en una sesión en San Salvador, mi difunto marido le había confiado el secreto. “El Coronel me dijo que usted tiene que conseguirme cuatro cajones, de los de velas —me afirmó—, para guardar los objetos de que se compone el tesoro: hay monedas antiguas, billetes de banco, unas pocas joyas... Y es bastante”. —“Bueno, le afirmé yo, lo de los cajones no es problema, porque en la tienda tiene que haber...” —“Además —siguió diciéndome— tiene que buscar

adónde trasladarse durante unas dos o tres noches, lo que duren los trabajos, y no debe ni siquiera acercarse por aquí, porque el Coronel dice que entonces se echaría todo a perder. . .” El “asunto ha venido, Padre, en el momento más necesario, porque ya me había quedado en la lipidia. . . Hice lo que me había indicado. Le entregué los cajones y la llave de la casa. . .

—¿Cómo se llama el señor ese? —pregunté yo sólo para dejar alguna constancia de que estaba despierto.

—No sé; no me pareció oportuno. . . Le dí la llave y empecé a trabajar. El caso es que ayer por la tarde me mandó la llave con un muchacho que dijo ser sobrino suyo: “—Manda a decir mi tío que aquí está la llave; que el trabajo ya está hecho y todo salió maravillosamente; que allí le deja los cajones con el tesoro; pero que usted no puede abrirlos mientras no hayan pasado cuarenta días, porque el Coronel ha indicado que si los abre antes, los espíritus del mal van a convertir todo el tesoro en purititas piedras. . .” El muchacho se había aprendido bien el recado, y además lo traía en una hojita escrita a máquina que me dejó para que yo no fuera a equivocarme. . . Hoy por la mañana pude trasladarme a la casa; ¡pero mi mala suerte, Padre. . .! Parece que mientras el señor hacía las excavaciones necesarias, dejó mal cerrada alguna puerta. . . Se han metido los ladrones y se han llevado casi todo lo que había: mi pequeña radio de mesa, mucha de la mercadería de los estantes, un crucifijo de plata que me había regalado Ambrosio. . . Total: estoy con esos cajones llenos de oro, con una fortuna en las manos, y no los puedo abrir. . . ¡No vaya a ser el diablo que se me conviertan en piedras de verdad. . .! Y para mientras, sin nada a qué recurrir, y sin saber ni por dónde empezar una investigación para dar con los ladrones. Porque cuando una es pobre, la policía ni caso le hace. . . ¡Y tengo que esperar cuarenta días. . .! ¡No sé cómo voy a hacer!. . .

Tentado estuve a decirle que todo aquello era una patraña del desconocido, y que de cierto los cajones contenían ripio desde un comienzo; pero el sueño. . . el deseo de que ella terminara cuanto antes. . . el temor de que me echara a mí la culpa de una fatal metamorfosis si le insinuaba que descubriese de una vez su “tesoro” para cerciorarse. . .

—¿Eso es todo, hija?

—Sí, Padre. Eso es todo. Lo demás, cosas menores: que he mentado cinco o seis veces; que he tenido envidia de las niñas Hoffmann que son dueñas de una tienda tan grande; que a veces, a la hora de acostarme, he pensado en el difunto Ambrosio en una forma... ¿Me entiende...? En una forma, como quien dice...

Difícilmente saqué mi pañuelo del bolsillo trasero de los pantalones. Difícilmente, porque para eso tenía que levantarme con disimulo toda la parte posterior de la sotana, dentro de aquel cajón tan encerrado y estrecho para mi gordura. Me pasé el lienzo por la frente y la cara; estaba yo empapado... ¡Qué calores, Dios santo, qué calores...! Entonces, todavía con el pañuelo húmedo en la mano, hice el signo de la Cruz ante la ventanilla y pronuncié:

—Ego te absolvo, in nomine...

Y doña Estebana quedó limpia de casi todos sus pecados. De los mortales y de los veniales. Pero yo sé que aún le quedó uno, y muy grueso, en el alma.

Sólo que ése no lo podemos absolver nosotros...

(De "Aquí se Cuentan Cuentos", Bogotá, Colombia, 1ª edición, 1959).

HUGO LINDO (1917-1985).

Notable poeta, narrador y diplomático, nació en el puerto oriental de La Unión. Su poesía metafísica es de primera categoría. En la narrativa, cultivó la ciencia ficción, el relato puramente imaginativo y, a veces, el cuento con ribete costumbrista. Su estilo es limpio y sus argumentos son ricos y sorprendentes. Sus libros de cuentos son: "Guaro y Champaña" (1947); "Aquí se Cuentan Cuentos" (1959); y "Espejos Paralelos" (1974).

LUIS GALLEGOS VALDES
PLAZA MAYOR

VIII

Agazapado en aquella vida provinciana, en donde las horas se vuelven abrumadoramente lentas y la única ocupación consiste en despellejar al prójimo, Hermes Zapata la observa desde su rincón y a veces toma la pluma, escribiendo en su diario cuanto se le pasa por la cabeza.

13 de agosto.

"Inauguración del primer banco fundado en el país. Hoy el poderoso caballero Don Dinero impera. Es bueno tratar a la gente que lo tiene y maneja. Don Ignacio estaba muy orondo a la entrada, recibiendo a los invitados: funcionarios, sacerdotes, algunos militares. Los corredores estaban rebosantes de señoras y señoritas de nuestra mejor sociedad. **La crème de la crème**, como dicen los franceses. Pasaban criados con bandejas cubiertas de copas espumantes de champaña que hace felices a los pobres periodistas como yo, a quienes se nos hace muy difícil codearnos con gente importante si no es en estas ocasiones, tan señaladas. No cabe duda que Don Ignacio es un gran tipo. Seguro de sí mismo, admirado, en la cumbre de toda buena fortuna. A la hora de los brindis, he tomado la palabra y he hecho

135

un cálido elogio de nuestro anfitrión, el dichoso Don Ignacio, que, con el beneplácito de nuestra sociedad, y poniéndose a tono con la época en que vivimos y con la próspera situación del país, ha sabido dar decidido impulso a las finanzas creando un banco con su propio esfuerzo. Mientras otros ricos se dedican a la usura, extorsionando al pobre y provocando odios, Don Ignacio se yergue como un hombre superior de grandes prendas morales, de recio carácter y, más que todo, de voluntad inquebrantable.

En el momento de mayor expansión, cuando los rostros parecían animados por una divina flama, y cuando los jóvenes le hacían el amor a sus novias sin ningún reparo, ya que las mamás se mostraban achispadas y complacientes, se me ha acercado cierto Ministro extranjero, me ha llevado aparte a un saloncito y, entre copa y copa, me ha propuesto algo inaudito... que, por supuesto, yo he rechazado con indignación. El señor Ministro me pide que inspire o, en último caso, escriba unos artículos contra el Gobierno de Guatemala, y me ofrece, si llegaran a publicarse, jugosa remuneración. Estoy francamente desconcertado. ¡Así se la gastan estos imperialistas marrullos! No cabe duda: existe la perfidia. Ahora caigo en la cuenta de muchas cosas que suceden en nuestros países. Es imperdonable que no me hubiera percatado de eso antes; pero, en fin, más vale tarde que nunca.

20 de agosto.

Mis asuntos andan cada vez peor. No tengo dinero para pagar el cuarto que ocupo en el mejor hotel de la ciudad. El dueño me ha hecho mala cara esta mañana y por dos veces seguidas me ha mandado a cobrar con uno de los criados. Me siento más que molesto. ¡Tratar así a uno de los periodistas más conocidos y notables de Centro América! Mi pluma no es cualquier cosa. Pero ya verán cómo me las arreglo.

22 de agosto.

Por la mañana. Visité a Don Ignacio, a hacerle un préstamo en metálico. Me lo ha negado. Paciencia. Volveré.

A la tarde, otra vez en el banco. Don Ignacio no aparece. ¿Seguiré comiéndome las uñas como un pobre diablo, sin hallar solución a esto?

30 de agosto.

Paseando por la tarde bajo los soportales de la Plaza, me encuentro con Juanito, el poeta, quien me da confianzudas palmaditas en el hombro y me invita a tomar unos tragos. No logro reanimarme. Estoy alicaído.

—¿Qué te pasa? —me pregunta mi amigo.

—Nada, una pequeña indisposición. Ya pasará...

Juanito me ha contado intimidades de su vida, aventuras, triunfos, proyectos, cosas de poeta...

En un momento de la charla, me espeta esta frase, que me deja frío:

—Dicen que se te ve mucho estos días en compañía de conocido diplomático...

Nada más: una sonrisa inquietante luego. Juanito es un diablo.

10 de septiembre.

Mi artículo (calzado con seudónimo) contra Guatemala, ha causado revuelo. Por precaución permanezco unos días encerrado en el hotel. No quiero ver a nadie. Pero ahora ya me atienden los criados y el dueño me sonrío, complaciente. Pido tragos, pero no me siento a gusto.

12 de septiembre.

Encuentro a Don Ignacio paseando por la Plaza. No me ha saludado. Parece que tiene parientes en Guatemala. Estoy preocupado. Sin embargo, esperaré.

15 de septiembre.

Aniversario de nuestra gloriosa Independencia. ¡Y yo vendiéndome al extranjero! Permanezco encerrado como un monje en su celda, leyendo y escribiendo.

Llegan de Guatemala noticias espeluznantes. Se me acusa de estar vendido a Inglaterra. Me llaman, o mejor dicho llaman a mi alias entre otras lindezas, "hijo espurio de Centro América,

indigno de figurar en la prensa del Istmo". Y lo peor del caso es que tienen razón. He vendido mi progenitura por un plato, no de lentejas, que no me gustan, sino de frijoles con chilito y queso de mantequilla, que, después de tanto hambrear, me han sabido a gloria.

18 de septiembre.

Me entero de que mi presencia es antipática. El dueño del hotel se me ha acercado esta mañana y, muy al oído me ha aconsejado:

—¡Lárguese usted cuanto antes!

Ahora recuerdo que le debo. El dinero comenzó a escasear hace unos días. He gastado en licores más de la cuenta y los hoteleros son implacables.

Acosado otra vez por el hambre y las deudas que crecen como espuma. Continúo viviendo en este hotel donde otra vez me miran con recelo y descontento. ¿A quién recurrir, Dios mío?

27 de septiembre.

Me entero de que Don Ignacio ha tratado de raptar a una señorita, hija del General Romero, un viejo achacoso que anda por ahí arrastrando una pata hinchada.

28 de septiembre.

Don Ignacio me saca de su despacho con cajas destempladas.

—¡Quítese usted de mi presencia, pícaro! —me ha dicho y amenazado con denunciarme a las autoridades.

Mi plan parece haber fracasado con tal contratiempo. De todos modos, escribiré una crónica acerca de este asunto, que la prensa se empeña en ocultar, todo porque se trata de un plátano, y banquero además.

Para consolarme asomo la nariz con desconfianza por la Plaza.

Está ya oscuro y paso inadvertido de la gente que pasea por ahí a estas horas. Sólo el General Romero me reconoce y como es parlanchín, me ha llamado a platicar con él. Le propon-

go mi plan: "Es preciso, le digo, que usted interponga su valiosa influencia, a fin de que alguno de los diarios publique mi artículo". El viejo no parece muy convencido. "Estas cosas de familia no deben salir de casa", me contesta.

Yo le he dicho que la misión del periodista es denunciar cualquier atropello a la honra de los ciudadanos y que lo hecho por don Ignacio es algo que merece acre censura por medio de la letra de imprenta.

29 de septiembre.

Me he encontrado con el viejo filósofo, que aquí llaman "El Sablo". Venía mal trajeado, como suele, desgovernado, mal afeitado, lleno de lamparones el traje raído en las mangas y remendado uno de los fondillos del pantalón. Entablamos inmediatamente el diálogo:

—¿Qué se trae usted de nuevo?

—Nada hay nuevo bajo el sol —me contestó mal humorado.

—Se ve que anda usted con alguna preocupación —le dije.

—Es que mi mujer echó a la cocinera.

1º de octubre.

A veces la circunstancia desafortunada lo vuelve a uno más crítico y analizador que de costumbre. Es lo que a mí me ocurre en estos días. Llegué a esta ciudad hace algún tiempo. No cabe duda que se trata de una de las ciudades más activas del Istmo centroamericano, puesto que aquí se da principalísima importancia a la economía. El cacao y la cochinilla hace unas décadas, hoy el añil, son los productos de la tierra que mejor se cotizan; también la caña de azúcar. Corren los doblones en las ferias de San Miguel y Sonsonate, Chalatenango y Cojutepeque.

Por eso me interesa tanto la figura de Don Ignacio y procuro su amistad a toda costa. Es hombre de progreso. Dígalo si no la empresa bancaria en que anda metido. Claro, yo soy hombre de pluma; pero advierto que en la sociedad actual asoman fuerzas poderosas que, con el tiempo, llegarán a determinar grandes acontecimientos históricos. No por pequeños nuestros Estados centropamericanos dejan de experimentar la influencia del tiempo. Las grandes potencias comienzan a descubrirlos, a

Interesarse en ellos, a enviarles sus agentes diplomáticos y comerciales a fin de que firmen tratados. Yo creo que España tuvo sus razones para mantenernos aislados y ocultos a las miradas del Inglés, del francés y del holandés, hasta el grado de hacerles creer que el famoso bálsamo, curativo de tanta dolencia y tan valioso para la farmacopea, que llaman del Perú, procede efectivamente de allí, cuando la pura y lisa verdad es que el dicho bálsamo es originario de la costa situada en esta provincia de San Salvador, siendo una fuente magnífica de riqueza todavía en estos nuestros tiempos de República.

Acerca de todas estas cosas, tan importantes, conversábamos anoche con un inteligente huésped del hotel que acaba de llegar y que responde al nombre de Arnulfo Andrade, que, según me cuenta, ha recorrido bastantes lugares de la América. Es hombre simpático, todavía joven, emprendedor, indudablemente audaz. Hicimos la tertulia: un rato de sobremesa en el comedor de este hotel y después salimos a dar una vuelta por la Plaza Mayor, donde tuvimos la oportunidad de ver y saludar a algunas personas de viso, como el Ministro de Hacienda, el General Tomás Romero, Juanito Cañas el poeta, y otras que se me olvidan.

Me sorprende de la cordialidad con que Arnulfo los ha saludado a todos, como si ya los conociera de antaño, lo cual me hace suponer que es hombre mundano y viajado. Estos europeos nos llevan a los americanos la ventaja de su ilustración, si bien es cierto que entre nosotros hay también hombres que la poseen extraordinaria y que podrían hacer, hacen o han hecho brillantísimo papel en Europa. Ahora recuerdo al ilustre General Francisco de Miranda, que se paseó por Europa como hombre cortesano en la Rusia de Catalina II y como revolucionario en la Francia de 1789.

¿Y el General Bolívar? A propósito de Bolívar, estuve la otra noche en casa de unos parientes del General Francisco Malespín y me mostraron con gran orgullo el retrato, de cuerpo entero, que el Libertador le envió a aquél cuando fue Presidente de esta República. El General Malespín se sentía muy honrado con el valioso presente de que fue objeto por parte de Bolívar. Este Malespín es una de las figuras más discutidas del país, pues aunque unos dicen que fue un bárbaro que únicamente

sabía manejar la lanza y ser jinete prodigioso, otros opinan que basta el hecho de haber sido el protector de la Universidad de El Salvador para que sea digno del recuerdo agradecido de sus concludadanos.

Con Arnulfo hemos hecho una buena revisión a diversos puntos de vista acerca de la política, costumbres y porvenir de estos Estados. La velada ha sido para mí muy provechosa.

Nuestras charlas diarias han cristalizado en una idea feliz, extraordinaria, la cual vendrá a dar un rumbo fijo a mis inquietudes. En efecto, hemos discutido Arnulfo y yo una proposición que, de ser aceptada por uno de estos magnates, nos sacará de apuros tanto al uno como al otro. Andrade anda desesperado por la falta de pecunia. Igual cosa me pasa a menudo a mí, que vivo de lo que la Divina Providencia suele mandarme con mano poco liberal, yo, que soy un verdadero liberal.

Hemos planeado la fundación de un semanario informativo, que sea a la par reflejo de la vida económica del país. Un semanario serio, responsable, vocero de sus fuerzas vivas, oído y respetado por el Gobierno, al que tratará de ayudar con abundantes luces. Yo creo que no se puede pedir más en caso de que tan maravillosa idea sea llevada a cabo, pero esto debe ser a la brevedad posible, ya que más de algún listo podría adelantársenos.

Arnulfo no duerme. Yo tampoco logro conciliar el sueño, pensando en el resultado de tan beneficiosa empresa. Nos falta redactar la propuesta, pero hemos llegado a un acuerdo: presentarla nada menos que a don Ignacio. Por parte mía ya sé que es sobrado atrevimiento irle con un asunto así, después que me puso el otro día de patitas en la calle por medio de su criado; pero esto me tiene sin cuidado. Yo soy un hombre de acción y, a la vez, de ideales, y sé sacrificarme por ellos llegado el caso. Lo que importa son las ideas, no los hombres que las promueven.

10 de octubre

¡Eureka! Bien decía Arquímedes: "Dadme un punto de apoyo que moveré con mi palanca el mundo". Nuevos Arquímedes, Arnulfo Andrade y yo tenemos ya el punto de apoyo para

el logro de nuestra empresa: Don Ignacio, a quien ha parecido plausible y viable, en general nuestro plan. Lo único que tiene que hacer es llevar nuestra propuesta a sus asesores jurídicos y financieros para que le den su opinión al respecto. Desde luego, así tiene que ser, pues estas cosas tienen su trámite formal.

No nos fue fácil introducirnos y hubo que vencer la resistencia del portero, que no nos quería anunciar, pues ya me conoce. Pero insistimos y rogamos tanto, le prometimos tan buena remuneración, que el buen hombre cedió ante nuestra necesidad y nos franqueó la puerta dorada.

El propio dueño del banco salió a recibirnos. ¡Cómo se ve que Don Ignacio es hombre de esmerada educación! En absoluto hizo alusión al penoso incidente conmigo, echando sobre él un generoso velo de comprensión y olvido. ¡Grande hombre Don Ignacio! Así se puede hablar de empresas. De hoy más creo en sus prendas morales y en su fino sentido de los asuntos humanos.

Arnulfo entró con paso seguro y se fue al grano. Un éxito más desde el principio, ya que cualquier titubeo de nuestra parte hubiérale extrañado al banquero. Los negocios tienen que ser claramente planteados. Conviene, a hacerlos; no conviene, a otra cosa, y todos contentos.

—“Usted comprende —le dijimos—, que toda empresa, sobre todo una de la magnitud de la suya, precisa de alguien que la dé a conocer, porque es mentira que el buen paño en el arca se vende. Usted, señor, ha menester de que sus intereses sean defendidos, ¿y quién más indicado que el periodista, cuyo papel en la sociedad actual es de suma trascendencia, para defenderlos con eficacia? **“La pluma del periodista vuela mejor en los talones de Mercurio...”** La frase le hizo gracia y ¡trato hecho! A veces una sola frase viene a dar el toque final a las cosas que, en un principio, parecían irrealizables.

Después de la entrevista, Arnulfo y yo nos hemos ido al hotel locos de contento. Hemos pedido una botella de champaña para celebrar tan fausto acontecimiento. El hotelero nos ha fiado dos botellas más. La rueda de Fortuna dio ya la vuelta formidable. “La Voz del Progreso” tendrá cuatro páginas. Yo me encargaré del artículo de fondo; Arnulfo, que será el Jefe de

redacción, de la distribución de noticias. A lo hecho, pecho.

18 de octubre.

¡Qué gran trabajador es Arnulfo! Se pasa las noches estudiando, escribiendo, meditando acerca de nuestro periódico. Con hombres de su fuste sí que se puede trabajar. Otra ventaja: Arnulfo no es borracho. Se contenta con fumar sus buenos puros. Gracias a Dios que Don Ignacio nos provee de los suyos, exquisitos.

“La Voz del Progreso”, progresa. Ya tenemos la imprenta y tenemos también recogido el material del primer número. Hay favorables comentarios respecto a la aparición de nuestro semanario. Se dice que la idea no puede ser más oportuna, pues la Gaceta oficial no basta.

¡Bendito sea Dios!

1º de diciembre.

Este Arnulfo Andrade es hombre extraordinario. Un verdadero genio del trabajo. También de la intriga. He descubierto que se ha vuelto confidente del Ministerio de Hacienda. ¡Atíza! “La Voz del Progreso” ha gustado mucho en el mundo oficial. También se vende entre el pueblo, a pesar de que hay muchos analfabetos, pero los que no saben leer compran su ejemplar para que otro se los lea, y así el negocio del periódico tal como lo previmos, está asegurado, pese a la ignorancia del pueblo. Hemos echado nuestras cuentas: por cada ciudadano que sabe leer, hay cinco o diez que sin saber hacerlo, compran su periódico. El día que hayan más escuelas, este pueblo será el mejor lector del continente, pues le atrae la letra impresa. Esto, a los gobiernos, no les conviene, menos a los ricos; pero buen cuidado tenemos los periodistas de decirlo: sería matar la gallina de los huevos de oro.

7 de diciembre.

Ahora caigo... Arnulfo le escribe los discursos al Mi-

nistro de Hacienda. En mala hora le conté la anécdota aquella del diplomático que quería nombrarme su secretario, todo para que le pergeñara sus discursos. Leyó como de su cosecha algunos salidos de mi propia minerva sin que nunca se le ocurriese pensar en mis honorarios, ¡ni siquiera en un regalito!

Más tarde, Arnulfo me confirma lo de los discursos y, además, me confiesa que le vende artículos al Ministro de esa cartera, para atacar a sus enemigos políticos en pasquines y hojas efímeras. ¡Así anda este mundo de confuso y engañoso! He de aguzar más el ingenio y el olfato sobre todo. . .”

(De la Revista CULTURA, N° 15, San Salvador, enero-marzo de 1959).

LUIS GALLEGOS VALDES (1917).

Notable crítico literario, y también narrador ameno. Su “Panorama de la Literatura Salvadoreña”, es la obra más importante en la materia, por su erudición y objetividad. Como narrador, aparte algunos cuentos, tiene un precioso libro de evocaciones costumbristas: “Plaza Mayor”, primero publicado en la Revista CULTURA, del Ministerio de Educación, y luego editado en forma independiente por el mismo Ministerio.

RICARDO MARTELL CAMINOS
“EL 184”

Yo me llamaba Clemente Aldana cuando todavía era un hombre. Cuando levantaba de un solo envión los costales de café en oro para lanzarlos sobre las estibas. Me gustaba pasar por entre las limpiadoras luciendo mi tronco desnudo, liso y brillante de sudor. Tenía los bíceps duros y apelotonados, la espalda ancha y reducida la cintura. En el ingenio y en el beneficio, era mejor conocido por el Caballón. A mí me gustaba el apodo, porque en verdad me sabía fuerte y noble como un caballo; como un caballo grande y gordo que tuve cuando niño. Cuántas veces pude haber destripado de un solo puñetazo, las quijadas de más de algún tonto que trató de hacer un chiste de mal gusto, en presencia de las mujeres, a causa de mi negra corpulencia; pero me contentaba solamente con agarrarlos por la pretina y lanzarlos como un haz de bagazo sobre los montones de cañas. Viéndolos volar por los aires me reía a carcajadas, enseñando mis enormes dientes de caballo; dura, blanca, rechinadora, era mi dentadura. Me gustaba reventar a mordidas hasta los nudos de las cañas para no dejarles una sola gota de jugo. Los bagazos me salían amarillos, amarillos como yema de huevo. “Vos estás fregado del hígado”, me decían. Tal vez era cierto: aunque dicen

que los que padecen del hígado son los que beben demasiado licor, y yo era parco para las copas.

La finca San Nicolás quedaba en las Lomas de Candelaria, hacia el sur, sobre el camino que conduce a Huizúcar y a pocos kilómetros de la capital. La finca se componía de ingenio de azúcar y finca de café. Caña verde y rumorosa en las planicies y gargantas. Café en las colinas y en las pendientes. También habían dos grandes establos con más de ochenta vacas. Eran vacas extranjeras; negras negras unas, blancas blancas otras; otras parchadas de negro y blanco, sin cuernos, mansísimas. Un toro enorme, el Ceibo, de la misma raza, mugía a toda hora, el sexo desenvainado, rascando el brillante pavimento. A veces, lo sacaban a dar un corto paseo. Le amarraban un fuerte lazo a la argolla de bronce que tenía metida en la nariz, y entre el mudo Narciso el sacapín, y Pedro el corralero, lo llevaban por las calles de la finca. Atrás el sacapín, adelante el corralero. La salida del semental constituía un verdadero espectáculo. Las mujeres salían a verlo, los hombres se paraban para admirarlo y los niños le formaban una cola de gritos y de ruidos. Alguien fingía un mugido agudo, potente. Entonces el Ceibo erguía la gran testa y resoplado embestía al invisible enemigo; pero el lazo se tilinteaba y con la nariz adolorida quedaba quieto, mugiendo y echándose polvo con los cascos delanteros. Altivo, bravo, bello.

Eran alegres las tardes en San Nicolás. Sobre todo en la "temporada". A las cinco, yo tiraba del alambre del pito que atornillaba los oídos con su elevado silbido. Don Paco, el mayordomo, pasaba repartiéndonos las fichas para que fuéramos a recibir la comida. Regular comida nos daban: dos tortillas grandes, blancas, bien molidas; frijoles sancochados, queso y café. Los que tenían sus mujeres, se iban a comer a sus cuartos; los que no, íbamos al comedor de las niñas Borja, a comer alguna otra cosita: carne guisada, arroz, pan. Más noche regresábamos al ingenio a comer vicio y espuma. Alguien tocaba una guitarra, mientras otros enamorábamos a las cortadoras y limpiadoras de café.

Los días de pago eran una verdadera feria. De San Salvador y de Santa Tecla acudían vendedoras de dulces, minutas, sorbetes; y achines con ropa y otras baratijas. En uno de los patios

de café levantaba "Farolito" su carpa rota y sucia. En otro patio improvisábamos el baile amenizado por guitarras y mandolinas. Nos prorratabamos los tres colones que nos cobraba Pedrito Castillo, el tocador. Eran seis piezas por hora. En la salida para El Porvenir, oculto entre el cafetal, ponía don Julián su venta de aguardiente clandestino. Metidas en un costal de henequén y sobre un viejo mulo, traía hasta treinta botellas que se vendían como pan caliente. En dos ocasiones lo había sorprendido la policía de hacienda, pero como él llevaba siempre anudados en un pañuelo los veinticinco pesos de multa, no interrumpía por mucho tiempo su negocio; solamente trasladaba el expendio a otro tablón de cafetal.

Don Salvador Galicia, el patrón, jamás faltaba a las fiestas del día de pago. Llegaba en un enorme "Ford 33" que dejaba parado frente a la oficina, bajo los almendros. Acompañado de don Antonio, el administrador, recorría el beneficio y el ingenio bromeando con medio mundo. Más tarde llegaba al baile y bailaba con la primer muchacha que encontraba sentada. De lejos me gritaba:

—¿Cómo está el "whisky" hoy, Caballón?

—De calidad, como siempre, don Salvador.

—Ordena cuatro botánicas...

Y así todos los sábados de pago.

Nosotros queríamos mucho a don Salvador, porque a pesar de sus millones, nos trataba como a compañeros y era bueno y generoso.

Para fines de noviembre, llegaban a temporar las monjitas de La Asunción. Se alojaban en "la casona". A ésta se iba por una avenida de palmeras y mameyes, y quedaba como a cuatro cuadras arriba de las oficinas. Era una lujosa mansión de dos pisos metida entre arbustos y jardines. Cuatro inmensos árboles de mango daban sombra y frescura al patio de tennis y a las jaulas de los venados y de los conejos. Frente al pórtico de la casa y comunicada por una callecita arenosa, estaba la linda capilla estilo gótico de San Nicolás Obispo, patrono de la finca. Aún veo a la encantadora sor Brisila sonriendo y halando la cuerda de la escandalosa campanita que tarde a tarde congregaba a los niños para la doctrina.

Yo solía ir a la casona, pues las monjitas me querían

mucho desde que supieron que mis estudios de mecánica los había hecho en un taller de religiosos. Además, siempre me había sentido medio poeta y aquel ambiente conventual me inspiraba versos que luego sometía a la crítica de don Miguelito, el anciano capellán.

—Tienes madera, hijo —me decía entornando los ojitos verdes y redondos como de lora, y masticando el chicle de su dentadura postiza—. ¡Vaya que no! Solamente que el oído te falla un poquitín. A ver, a ver: quiero que hagas unas quintillas a la Virgen para que las canten los niños el ocho de diciembre. Y se las hice. Y sor Angélica les puso una música tan linda, que hacía suspirar al anciano capellán así, así, como con el corazón lleno de nostalgia y puro amor.

Las monjitas bajaban de vez en cuando a la finca. Visitaban las cuarterías y las galeras repartiendo ropa usada y estampitas. También solían vagar, felices y parleras, por entre cañas y cafetos, llegando a veces hasta la gran huerta que proveía de fruta a los colonos. En esta huerta, cualquier colono podía cortar su racimo de guineos, siempre que estuviera sazón, llevarlo a su cuarto y, colgado de una viga, verlo madurar lentamente hasta tomar un color de oro alegre.

Así pasaba la vida en San Nicolás.

Pero un día nos llegó la noticia:

—¿Sabes, Caballón —me dijo don Ismael—, que al patrón le están embargando la finca?

—¿Cómo?

—Así, como lo oyes. El lunes vendrán a recibirla.

—¡No es posible!

Pero era verdad. El lunes la entregaron. En una "cuca" despintada, vino un alemán alto, de botas, casco y revólver al cinto lleno de balas. Don Salvador no vino. Don Antonio, don Ismael y Eugenio, el tenedor de libros, hicieron la entrega.

Supimos que el alemán no era el dueño sino el nuevo administrador de la finca. Se llamaba Carlos Reiter. Unos días después llegó al ingenio. Yo estaba limpiando un tachó. Se me acercó. Se me quedó viendo con los ojos de frío acero, y me dijo:

- Vos ¿cómo te llamás?
- Clemente Aldana.
- ¿Sos el Jefe de los mecánicos?
- No.
- ¿Quién es el jefe?
- Don Pablo Matus.
- ¿Dónde está él?
- Arriba. Revisando unas pallas.
- Andá llámalo.

Empecé a subir las escaleras lentamente. Me sentía enfadado por el tuteo tan importuno y autoritario.

—¡Hey! —me gritó—, subí rápido que tengo prisa.

Yo sólo volví la cabeza y lo miré sobre el hombro. El alemán estaba rojo como un camarón y acariciaba la cachea del revólver.

Una mañana trajo a su mujer. Era una alemana mucho más vieja que él, de pelo colorado, anchas caderas y piernas delgadas y pecosas. Usaba zapatos bajos y calcetines, traía como diez perros "longaniza"; rojos, largos, orejones. Se instalaron en la casona y a los chuchos los acomodaron en la capilla, de donde ya el alemán había sacado a los santos para meterlos en la bodega, junto a la cocina.

Una de sus primeras innovaciones fue la de traer unos hombres desconocidos a quienes armó de winchesters y machetes. Dos de estos hombres acompañaban siempre al alemán. Los otros rondaban por los cafetales, la huerta y los cañales. En adelante, nadie podría chuparse un pedazo de caña ni cortar un solo guineo. Quedaba también terminantemente prohibido transitar por la finca después de las nueve de la noche. Se acabaron las fiestas del día de pago y don Julián, su mulo y su guaro, desaparecieron, como si la tierra se los hubiera tragado. Un domingo me lo encontré en San Salvador, tratando dulce de panela para su "fábrica".

- ¡Hola, don Julián! ¿Cómo va ese "whisky"?
- Siempre de calidá, don Clemen.
- ¿Por qué ya no ha llegado por la finca?
- Cáyese don Clemen, si me agarra ese chele maldito, me mata. Pero viera don Clemen, que mi producto es apetecido

en todas partes. Hoy he puesto el expendio allá por los tablones de Las Piletas.

El alemán adoraba a los perros y odiaba a los hombres. Nos quitó el queso y el café de las comidas, y nos aumentó hora y media de trabajo diario.

Una noche, reunidos los mecánicos y los carpinteros en el comedor de las niñas Borja, dispusimos protestar, pedir que se nos mejorara la comida y que se nos pusiera el antiguo horario de trabajo. "Que vaya el poeta", dijeron algunos. "Sí. Andá vos, Caballón". "Vos hablás bien y tal vez logramos que nos quiten esa hora y media que nos ha metido demás". Yo sentía miedo de que se me fueran los estribos ante la segura negativa de Reiter. "Yo creo, dije, que será mejor que don Pablo vaya y hable en nombre de todos nosotros". El viejo mecánico se puso lentamente de pie y dijo: "Iremos los dos, Aldana. Dos cosas quiero advertirles: Primero. Hablaremos no solamente en nombre de nosotros los carpinteros y los mecánicos, sino que en nombre también de todos los peones de la finca San Nicolás. Segundo. Ruego a todos ustedes, y especialmente a Clemente Aldana, no vayan a exaltarse ante la rotunda negativa de Reiter; porque de antemano les aseguro que no conseguiremos nada. ¡Vamos!"

Encontramos al alemán y a su mujer paseándose en el corredor de la oficina, cada uno con un chucho en los brazos. Don Pablo Matus habló con firmeza y serenidad. El administrador lo dejó hablar sin interrumpirlo y sin despegarle los ojos de la cara. Luego, volviéndose hacia mí, me dijo:

—¿Y vos que querés?

—Lo mismo.

—¿No saben ustedes que es prohibido y peligroso agitar a los trabajadores?

—¡Señor! —protestó don Pablo.

—Les aconsejo que no se metan en líos, dijo. ¡Ya! Si no les parece el trabajo, váyanse.

Don Pablo Matus, nuestro viejo jefe, se fue al siguiente día. Otros compañeros lo siguieron después. Sólo yo me iba

quedando, me iba quedando porque estaba enamorado de Lupita Borja.

—Vámonos, le dije una noche.

Tené paciencia, negro —me dijo—. Cuando vengan mis hermanas de San Miguel. Hoy no puedo dejar solas a mis tías.

Yo estaba desesperado. Reiter se me había hecho odioso. Lo vi pegándole en la cara a un pobre hombre amarrado, únicamente porque lo hallaron cortando una caña para su hijo. El niño se abrazaba gritando a las lodosas piernas de su padre. Yo me alejé casi corriendo, porque sentía que una bomba de fuego me iba a estallar en el pecho y en la cabeza. Y, lo confieso sin ninguna vergüenza: lloré, lloré y me mordí los puños hasta sangrar. Sí. ¡Por Dios que lloré!

Y, aquella tarde. . . ¡Yo lo vi! ¡Yo lo vi! ¡Ay, Señor! Yo vi cuando le quebraba los dientes a puñetazos a Narciso el sacapín; a Narciso el sordomudo; el manso, el bueno, el tonto Narciso. ¿Por qué? ¿Por qué estaba matando al tonto Narciso? ¡Ah maldición! Solamente porque el tonto Narciso le tiró una patada a uno de los chuchos alemanes que fue a morderle las patas a la vaca, que él, el inofensivo Narciso, estaba cepillando. ¡Por eso lo mataba! ¡Ah! Pero yo pasé por ahí. ¡Por Dios que no me arrepiento de haber pasado! Rugí, salté, me eché sobre Reiter. Le pegué en la cara con todo mi odio y con toda la fuerza de mis bíceps duros y apelonados. Sentía mis espaldas más anchas y mi cintura más reducida. ¡Qué fuerzas me daban el odio y la ira! La lucha fue breve. Nos abrazamos. Caímos. Nos levantamos. Me le topé al cuerpo. Le pegué en el estómago. Lo quebré hacia atrás por la columna. Lo levanté por sobre mi cabeza y lo lancé, con odio, con saña, sobre las gruesas trancas, hacia el redil del toro Ceibo. “¡Virgen santísima!”, gritaron unas mujeres, al ver cómo el corpulento animal se ensangrentaba las pezuñas, los cuernos, la frente, el sexo. . . Sonaron dos balazos. Me machetearon. Después. . . ¡La sombra!

De esto hace diez años. Cuando yo me llamaba Clemente Aldana y cuando todavía era un hombre.

Ahora, sólo arrastro el muñón de mi cuerpo contra las viejas piedras de esta cárcel podrida. Y en donde ya solamente soy: “El 184”.

Pero, ¡juro que no me arrepiento de haber pasado aquella tarde por los establos de la finca San Nicolás!

(De la Revista CULTURA, N° 13, San Salvador, abril-junio de 1958).

RICARDO MARTELL CAMINOS (1919-1988).

Originario de Verapaz, San Vicente, Maestro, poeta, cuentista. Su narrativa es de un vigoroso costumbrismo, en el que predomina el toque humano. Publicó en 1966 su libro de cuentos: "Un Número Cualquiera".

152

CRISTOBAL HUMBERTO IBARRA EL MILAGRERO

Con el correr de los días, las hazañas de Garth fueron como bocados favoritos entre el hacenderío. Se comentaban sus curados, se hablaba muy seguido de sus manos milagreras y la credulidad campera empezó a crecer junto a los fogones donde, entre oración y sorbo, hilo a hilò fueron juntándose las voces que laboriosamente concluyeron trabajando una leyenda. . .

Valentín Chanta era el más sufrido de los colonos y el de más alto valor en la escala afectiva del abuelo. Desde hacía muchísimos años venía padeciendo un asma crónica y ante su enfermedad nadie daba pie con bola. Se le había hecho ver por curanderos famosos —herbolarios y animalistas—, pero todos confesaban su fracaso, lo mismo que los sesudos médicos de la familia Rodríguez, incluyendo los de la Capital. Mi abuelo desesperaba y casi había renunciado a sanar a aquel pariente de querencia, cuyos desmayos eran cada vez más frecuentes, largos y abatidores. Parecía, que irremediablemente, Valentín Chanta se nos iba. . .

¡Pero en eso llegó el Míster!

Al anochecer de un sábado dicembrino, la peonada vio partir a Garth, apagándose en la sombra del camino que serpea

hacia la montaña de El Coyolar. Había despreciado la cena y no se observó que llevara nada para su después. Algulen le miró cargar su cebadera con un mohoso candil de gas, una caja de fósforos golondrinas, un cuchillo de monte envainado en papel de diario y una soguilla de pitas de henequén. Un varejón largo de carao, terminado en gancho de honda, le servía de cayado. Las gentes dijeron que "parecía haber comido cemento de nicho", porque no habló con nadie y así encerrado en su secreto, sin revelar su destino y su aventura —sin ese ¡ya vengo! que todos esperaban—, el colorado Míster se marchó a pescar fantasmas en la noche.

Recién salía el sol cuando volvió a la hacienda. Se le notaba cansado, se oía su fatiga a la distancia. De los mechones rojizos del cabello, le lloraban hacia la frente graves lamparones de sombra que se aquietaban de arruga en arruga, hasta quedarse dormidos como ojerás, señalando el gemir de los músculos tensos y el arder de dos ojos que se cerraban de sueño.

Así —ya sin el candil y el varejón en gancho y el cuchillo desnudo bajo el cincho—, avanzó por la tranquera sin hablar, llenando de respiros profundos el silencio que a su paso le abría la peonada. Nuevamente los hombres se intriguaron... ¿Qué se traería el Míster? Las miradas quisieron meterse hasta más adentro de la cebadera balanceante, donde se denunciaba un no sé qué de bulto, algo como un atado de platanillo o un simple envoltorio de hojas que sellaban su secreto y su confianza.

Y se contaba que a la noche siguiente —a la hora en que los perros desvelados buscan los límites del tiempo, cambiando signos bajo la propia comba del sereno—, Garth se llegó sigilosamente hasta el camastrón del Vale Chanta y lo agarró dormido. Y allí mismo le apretó en cruz el pecho con su envuelto de hojas, hasta hacer que el ahogo se le huyera del tórax y se fuera acobardado como un vuelo doliente, a mezclarse con los ruidos de la noche o a gemir con los palmares de la costa.

Eso ocurrió el domingo —aseguraban—. Durante tres días consecutivos, el enfermo se desató en una tos huracanada que le duró hasta el miércoles. Se llegó a creer que moriría, porque ese mismo mediodía los saucedanos vieron al viejo Chanta

tirarse de boca sobre el patio, desnudo casi, escupiendo sangre y quemándose los lomos bajo el sol. El jueves madrugó hacia la quebrada y muchos aseguraron haber escuchado su grito jubiloso y sus tonadas, zambulléndose en las aguas frías, sedientas de su cuerpo y su convalecencia. El viernes montó a caballo. El sábado, ante el asombro general, se despachó el primer trago... Y el domingo repasaba las cantinas de Zacatecoluca —guardaespaldeado por su tropa de hijos—, lustrando la cara gris del empedrado con el chisperío de su corvo alazán y el redoblar de su puntada bellicosa:

—¡Yo soy hombre, hijos de rota! ¡Y el que se pique que se rasqueee... y el que se sienta iguana que me traiga aquí a su nanaaa! ¡Ayayay ayaaaay, reñetos de la barzonaa!

—¡Milagrero el Míster, pue...!

—¡Puro embrujo se me afigura, chero!

—La cosa es que está sano el hombre...

—Y chupando tieso, como cualquier cristiano... ¿no lo mira?

—¿Y no le conté que hasta me envergueció anoche, pue?

—¡Si parece de fierro, el condenado!

—¡La mano del Señor lo guarde al Míster! El es el de todo... No hay vuelta de hoja!

Los saucedanos rodaban la bola del milagro. ¡Habían sanado al viejo Chanta! Antes, un ligero esfuerzo, un cambio colérico en la voz, cualquier nadería, en fin, lo llevaba por semanas y semanas a la cama. Ahora era todo lo contrario. Comía, chistaba, cantaba, dormía, madrugaba, trabajaba y bebía como el que más. ¿Y el secreto? ¡Ahí estaba el asunto! Se divulgó que aquella noche Garth salió a cazar culebras. Sus preparativos lo denunciaron. Y si no... ¿para qué llevó el candil y el varejón y los cordeles? Con el candil encendido y atado a alguna ramazón —sobre las propias playitas arenosas que prolongan las curvas del río—, el cazador habría esperado, embrocado sobre el pasto, hasta que las serpientes llegaran, atraídas por la luz, a trenzarse en la danza de su acoplamiento salvaje.

¡Hay que ser hombre de agallas para eso! Diez, quince, veinte y más serpientes se anudan en una pelota horrible —reluciente a veces y viscosa otras—, que silba rodando y rodando,

con un silbido chirriante que abrotona los poros de las ingles, hasta ir a deshacerse y luego volverse a conformar, sobre el frío de las márgenes fangosas.

¡Asqueroso momento de la naturaleza! El valor que aquí se necesita es de otra clase. El nidal de culebras glra y glra y un apretón de muerte penetra los aires. Todo huye y todo se desbanda en derredor, desde el conejo que puntea los potreros, hasta el torogoz suspirante de las peñas. . . Luego viene el Instante del espanto colectivo y el ambiente parece electrizado, deteniendo el ritmo del venado vadeante, del ternero que rumia en el establo o del crío que mama entre las sábanas. . .

¡Es éste el segundo tremendo de la decisión, de la serenidad, del pulso y las agallas! Una ligera falla en el intento, un falso movimiento del cuerpo que roce una hoja o haga crujir una rama, un terrón que resbale, cualquier levedad, en fin, significa la muerte más cruel e inmediata. . .

De pronto, una serpiente se desprende de la masa compacta, hasta quedar como dormida en los zarzales. . . Es acaso la hembra más exhausta o tal vez el macho más gastado. . . ¡Esto es lo que dicen! Pero la verdad es que sería entonces, cuando el brazo de Garth se alargaría por la vara de carao, hasta enlazar y estrangular calladamente —recogiendo después varejón, cordel y presa—, uno a uno aquellos bichos amantes, satisfechos y extenuados.

¡Eso era! Con manteca de masacuata fue como el Míster sanó a Valentín Chanta. ¡Guardadito se lo tuvo el muy ladino y por eso no dijo nada a nadie! Son veinticuatro horas de guardar silencio, de obligarse a callar totalmente para que el embrujo no se pierda. El secreto es bastante simple, pero a la vez complicado. Porque no es cosa de meter así no más la manteca por la boca. Primero había que rezar tres magníficas y acabarse fumando un puro cruzado con alfileres, hasta que los ojos del curandero centellearan como vidrios al sol y los dientes castañetearan mordiendo las propias raíces del ahogo. Después todo concurre solo y el curado viene de una vez, santificando también a médico y enfermo. Para eso se había pedido perdón con las magníficas, antes de llamar al diablo que no puede hacer

daño, cruzado como está con alfileres . . . Una vez dominados los jadeos, la grasa del reptil cubriría de punta a punta la piel cascarosa del quejoso, absorbiéndose más y más —por milagro de la prez y el sortilegio—, hasta vaciarse abundantemente en el huevo de las vísceras dañadas . . .

Esto y mucho más se refería sobre el caso. Cada quien afirmaba su creencia y remendaba con su nota fantástica el relato. Mas lo cierto es que el viejo Chanta vivía más cómodo que tacuacín en gallinero y no hubo hijo de buen vecino, que no fuera por aldeas y poblados llevando en su narrado lo positivo de aquella cura milagrosa.

(De "Breve Antología del Cuento Salvadoreño", Sección y Notas de José Enrique Silva, San Salvador, 1962).

CRISTOBAL HUMBERTO IBARRA (1920-1987).

Cuentista, ensayista, novelista. Cultiva el cuento de la tierra, y también la narración de pura imaginación, con tendencia a lo filosófico. Su prosa es fuerte y pulida. Entre sus libros destacan: "Cuentos de Sima y Cima", "Francisco Gavidia y Rubén Darío, Semilla y Floración del Modernismo", y la novela "Tembladerales", de espléndida factura, a la que pertenece el fragmento que aquí se incluye.

MANLIO ARGUETA
UN DIA EN LA VIDA

(Fragmento)

A mí me gusta recordar. Es la voz de la conciencia que les decía. "Es que vos venís abriendo la boca". Me decía mi mamá cuando venía con ella y me daba un tropezón. O cuando estaba repasando la lección y ella me la explicaba: "Mi papá me ama. Amo a mi papá. Pa-pe-pi-po-pu". La guayaba del Perú, cuántos años tienes tú. "Pepe ama a su mamá". "Pepe-pipe-papa-popapupa" Tin marindo dos pingüé cúcara mácara títere fue, ya mestoy poniendo chango y más chango me pondré.

Y me voy para la calle a cazar mariposas.

A mí no me gustaba ir a la escuela porque era muy lejos, más de una legua, prefería ayudarle a mi mamá a hacer tortillas. "Tiene que aprender a leer", me decía. O prefería acompañarla a cortar café, a una finca cercana de por aquí. Con unas grandes charras y la verdad que en la corta de café no se asolea uno.

Para mí, que sólo tenía siete años era bien pesado, pero lo prefería a estar repitiendo "mi perro se llama Fido" o "Fido trae la pelota a tu amo" o "Fido-tufo-faro-foca-fumo". Fo-fo-fo-fo quien se pedó, fofofofó quien se pedó, con sólo llenarse los dedos de saliva y poner el nombre de los posibles pedorros se

sabía quién había sido el culpable: el dedo que se secara primero.

Mañana más linda para ir al río. "Que si me da permiso para ir con unas amiguitas a bañarme al río". Cómo va a creer, muchachita puñetera, no ve que las hembritas no andan saliendo solas, riata le voy a dar por andar de abusiva. "Maruca tiene una muñeca". "Zape gato malo, vete a tu casa". Los libros siempre estaban escritos diferente a como uno habla.

Terminé por no ir a la escuela. Y mi mamá, que era malo vivir en la Ignorancia porque así lo engañaban más fácil a uno, era más víctima de los vivos. "Qués eso de andar tanto con el tata". Porque yo quería mucho a mi papá, era bien pegada a él. Porque la profesora era muy brava, que si llovía mucho me podía arrastrar la correntada y llevarme al mar. Y como eso era cierto. En tiempos de lluvia era peligroso, especialmente que se tenía que pasar por una quebrada, por donde son peligrosas las correntadas.

"Bueno, usted sabe lo que hace". Me decía mi mamá.

Y a buen seis de la mañana ya estaba con mi papá dándole vueltas al torno para enrollar las pitas. Pues de eso vivía mi papá: compraba el mezcal y hacía pitas que iba a vender al pueblo, a una cohetería, que le compraba a buen precio la pita. Mi papá se iba de reculada mientras yo le daba vuelta al torno y la pita se iba enrollando, se iba haciendo larga hasta que lo veía chiquito a él pues se alejaba más de dos cuadras haciendo la pita. Si hasta me había hecho bien musculosa de los brazos y tenía una gran fuerza para levantar los matates de maíz. Mi mamá se quedaba admirada de mi fuerza.

"A vos por andar con tu tata te toca hacer trabajo de burro, en vez de ayudarme a mí a desgranar maíz". O a palmear las tortillas o a lavar los trapitos o hacer los frijoles y el maíz.

Cómo me gustaba llegar, cansada, sudorosa, contenta de hacer lo que me gustaba. Mi papá con los bollos de pita en la espalda parecía un palo de cocos, con los cocos en el lomo. Y yo con la rueda del torno. "Espéreme, papá". Me ganaba el pan desde pequeña, pues. "Apúrese niña que ya van a ser las doce". Yo detrás de él, mirando que no había sombra, pues esa es la señal de las doce, cuando uno no puede verse la sombra

pues el sol está directamente encima de uno.

Más grandecita nos íbamos todos a la costa, a cortar algodón. Siempre me gustó abrir la boca ante las cosas. Por ejemplo frente al mar, verlo caer del cielo, ver venir los grandes toros blancos encima de uno, mirar el horizonte desde la playa, mirar el resplandor subiendo. Mi profesora decía que el agua del mar se va para arriba, en forma de fumarolas o vapor de agua. Y luego esa misma agua cae a través de la lluvia. Todas estas cosas pensaba mientras andaba cortando algodón, cubierta con mi charra y luego le decía a mi papá que bajáramos a la playa para buscar caracolitos. Y a él le gustaba para ir a sacar jaibas o cangrejos. Y otras veces íbamos a sacar curiles que los vendíamos a la gente que pasaba en carro a las playas.

O sea que el agua sube al cielo a través de ríos invisibles y por eso es que caen grandes cantaradas de lluvia en invierno. Hay tormentas fuertes que hasta traen sapos y culebras. Antes yo creía que eso no era posible pero si se toma en cuenta que el agua sube desde la tierra, sí podría ser posible. Pasábamos dos meses en la costa. Y a veces tres. Grandes fiestas cuando regresábamos, rezándole a la virgen del perpetuo socorro, por habernos protegido y dejarnos regresar sanos y tranquilos.

El mismo día de llegada nos íbamos a bañar al río. A estarse toda la mañana. Miraba los caballitos de mar pegándole pataditas al agua del río que casi se oye cuando le hace chucumbún, al sacar los gusanitos de zancudo que andan nadando por encima. Y nosotros con chilillos para matar los caballitos de mar. Y mi mamá diciendo "ques pecado". Que dejemos el chirrión. Y cuidadito se tocan los ojos después de tocar un caballito de mar porque amanecen con los ojos pegados, así nos gritaba mientras lavaba y nos vigilaba que no nos acercáramos a la poza pues había remolino que nos podía chupar para adentro.

Y hacía frío. Nos secábamos en el sol. Por esa fumarola que sube al cielo se van los niños cuando se mueren, no es que los ángeles puedan volar porque tengan alas, sino porque pueden flotar en la atmósfera que está llena de cosas sólidas, una de ellas son los ríos invisibles. Los angelitos no existen, son los cipotíos cuando se mueren y el espíritu busca su lugar. Sólo el cuerpo se engusana. Los niños no sufren cuando se mueren.

Cuando están agonizando sí. Y cuando dan el último suspiro, ahí no más se separa el cuerpo de la materia. Estas creencias quizás van a existir siempre, pues la esperanza queda viva, aunque se muera alguien que uno quiera mucho. Quizás el espíritu sea el recuerdo que se mete en la cabeza. Porque por más que pase el tiempo, uno no puede olvidar a sus seres queridos. El dicho que dice el muerto al hoyo y el vivo al bollo, no cuenta en la práctica. Todos sufrimos una eternidad cuando alguien desaparece. Y más si es el hijo de uno. La sangre de uno. Hay un desgarrar, tironazos que se sienten a partir del corazón.

Sólo uno de madre puede saber ese desgarrar. Nadie olvida su dolor, eso es mentira. Se entierra por ahí en el recuerdo y queda permanente en uno.

Yo soy una enamorada del vapor de agua, tomando en cuenta que es el río donde navegan los espíritus, por donde andan flotando los ángeles que fueron hijos. Mi papá me decía que se debe creer en estas cosas, pues sólo así tiene sentido la vida.

Y por andar pensando mucho era que mi mamá me decía boca abierta. Luego, José me abrió los ojos, que esas cosas no existían. Yo le creo a él todo, pues siempre tiene razón; sin embargo, hay una lucecita en uno que le dice ni creer, ni dejar de creer.

Hasta que alguien nos aclare bien estas cosas.

De mi papá no se diga: creía en el duende, el cipitío, la siguanaba, el cadejo. Y no era sólo por creer sino que le habían salido más de una vez. Como era un poco pícaro, le salían estas cosas a manera de castigo. El me contaba cuando íbamos a enrollar pita o cuando estábamos desgranando maíz. Quizás era por asustarnos. A veces ni podía dormir pensando en la siguanaba. Me la figuraba tal como mi papá la describía. O como me lo contó Chepe, no se imaginan lo chistoso.

No sé por qué nosotros tenemos que vivir de esos temores. La lucecita de esperanza que está encendida en uno, quizás.

Lo desconocido impulsa siempre a buscar la verdad.

Por ahí ha de andar.

Esas varias cosas lo hacen vivir: arroz, a veces, cuando hay. Maíz, para hacer tortillas. Sal para que la comida no quede

insípida, y para acompañar la tortilla en las horas de pobreza que no alcanza para el conqué. Y por último la esperanza. Los pobres no podemos vivir sin tomar en cuenta todas estas cosas por igual. Ni más ni menos. Pensamos más de la cuenta en la esperanza. Como la luz del candil, es. No podríamos ver en la oscuridad. Despuesito es que José comenzó a decirme: la esperanza mantiene al tonto. Yo nunca le he creído. Entiendo hacia dónde va, pero no le tomo al pie de la letra sus palabras. La esperanza también nos alimenta. No la esperanza del tonto. La otra esperanza de uno, cuando se está claro.

Recuerdo las idas al río. Recoger sapitos en las manos y matar caballitos de río para meterlos en un bote de vidrio transparente. Uno piensa más de la cuenta. Pensar es bonito. Como tenemos la mente limpia, el pensamiento se nos viene más claro, a grandes chorros. Especialmente si me quedo sola con los cipotes. Si Adolfina viene, pienso menos, quizás porque la miro más. En eso se me va el tiempo. En verla, en creer que es mi hija, María Pía. Se parece mucho a la mamá.

(De "Un Día en la Vida", San Salvador, 1ª edición, 1980).

MANLIO ARGUETA (1935).

Novelista de fama internacional. Escribe usando los recursos modernos de la novelística. En 1970 publica "El Valle de las Hamacas"; en 1977, "Caperucita en la Zona Roja"; y, en 1980, su mejor novela: "Un Día en la Vida". Vive desde 1972 en Costa Rica.

JORGE KATTAN ZABLAH

EL COMPADRE

I

“Ya no aguanto más este pueblo del carajo... Ahorita mismo me largo con viento fresco... Ese Compadre maldito sólo vino aquí para arruinarnos la vida... El acabó para siempre con los buenos tiempos... Terminó con lo típico nuestro... Antes de que el Compadre se metiera en política, era un placer pasearse por las calles de mi pueblo... No había día de Dios que no presenciáramos, con deleite, hercúleas peleas de puercos sueltos que, en valiente lid, se disputaban los tesoros encerrados en los basurales de las esquinas... Esta gloriosa tierra, que antes recibía la excelsa música ejecutada por armoniosos coros de mosquitos, es hoy un pueblo mudo y desabrido... En ese entonces, perennemente contemplábamos, con regocijo, las interminables reyertas de astutos zopilotes, cuyos vencedores, con acompasados graznidos, se proclamaban dueños y señores de las tripas de algún animal muerto... Pero lo que más revestía de colorido a mi terruño era la visión fantasmagórica de los audaces borrachines que, blandiendo sus afilados machetes, no sólo gritaban día y noche ingeniosísimos insultos, sino que hasta se atrevían a echarse su siesta en las aceras y aun a media calle... Hoy todas esas exquisiteces no son más

que un borroso recuerdo. . . Aquí uno ya no puede ni emborracharse a gusto. . .”.

El que así lamentaba, con auténticas lágrimas de dolor, era don Afrodiseo Guerrero, un anciano que se las daba de poeta y que creía ciegamente en aquello de que todo tiempo pasado fue mejor.

Pero los hechos hay que contarlos tal como ocurrieron. . .

II

—¡Qué barbaridad! ¡Esos gringos hijos de la guayaba le han vuelto a bajar el precio al café! —exclamó indignadísimo uno de los lugareños que se hallaba en rueda de amigos en “El Patriota”, la muy distinguida cantina de don Saturnino Aguado.

—¡Sí, hombre! salmodió otro—. Eso lo leí esta mañana en La Gaceta. ¡Es una desvergüenza!

Y todos los presentes empezaron de inmediato a agregarle emotivos condimentos a la sabrosa conversación que se acababa de iniciar, al grado de que era casi imposible distinguir quién era el que decía esto o aquéllo:

—Claro, ¿qué saben ellos del sudor que a los pobres nos cuesta producir el grano?

—¡Creerán que son frijoles que sólo se siembran y ya dan vainas!

—Sí, esos gringos son unas sanguijuelas. Vean ustedes. Se metieron en Panamá y ahora ya no los saca de allí ni Dios Padre.

—Con su dinero están corrompiendo al mundo entero.

—Aquí, quien de veritas manda, es la Yunaited.

—Eso ni para qué decirlo.

—Ya tienen más de veinte años de estarnos prometiendo la nueva carretera que nos va a unir con la capital.

—¡Uy! Eso vengo ovendo desde que era chiquito.

—Gringos malparidos. . .

Apasionadas discusiones como éstas eran el pan de cada día en la cantina del pueblo. Eso sí, tan pronto aparecía en el umbral de la única puerta de aquel centro social la imponente figura del Compadre, se cortaban las palabras de sopetón y se congelaban temporalmente los rostros de los parroquianos. En

seguida, se cambiaba de tema y se hacía del recién llegado centro de una nueva tertulia.

—¡Adelante! ¡Pase usted, Compadre! —exclamaban a una voz los circunstantes.

—Grashias. Muchos grashias —era la invariable respuesta a aquellas efusivas demostraciones de cariño.

III

John Mason medía más de dos metros de alto, era fuerte como un toro y tenía el pelo tan rubio que parecía que le habían restregado cincuenta yemas de huevo en la cabeza. Era originario de Watsonville, una pequeña ciudad del estado de California. Cuando terminó sus estudios de High School, en vez de irse a una universidad cercana, prefirió nacerse constructor de casas, como su padre. Al principio su negocio marchó viento en popa, pero al cabo de siete años la industria de su país, en general, sufrió una inesperada crisis y Mason resultó tan afectado que no le quedó más remedio que declararse en bancarrota. Pero él no era de los que se cruzaban de brazos así no más. No. El no se daba por derrotado fácilmente. A los pocos días de aquella catástrofe, ya se había agenciado el puesto municipal de inspector de nuevas construcciones, cargo que ocupó hasta el momento en que decidió abandonar su patria. Mas, a pesar de que aquel trabajo le otorgaba una seguridad económica envidiable, quién sabe por qué razones, jamás quiso casarse.

Cierto día, mientras viajaba por Centroamérica en un avión LACSA, para disipar el aburrimiento aéreo, se puso a hojear uno de los folletos turísticos que suele haber en el respaldo de cada asiento. Maravilladísimo quedó Mason al ver una fotografía a colores que mostraba un risueño caserío tropical silueteado por paisajes de bucólica belleza. Y a partir de ese entonces se le metió entre ceja y ceja la peregrina idea de irse a vivir a Cojontepeque, pues tal era el nombre del atractivo pueblecito. Claro había que salvar un gran obstáculo: la lengua. Pero una vez más, Mason no se amilanó. Tan pronto como regresó a su país se fue a un supermercado y allí se compró un cursillo titulado "Instant Spanish", de ésos que vienen con discos. A las pocas horas ya había aprendido a decir unos cuantos disparates en español. De modo que cuando llegó el día que Mason había señalado para la partida, sólo fue cosa de hacer las maletas y salir disparado

hacia el lugar de sus sueños.

Cuando llegó a Cojontepeque, paraíso en la tierra, según lo que había leído en el folleto del avión, casi le da un ataque al corazón al toparse en las calles con tantos zopilotes, cerdos y borrachos, amén de las nubes de perniciosos mosquitos. Se sintió terriblemente defraudado; pero como John Mason no se arredraaba ante nada, sobrepasado el susto, alquiló una casita en las orillas de la población y se quedó a vivir allí. Digna de registrarse aquí es la gran sorpresa que se llevaron los parroquianos al ver, por primera vez en la vida, a un hombre de colosal estatura, rubio, de ojos azules y limpio, que correspondía milimétricamente a la descripción de los gringos que con frecuencia aparecía en La Gaceta. No había duda. Aquel hombronazo no podía ser otro que un **míster**, por dondequiera que se le mirara.

A John Mason le gustaba levantarse tempranito para ir al mercado. Allí se aperaba de guayabas, mangos, marañones, plñas y aguacates. Carne jamás compraba; era vegetariano. Una vez que terminaba de aprovisionarse, volvía a su casa, donde se quedaba la mayor parte del día, seguramente estudiando su "Instant Spanish" o leyendo alguno de los libros que había traído consigo.

Al mes de haber llegado, la alegría tan característica del pueblo, se apagó de repente. La fiebre tifoldea, que con regularidad asolaba la región, se había propagado de nuevo. Pero he ahí que el único sano en el lugar era Míster Mason; y era lógico, pues él, precavido por naturaleza, jamás se tomaba una gota de agua sin echarle cloro para desinfectarla. Y los lugareños, atónitos, al ver a aquel hombre que era inmune a la implacable plaga, acudieron a él para que les explicara el milagro. Y Mason les dijo la verdad.

A partir de entonces no sólo se le empezó a poner cloro a toda el agua del pueblo, con lo cual se logró mantener a la peste alejada del lugar, sino que, además, los parroquianos empezaron a atribuirle al visitante poderes sobrenaturales, muy superiores; por cierto, a los del mismo brujo, don Indalecio Barrientos.

El prudentísimo alcalde municipal, don Everardo Salazar, tan pronto oyó hablar de todos los sortilegios y maravillas que la gente le achacaba al gringo, convocó con urgencia al cabildo pleno, donde se llegó al siguiente acuerdo: Había que invitar,

sin pérdida de tiempo, a Míster Mason para que sirviera de consejero en los asuntos municipales. Y se determinó que se reunirían con él esa misma tarde en la cantina de don Saturnino.

IV

A la hora convenida se presentó Mason en la taberna. Al entrar tuvo que agachar la cabeza para no descalabrarse de un topetazo contra el dintel.

—¡Adelante! ¡Pase usted, Míster Mason! —exclamaron al unísono todas las autoridades edilicias allí congregadas.

—Grashias. Muchos grashias —respondió alegremente.

—¡Siéntese, Míster Mason! —dijo el alcalde.

—¡Uno momento! Yo hablar la verdad. Yo no gusta ustedes llamar mí "Míster". Yo gustar "Compadre".

Y desde ese momento John Mason quedó bautizado para siempre con el cariñoso nombre de "Compadre".

Cuando las autoridades le comunicaron el motivo de aquella junta, el Compadre aceptó con agrado el cargo de consejero municipal que le ofrecían, aunque por dicho puesto no iba a percibir remuneración alguna. Después de tomarse unas copas de aguardiente —Mason se echó dos; ése era su límite—, quedaron en reunirse religiosamente en la cantina todos los miércoles a las cinco de la tarde.

Un miércoles, durante una de las asambleas cantinescas, el nuevo consejero tuvo su primera intervención de peso:

—¿Por qué haber aquí tanto grande negro pajarito?

—No son pajaritos, Compadre —replicó el tesorero—. Son pajarracos. Se llaman zopilotes —agregó.

—Yo ver pajarracos comer caca. No ser bueno para salud de ustedes. Turistas no visitar si haber pajarracos comeacas.

—¿Y qué sugiere usted, Compadre, que hagamos? —preguntó uno de los regidores.

Mason se rascó la cabeza y frunció el ceño tratando de encontrar una solución. Al poco rato, dijo:

—Por el momento, cada uno enterrar propia caca. Después yo enseñar ustedes construir sépticos pozos. Si pajarraco comeacas no ver caca, no visitar ciudad. Animal muerta y basura también enterrar. Ser bueno para plantas. Si no haber caca, animal muerta y basura, mosquito ir otra parte. Cerdo no bueno libre. Cerdo vivir en corral.

En otra de las singulares asambleas, el Compadre se pronunció sobre el problema de los borrachos, el cual tocaba muy de cerca a casi la totalidad de los habitantes:

—Todo persona tener derecho emborrachar, pero en propia casa. Si salir calle y molestar vecinos, ir a cárcel. Cuando borracho estar bien, barrer calles por una mes. Cabildo prohibir Saturnino Aguado vender cada hombre más de dos tragos si querer tomar en cantina...

Y con éstos y otros sabios consejos, el Compadre llegó a ser una pieza imprescindible del engranaje municipal. La tifoidea nunca más se atrevió a meter las narices en aquel pueblo desinfectado. A los cerdos no sólo se les encerró en chiqueros, sino que el mismo Mason, asociado con el alcalde y el cura párroco, estableció un enorme criadero de ganado porcino que satisfacía plenamente las necesidades del lugar, y hasta alcanzaba para venderles a otras localidades. Además, el Compadre diseñó y construyó todo un sistema moderno de alcantarillado que hizo desaparecer, como por encantamiento, las manchas de zopilotes y los nubarrones de mosquitos. La municipalidad, bajo el inteligente asesoramiento de Mason, mandó edificar el primer hotel del pueblo, que a los pocos días ya estaba atestado de turistas. Don Saturnino, que podría haber resultado exageradamente perjudicado por la limitación en el expendio de aguardiente que se le impuso, se encuentra hoy muy contento porque, aunque al principio sus ingresos mermaron un tanto, ya no se arman dentro de su cantina las samotanas y trifulcas de antaño, con los consiguientes destrozos que causaban. El orden que ahora reina en la taberna le recompensa con creces la disminución de sus ingresos, que por lo demás no fue excesiva, y ha permitido agregarle al negocio el servicio de restaurante, frecuentado por innumerables turistas y familias pueblerinas.

VII

Los lugareños, agradecidos en grado sumo por los beneficiosos consejos y las progresistas obras de su ángel rubio, caído del cielo, le han erigido una estatua enfrente de la parroquia. Sí, todos idolatran al Compadre. Todos, excepto don Afrodisio Guerrero, aquel anciano que se las daba de poeta y que tuvimos el disgusto de conocer al principio de este relato. El, a horcajadas sobre su pollino, seguía con sus amargos lamentos,

mientras se alejaba del lugar:

“Ya no aguanto más este pueblo del carajo... Ahorita mismo me largo con viento fresco... Ese Compadre del diablo sólo vino aquí para arruinarnos la vida... El acabó con los buenos tiempos...”

Entre tanto amor que se le profesaba al Compadre, don Afrodísio era el único que desentonaba. Sentía un odio profundo hacia él porque al haber eliminado el espectáculo que cotidianamente representaban los cerdos, los zopilotes y los mosquitos, se habían ahuyentado las musas que le inspiraban el lirismo de sus nauseabundos poemas y porque, don Afrodísio, borracho incontinente, jamás iba a permitir que su vicio se lo sujetaran a ridículos reglamentos. Tampoco iba a dejar que lo metieran al bote y lo pusieran a barrer las calles por *sécula seculorum*.

Desde que el Compadre se metió en la política local todo cambio. El pueblo está irreconocible. Sin embargo, en los corrillos que se forman en la cantina-restaurant de don Saturnino Aguado se continúa discutiendo acaloradamente el eterno tema de los lugareños, siempre y cuando el Compadre no esté presente:

—¡Qué barbaridad! ¡Esos gringos hijos de la guayaba le han vuelto a bajar el precio al café!

—¡Sí, hombre! Eso lo leí esta mañana en La Gaceta. ¡Es una desvergüenza!

—Claro, ¿qué saben ellos del sudor que a los pobres nos cuesta producir el grano?

—¡Creerán que son frijoles que sólo se siembran y ya dan vainas!

—Esos gringos son unas sanguijuelas.

—Sí, son unos malparidos.

(De la Revista CULTURA, N° 70, San Salvador, julio-diciembre de 1980).

JORGE KATTAN ZABLAH (1939).

Narrador salvadoreño, que vive desde hace años en California, Estados Unidos, donde ha obtenido su doctorado en literatura. Su tesis fue un importante estudio sobre Don Juan. Su narrativa es eminentemente costumbrista, llena de ingenio y de color local salvadoreño. Ha publicado, en Costa Rica, un libro de cuentos: “Estampas Pueblerinas” (1981).

DAVID ESCOBAR GALINDO
LOS SOBREVIVIENTES

A la tía Meches,
que me contaba extrañas
historias.

Creedme, la palabra casualidad es una
blasfemia: nada bajo el sol sucede por
casualidad.

LESSING ·

—¿Cómo te llamás? —le preguntó, con expresión dis-
traída.

—Antonio —respondió el muchacho.

—Antonio... ¿qué? —siguió preguntando, mientras re-
volvía papeles.

—Antonio Luna.

Levantó la mirada, y lo escrutó.

¿Antonio Luna?

—Sí, señor.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—¿Y cómo se llamaba tu tata?

—Antonio Luna, señor.

—Ah. Antonio Luna. ¿Era al que le decían "Macho
Tuerto"?

—No... —tuvo un tic en el ojo derecho, como si le
hubiera entrado una brizna.

—Bueno, pues quedáte. Decíle a Nicolás que te dé traba-
jo en el campo o en el corral.

—Dios se lo pague.

Y se alejó, con su andar taciturno. Por detrás parecía un “pobre diablo imbécil”, como don Julio pensaba de casi toda la gente. Pero es que en este caso no se había fijado, a pesar de lo lince que era, en un detalle: los ojos del muchacho despedían, de pronto, una luz fosfórica, un rayo de inteligencia inaprehensible, quemadora, que de ya se perdía en las vaguedades de la tremenda rutina de su condición. Más bien alto, las espaldas estrechas, el color casi palúdico y los ademanes como cansados; sólo aquel rayo lo distinguía profundamente, ¿pero cuántos se percataban de él? Alguien podía pensar que era un simple reflejo del sol. Y alguno, riéndose, le dijo: “Tenés ojos de vidrio de botella”. Por lo demás, demostraba una perfecta sumisión, deshecha allá a las mil en un amago de sonrisa, que le nacía quién sabe de dónde. A lo mejor de la conciencia.

Lo colocó Nicolás en el corral, encargado de ir a cortar a diario una carretada de zacate para las pocas vacas que aún quedaban en el inmenso establo. Aceptó sin decir palabra lo que le mandaban, y se fue a recoger su ración del almuerzo, la que devoró bajo el tigüilote, en uno de los extremos del patio. Enfrente, al otro lado del espacio vacío, pedregoso, la fachada de la casa principal abría su corredor con arcadas y sus canastas colgantes cuyo verdor llegaba casi al suelo. Se vislumbraba una suave y adormecida penumbra, contraste nítido, aun en la hora del sol canicular. El cielo estaba como humoso, olía a frutas que entregaban la miel con angustia crujiente, y la vegetación por casi todos los rumbos aparecía mustia y desolada. Una figura adolescente, rayo de delgadez extraña, surgió de la penumbra:

—¡Nicolás! ¡Nicolás!

Se acercó el así llamado, con el sombrero entre las manos. Era un hombre viejo, enjuto y morenísimo, que fue primero caporal y llegó a mandador cuando el que estaba se fue un día de tantos para Honduras, huyendo según se decía. Algo le habló ella, y el hombre asintió con respeto. Luego entró de nuevo en la casa, y el mandador caminó hacia Antonio. A unos pasos, le ordenó:

—Como a las tres ensillás el caballo retinto que está en el corral, y lo apersogás en esa tranquera —dijo, señalando la pequeña empalizada que estaba en uno de los costados de la casa, junto a un arbolito de mirto.

—Bueno —respondió simplemente.

* * *

Don Julio Larrazábal y su hija Judit pasaban unas semanas en el monte, y era la primera vez que él volvía por un tiempo relativamente largo, después de que empezaron a llegarle anónimos extraños, que le hablaban de muerte en términos confusos, retorcidos y casi barrocos, y que desde luego no eran escritos por personas de los alrededores, a las que conocía perfectamente, pues vivió largos años en aquel lugar. Hombre colérico, desahogaba su ira sin el menor miramiento, pero también tenía algunos detalles humanitarios, con los que se ganaba voluntades. Además, creía que todo el mundo le debía agradecimiento, más que por hechos concretos, por la sola razón de ser él quien era. Y la verdad es que todos lo respetaban, pues imponía su poder con espontaneidad tan grande que era como si ejercitara una segunda naturaleza, quizás la primera. Judit no tenía madre desde unas lejanas fiebres perniciosas, incontrollables y casi secretas, y en ella el hombre había depositado toda su escasa provisión de afectividad. Parecía enfermiza, aferrada a huesos porosos y transparentes, y él la rodeaba de cuanto podía interesarla, aunque fuera en ese impulso fugaz de aleteo de pájaro alucinado: de ahí a la sombra de la depresión no había más que un gesto. Se concentraba en Judit —detrás de la quebradiza estructura corporal y anímica— una capacidad perceptiva excepcional, que las monjas del colegio juzgaban vehemente inclinación mística, aunque por momentos traspasaba los límites normales y la llevaba a dolorosas experiencias premonitorias. El padre quedaba afuera de ese círculo, y su expectativa impotente se le manifestaba en cólera contra cualquiera.

Esa tarde, a la vuelta del paseo con Nicolás, se topó con Antonio en la tranquera. El no la miró a los ojos, pero en ella se produjo una ráfaga, que no era atracción física, sino el imán desconocido de los espíritus abismales. Judit le habló, para que él levantara la vista, y tuvo que hacerlo. Le daba en el rostro la claridad del poniente, vidrio sangrante, y el rayo que despidieron los ojos casi la cegó. Entró corriendo en la casa. No cenó esa noche, y tuvo un poco de fiebre, que le corría por el cuerpo en lentos hilos. Sentía que los murciélagos golpeaban contra el acapetate.

—¿Qué te pasa, Judit? —le preguntó el padre. —¿Te has resfriado?

—No —respondió en la oscuridad, con la cara vuelta hacia la pared.

—Si quieres, regresamos. . .

—¡No! —suplicó ella, como si estuviera a punto de perder una oportunidad irrepetible—. Mañana amaneceré bien.

El padre se acercó.

—Mírame.

Ella tornó la cara.

Tenía las pupilas dilatadas. Alrededor de los ojos flotaba una especie de bruma.

El, simplemente le recomendó:

—Duérmete. Voy a cerrar la ventana.

Al asomarse, vio el patio enorme bañado por la luna. Y allá por el tigüilote, el principio de la profunda oscuridad.

* * *

Y allí estaba Antonio, sentado, inmóvil, con los ojos entreabiertos. Vio asomar una sombra por la ventana, y ni siquiera se movió. Luego, todo seguía ciego, hasta que salió la luna detrás de un ancho cancel de nubes plumizas. Una nube roja, enorme, que acrecentaba la solitaria irrealidad. Pasaron las horas, y el hombre permanecía allí, sin moverse, respirando profundamente, como si estuviera dormido, aunque se hallaba bien despierto y en su mente bullían las imágenes en desorden multicolor. Miraba hacia la ventana, y de pronto percibió que alguien la abría. Era más bien una intuición, porque la oscuridad seguía igual. Una forma leve, blanquecina, pasó un instante tras el hueco de la ventana, y Antonio abrió enteramente los ojos. Eso fue todo. El cielo empezó a clarear, y él se levantó y se fue al campo, a caminar sin rumbo. Se producía el relevo de los apagados ruidos nocturnos por las claras voces del día. La frescura rezagada se evaporaba como por encanto. Volvió cuando el ordeño ya había concluido, y Nicolás lo encaró: —¿Qué te hiciste, vos? ¿Tenés alguna mujer por ahí, donde vas a dormir? Antonio negó con la cabeza, y se dirigió a la cocina a recoger su desayuno.

Judit amaneció fatigada, pero se sobrepuso. Su padre llegó a verla a la cama:

—¿Qué tal amaneciste, hijlta?

—Blen, papá. Ya me slento blen. Voy a vestírme. Y tú, ¿vas a ir al campo?

—Sí. ¿Quleres venir?

—Pues... quizás me animo.

Estiró los brazos hasta tocar el espaldar de la vieja cama. Por la ventana entraba un sol lleno de briznas. Allí, en la mesa de noche, estaba un capulín mordido, que dejara caer algún murciélagó. ¿Qué se harían los murciélagos? A pesar de la ropa limpia, el cuarto, la casa, todo estaba lleno de abandono.

Entonces, que te preparen el baño y el desayuno. Hay una cuajada bien tiernita. Vamos a salir a las nueve: no qulero que nos coja el sol fuerte. Además, tenemos que estar de vuelta temprano. Es posible que hoy pasen por aquí los Escalante, y hay que ofrecerles aunque sea pan con café...

—Es cierto.

A las nueve, Judit estaba en el corredor de piedra, con sus ropas de campo y una charra con flores bordadas. Las manos le temblaban por momentos, y a pesar del baño y el sustancioso desayuno, seguía profundamente pálida.

Por aquellos rumbos la naturaleza era quebrada. Entre cerros de laja y montículos áridos había pequeñas hondonadas donde acechaba la pugna del verde, y sólo después de caminar unas tres leguas se abría una llanura de bastante extensión.

—Ese es el llano de que te hablé el otro día, ¿recuerdas? —le dijo don Julio.

—Sí —contestó Judit, distraídamente.

Allá al fondo se amontonaban las nubes. La tierra estaba seca y acababan de pasarle el primer rastrillo, para la siembra del maíz; y como había sido el último corte del cañal, estaban quemando los pequeños montones de cabezas de caña, con lo que el aire se volvía más humoso y azul. Hacia el norte apretábase una especie de bosque, que era desde allí una sola mancha de marrones y amarillos.

Se detuvieron junto a un conacaste blanco, y los dos hombres —don Julio y Nicolás— se enfrascaron en comentarios sobre los trabajos en marcha. Don Julio se volvió a Judit:

—Aquella palazón, a la que no se puede entrar por la breña de espino, es lo que llaman el Escondite.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Contále, Nicolás —ordenó don Julio.

* * *

La tierra quieta se levanta de pronto en furiosa tolvanera. El remolino de polvo sacude los árboles, hace temblar los techos pajzcos de las viviendas. En uno de los extremos del llano, junto a los matorrales intrincados, se está levantando un rancho nuevo. Los vecinos —colonos de mucho tiempo— han visto que lo levantaban, y las mujeres con los cabellos desordenadamente sostenidos por un peine y sus hijos tiernos en brazos se han quedado contemplando desde sus puertas el apareamiento de los nuevos pobladores. Es un hombre con su mujer, que está embarazada, y un niño como de tres años. Desde lejos, los mayores parecen gentes extrañas: altos y bastante blancos. Alguien ha murmurado ya, entre humo de candiles y tortillas de maíz nuevo:

—Dicen que son chalatecos... de allá arriba...

—Umm... —gruñe dubitativamente otro—. Yo digo que vienen de más lejos.

Cuando los recién llegados tienen adelantada la vivienda, se van acercando a las otras casas de los alrededores, con parsimonia muy campestre, y saludan sonriendo, quitándose él su sombrero. Ya de cerca no parecen tan extraños. No son ni muy altos ni muy blancos. Están curtidos por el sol, y las arrugas de las pieles claras y reseccas expuestas a la intemperie les marchitan los rostros, les han partido los cuellos. Ella es callada, casi arisca. El habla lo necesario, pero, dentro de su rusticidad, las palabras tienen un timbre seguro que las hace parecer ya escuchadas, como en los sermones radiales de "los hermanos". Cuando el hombre mira de frente, se le descubre un defecto en el ojo derecho, que le hace opaca la expresión.

—Yo me llamo Antonio Luna, y esta es mi mujer.

—Leticia Fuentes, para servir a Dios y a usted.

Así van por todas las casas. Les ofrecen silla, y hasta un huacal con horchata de morro.

Luego regresan a la propia, y se dedican a trabajar. Cercan el pedazo de tierra que se les ha asignado, y comienzan a limpiar para la siembra.

Con los días, los Luna se incorporan a la vida de los alre-

dedores; y rápidamente —porque atendió a un recién nacido deshidratado—, se riega la noticia de que el hombre tiene facultades para curar.

—En vez d'ir onde la niña Cande, vos...

—Plor hoy en el invierno...

—Y el hombre tiene talle... Convence con sólo verlo, pues...

El se niega al principio, diciendo que sólo ha trabajado "unos diyitas" en una farmacia de Agullares, como mandadero del dueño; pero las insistencias de los vecinos se vuelven apremiantes, con un apremio triste y casi secreto, y acaba aceptando. Por las noches visita enfermos graves con "aires" y "dolores", mujeres parturientas, niños hinchados, y la fama corre en murmullo, como el aire bajo los árboles frondosos.

Una mañana, ya al fin de lluvias, llega hasta el falso de su parcela un niño jadeante, y le grita:

—¡Don Toño! ¡Don Toño!

Sale el hombre con el torso desnudo, porque se está lavando antes de que claree del todo.

—¿Qué querés?

—De las casas... que vaya... dice el mandador...

Ha llovido en la noche, y el camino es un barrial intransitable. Sopla una brisa rara, mitad de invierno, mitad de verano. Llega Antonio con la ropa salpicada de lodo.

—Aquí estoy, don Nico, para lo que mande.

—Mirá, Toño, desde hace días quiero hablar con vos. El patrón está a disgusto con eso de las brujerías que andás haciendo. Me ha ordenado que te diga que dejés esas babosadas; si no, que mejor te vayás...

Piensa Antonio unos momentos.

—Yo no hago brujerías...

—Curaciones, pues. ¿Qué no es lo mismo?

—No.

—Bueno, pues lo que seya. Lo que sí es que ya no sigás en eso, o ya sabés...

—Está bien.

Saluda, y se aleja.

Esa tarde, don Julio le pregunta al mandador:

—¿Llamaste a ese que le dicen "Macho Tuerto"?

—Sí, patrón.

- ¿Le dijiste que no quiero marranadas en mi propiedad?
El dice que no son cosas malas. Dice...
- ¿Pero le advertiste?
- Sí.
- Ah, pues ya sabe. Aquí por lo menos se va a respetar.
No quiero que esas gentes se salen, y yo sin hacer nada. Hay que tener un poco de temor a Dios, por si acaso...
- Así es, patrón.
- Antonio, sin embargo, sigue como si nada. Espera que suba un poco el verano, y quizás entonces buscar por otros rumbos. Ya no se siente a gusto en aquel sitio. Algo de eso deja entrever a algunas gentes a las que visita, y la noticia cunde. Es al principio un rumor, y luego un delta de subterránea pólvora.
- Se va don Toño...
- Lu echan, dicen...
- Me contaron que el mandador le sacó revólver...
- Por orden de don Julio... veyá...
- Así, pues...
- Dicen que's porque cura...
- Como que lo acusan de tener pactos...
- Lo amenazan con la patrulla...
- Hasta dicen que es el mismo Enemigo...
- Dios nos libre y nos favorezca...
- ¡Alabá!
- Dicen...
- Y todos son puros falsos...
- Cura, no más...
- A la niña Tila le sacó el calenturón...
- Y al cipote de la Catocha, que ya'staba boquiando, le dio una toma que lo volvió...
- Y a mi tata le quitó un su gran dolor que teniya en la rabadiya...
- Umm... Y si se va...
- Eso como que ya'stuvo...
- Quizás hablando...
- ¿Con quién, vos?
- Con don Julio, pues...
- Dicen que hoy no'stá, qui'anda por el pueblón...
- Ah, pues aunque seya con el segundo...
- Si quieren vamos mañana, tempranito...
- Mejor hoy, que no'stá lloviendo...

—Avisen, pues...

—Avisen...

—¡Braulioooo!

—¡Remigioooo!

Los ecos se trenzan en una red ondulante. Y un rato más tarde van todos a las casas, con expresiones serias y expectantes, que envuelven la enorme ansiedad. Bajo el cielo encapotado, de inminencias oscuras y aleatorias, aquella reunión es aún más triste. Los niños se prenden a las faldas de sus madres, y éstas en gran mayoría llevan otras criaturas en brazos o están esperando la nueva cosecha de llantos hambrientos: nítidamente se dibujan las barrigas tras los vestidos, que casi estallan con la creciente presión. Félix Umaña, uno de los más viejos, es el que habla:

—¿"Macho Tuerto"? —le pregunta el mandador, maliciosamente.

—Así le dicen por mal nombre —explica innecesariamente el viejo Félix.

—¿Y qué quieren decir?

—Pues que hablan por ahí que lo van a sacar de aquí.

—¿Y quién es el hablador?

—Díceres, no más...

—¿Y por eso han venido?

Pues es que nosotros... queremos hablar por él. Don Toño es un buen amigo de todos, y no incumple ninguna ley.

—¿Y vos qué sabés de leyes?

—Nada, pero...

—¿Y qué más?

—Pues que pedimos que lo dejen donde está..., que no lo hostiguen...

El mandador se pasa mecánicamente la mano por la repleta cartuchera; luego se ladea el sombrero.

—Ve, Félix, vos sos viejo, y has vivido más años que todos los presentes y por eso me extraña que andés hablando como lo estás haciendo. ¿Qué no te acordás de que tu mujer se murió de un daño que le hizo aquella babosa con la que te metiste allá en Los Chilamates?

El viejo mira al suelo.

—Yo sólo digo que don Toño a veces cura, pero con buenas artes...

—¿Qué's doctor, acaso?
—Pues veyá, yo no le he visto título, pero lu'he observado cuando trabaja, y sé que sólo practica buenas artes... Nada de babosadas con espíritus malignos... Nada de invocar al ángel negro...

—Umm. ¿Vos cres?
Sí, señor. Estoy segurito. Y si no, que lo digan todos éstos.
Un murmullo afirmativo se levanta del grupo y va a posarse en las ramas húmedas de los árboles que circundan el patio.

—Pues yo sé lo contrario... Si hasta dicen que hace males... Que tiene sus oraciones y enseres guardados en un cofre... No me vengan con que ustedes no han oído que haga sus volados...

—Contras, tal vez... —susurra alguien entre la gente.
—El que hace contras, hace daños —argumenta triunfante el mandador—. Y a lo mejor un día de éstos hasta le pone un sapo en el estómago al mismo patrón, o cualquier cosa de esas...

Muchas cabezas niegan, y Félix impreca:
—¡Dios nos ampare de esa maldá!
De pronto llega corriendo un mozo, despavorido y baibuceante. Se para ante el mandador, sin poder articular palabra. Y todos lo contemplan, embobados.

—Don... don... don... Julio...
—¿Qué tiene el patrón? —Y el mandador lo sacude. Jadea todavía unos instantes. Está cubierto de sudor.
—¡A él, nada! ¡A él, nada grave!
—¿Y entonces, pues? ¡Hablá, pendejo!
—Nos juimos en un barranco... eee... que ni se miraba... la tierra estaba parejita... eee... cuando un juraco de este tamaño... abierto... eee... y el picat se fue a pique... casi enterito... no se miraba nadita, nadita... eee... fue como por encanto que la tierra se aguadió... y nos juimos p'dentro...
—¿Y qué más pasó, pues? —grita el mandador.

Todos los otros presentes están mudos, como presintiendo una gran desgracia, que ya se les pinta en las caras borrosas y oscuras.

—Augrelío se desnucó... y el patrón sólo se fregó un pie... por eso lo saqué del hoyo y me vine disparado, a que juéramos a trerlo en una pihuela...

—¡Pues vámoslos ya!

Todos se quedan inmóviles, no porque se nieguen a servir, sino porque sienten el peso interior indefinible de lo que está más allá de las cosas naturales. El mandador, colérico, tiene que ordenar:

—¡Vos, Ugenio, y vos, Marcos, vénganse, que vamos 'ir donde éste nos lleve! Búsquense un palo largo y talludo, y traigan una hamaca juerte. Hay una allá en el cuarto de aperos.

Se alejan los señalados, y todos los demás se quedan en el sitio, sin moverse, aguardando el aletazo de la suerte. Un niño empieza a llorar, y es con un espanto nuevo, desnudo.

Desde cierta distancia, el mandador recuerda el motivo de aquella asamblea, y se dirige a Félix, que tiene los ojos en el suelo:

—¿Y hoy qué decís, viejo Félix? ¿Vas a seguir defendiendo al brujo?

La acusación encubierta tiene un instantáneo afecto disgregador. Todos se alejan por distintos rumbos, sintiendo quizás en sus espaldas el aliento del mismísimo Enemigo. Sólo queda la tierra lodosa en el centro del patio, y la brisa que mueve lentamente los ramajes empapados, vencidos.

A don Julio lo traen en hamaca, con el pie hinchándosele y golpes leves en brazos y cara. Los labios apretados y los ojos vidriosos, fijos, más que dolor reflejan cólera, de esas que estallan al menor roce. Luego van a buscar al médico del pueblo más cercano, y en realidad lo que el señor tiene es una zafadura, dolorosa pero intrascendente. Eso permite que la ira se le manifieste en toda su magnitud. Por la vena de ese motivo salen borbotones de la frustración que le produce ya no ser el mismo de antes, el adolescente de entonces.

—¡Esteban, acercáte!

Llega el mandador, con expresión entre servil y asustada, como si tuviera alguna responsabilidad en el accidente.

—¿Qué manda, patrón?

—Mañana mismo vamos a tomar medidas contra ese hijueputa que me ha jodido. . .

—¿Quién? —pregunta mecánicamente.

—¿Y quién va a ser? ¡El cabrón de "Macho Tuerto"!

—Usted ordenará —dice Esteban, retirándose unos pasos.

—Llamá a unos cuantos de confianza.

—¿Para mañana?

—¡Sí, para mañana! ¿Por qué estás tan pendejo?

Al día siguiente queda todo dispuesto. Esteban suda por todos los poros. Don Julio, sentado con la pierna derecha extendida, respira con más tranquilidad después de acordar su justicia. Y entonces se asoma su mujer, que le trae una copita de coñac, según la costumbre vespertina.

—Arreglá todo, que nos vamos dentro de dos horas.

—¿A la capital? —pregunta ella, con alegría que apenas puede esconder.

—Sí, a la capital —contesta él, silbando las palabras—. Pero no te hagás ilusiones, que ya vamos a regresar.

Ella no comenta, porque se va rápidamente a preparar el equipaje.

Y esa madrugada, cuando ya don Julio y su mujer están lejos, ocurre todo.

* * *

Son cuatro sombras a pie, fantasmas disminuidos. Aletea la tormenta inminente. ¡Que llueva, que llueva! Los pájaros nocturnos se apagan como candiles. Cruzan las sombras respirando contra el sueño. La casa oscura navega por la atmósfera sorda, cerrada para siempre antes de perecer. Y de pronto, el fósforo, la amarilla incandescencia que no resiste el primer impulso, y crece gimiendo. Murmullos que se lleva una ráfaga. Y un segundo, un tercer fósforo. “Putá, qué aire más juerte, mano”. Y ya está allí la tea, retorciéndose como la tormenta, contra la tormenta que no acaba de soltarse. “Allá, en aquel pante”. “Y allá, en el caidizo”. “Y allá detrás, para que no haigan salidas”. Unos segundos después la casa es una llama. Truená el interior. Y no sale ni un grito. “A lo mejor ni estaban; quien quita que salgan a vagar en lo oscuro, como almas en pena”. Y corren las cuatro sombras, alejándose del incendio que les descubre las caras cobrizas, sudorosas, resplandecientes. Pasan junto a él, junto al acurrucado que acaba de recordar, en plena intemperie, y el susto lo paraliza. En la luz aún no puede razonar, pero una extraña fuerza —crecida de atávicos hondones— lo hace mayor entre el desamparo nocturno. ¿Qué hace él allí, desnudo y enceguecido por ese enorme fuego que sale del mismo lugar en que está la

¿Casa? ¿Qué se hicieron su tata y su nana? Lloro, bajo las ráfagas que empiezan a desatarse. Por ahí hay una carreta, y corre, tropezando, a cobijarse bajo su cama. El fuego suelta una humazón hedionda, asfixiante. Vuelan pedazos de palo quemado. Alas siniestras que se evaporan. Murciélagos, chirriando, giran enloquecidos. El aire es ceniza. Y en los ojos abiertos el resplandor se graba para siempre, mientras llegan las primeras gotas, cobardes, tardías, inútiles. Y luego la tormenta desbordada, los managuas furibundos, después de tantas jornadas de vana espera. El vendaval confunde la ceniza y el lodo. Se empozan juntos, o corren juntos en todas las direcciones, por minutos, por horas, hasta que todo va callándose, y por algún lugar del aire surge un hilo clemente. El día se levanta del silencio, y arde también, pero sin ira, sin miedo, como si nada sucediera más allá de su esponjoso renacer. Y hasta entonces se oyó un largo quejido. Y nada más.

* * *

Judit se quedó escuchando un revuelo de pájaros, y no dijo una sola palabra. En su interior, iba atándose una red, con los cabos sueltos de las cosas oídas, de los vacíos adivinados. Un hervor de remotos augurios le apretaba la garganta. Don Julio y Nicolás se enfrascaron de nuevo en los detalles de la siembra, en el cultivo, en el sulfato, en el ritmo de las lluvias: y los cascacos acompasados de los caballos, que levantaban nubes de polvo, hacían aún más agobiante la fuerza del sol. Judit se tambaleó en la silla.

—¿Por qué no regresamos, papá?

Y volvieron a las casas, y al bajar ella del caballo, estaba Antonio deteniéndoselo. Se cruzaron una rápida mirada, y Judit sintió que un fuego implacable, húmedo, le subía por todo el cuerpo, convirtiéndole la cara en hirviente testimonio. El hombre no movió ni un músculo: su rostro era impenetrable y apacible como siempre.

Por la tarde llegaron los Escalante, y la tertulia fue artificialmente animada. En el amplio corredor penumbroso reunieron poltronas, mecedoras y sillas haraganas, y estuvieron bebiendo café y comiendo pastelitos de carne, que hacía tan sabrosos y tostados la Chona. Judit resistió aquellas horas con la vista perdida en una intensa lejanía. Daba la impresión de

estar más delgada. La piel se le pegaba a los huesos, como una película casi transparente, y los ojos oscuros tenían una oscuridad aún mayor: abismal y secreta. La señora de Escalante, que a pesar del traje de campo hacía sonar collares y pulseras, dirigiéndose a don Julio habló en voz alta sobre Judit:

—Julito, tenés que cuidar a esta niña. Sinceramente la veo muy desmejorada.

Judit se arrugó la falda con la mano izquierda en un gesto de impaciencia. La inquietaba ser el centro de los comentarios. Hubiera deseado salir a respirar el aire suelto de la tarde.

—Come bien, duerme bien y está muy activa —explicó el padre, sin mucha convicción—; pero sin duda, no está tan repuesta y rosada como debería estar. . .

Y miró a Judit con un cierto reproche. ¿Qué tenía que ver toda aquella palabrería con las sacudidas de su interior? Ella los miraba como a seres de otro mundo.

Bajando la voz, la señora preguntó a don Julio, amparándose en la confianza que los unía desde la infancia:

—¿Y siempre tienes aquel problemita?

Don Julio no respondió. Ella seguía, sin embargo:

—Es que es demasiado sensible, demasiado precoz tal vez; tienen que tener cuidado. . .

El asintió, con evidente disgusto.

—Por otra parte, es una facultad maravillosa. . . , y fuera de lo común. . . ¿Has leído algo de esas cosas? . . .

El dijo no con un gesto cortante; y afortunadamente en esos momentos alguien recordaba:

—Si no nos vamos, nos va a coger la noche. . .

* * *

Ha venido caminando en lo oscuro hacia este minuto. Un instante que vale una vida, porque todas las cosas se atropellaban en su busca. Hasta las piedras que hizo saltar en los caminos. Hasta las luces de los vitrales, que lo cegaron una vez en la iglesia desierta. Nunca lo sintió tan claramente, ni en los tiempos terribles en que ambuló de un lado a otro, como el ánimo sola. Y sin embargo se pierden las palabras en el sumidero sin grietas de la angustia. Si quisiera que brotaran por los labios, saldrían deformes, y más amenazantes que los restos

voladores del incendio. Por eso es mejor que se queden adentro, girando en la oscuridad, devorando su propia miseria. Después de todo, él es el incendio, el desolado resplandor que no sucumbió después de aquella furia, el fuego que se busca en los cristales crepitantes, para cumplir el ciclo de la depredación.

Y el humo denso fluye por sus meandros interiores, sobre el rebalse de lodo y ceniza. Esa ceniza y ese lodo que lo dejaron sin nadie, tiritando en el fondo de la otra niebla opaca y demencial. Todo está impregnado de ese espíritu, hasta el sonido del fósforo que se enciende para repetir la escena, en el encuentro de la clave abrumadora.

* * *

Cuando se dieron cuenta la casa ardía por los cuatro costados. La columna negra perdíase en lo alto, y las llamas despedían el calor resinoso y funesto de los desastres invencibles. Se congregaron algunas gentes, y contemplaban con sabida impotencia el avance del fuego. La tormenta pugnaba a lo lejos, pero sin ánimo de caer. Y allí, bajo el tigüilote, estaba Antonio, bebiéndose el incendio por los ojos, reencontrando los fluidos de su tortura disgregada. De pronto apareció junto a él una figura blanca y borrosa, con la boca abierta, las manos caídas y un coro de brizas ardientes aleteándole sobre los hombros.

—Tú lo hiciste, Antonio.

El se volvió, y miró en aquellos ojos líquidos y arrasados el color de las llamas.

—Sí.

—¿Por qué? —sollozó.

Ya sabe —respondió él, con naturalidad—. Y agregó, acercándose un paso: —Pero bien sabía que usted estaba afuera...

—¿Afuera? ¿Dónde?

—Caminando dormida —explicó él, con vaga complacencia; y la explicación era inútil.

—¿Cómo lo supiste?

—No importa cómo. Si usted 'viera estado adentro, no 'viera podido.

La luz fosfórica en los ojos de Antonio tuvo un alivio de ternura. Ella gritó, casi enloquecida, como si acabara de comprender que tenía parte en aquella destrucción. La rojez del in-

cendio la envolvía, sin tocarla. Antonio estaba tristemente sereno, como después de un orgasmo. Y por allá se oyeron los gritos de Nicolás:

—¡Niña Judit! ¡Niña Judit! ¿Cómo hizo para salir? ¿Y don Julio?

1978-1979.

(De "Los Sobrevivientes". San Salvador, 1ª edición, 1980).

-DAVID ESCOBAR GALINDO (1943).

Autor de muchos libros de poesía, dos novelas breves, un libro de fábulas, y cuatro de narraciones. Según Giuseppe Bellini, en su "Historia de la Literatura Hispanoamericana", de 1985, "destaca en la prosa de este escritor su claridad expresiva, la habilidad en la construcción de los diálogos —a menudo los relatos son pequeñas obras dramáticas— y la capacidad descriptiva". Sus libros de cuentos y relatos son: "La Rebelión de las Imágenes" (1976); "Los Sobrevivientes" (1980), que obtuvo el Primer Premio Centroamericano de 1979; "Matusalén el Abandónico" (1980); y "La Tregua de los Dioses" (1982).

CARLOS BALAGUER
DE GUAYMUMUZ A SAN JULIAN

El destartalado bus de madera se convulsionaba sobre la calleja fangosa. Eran los primeros transportes de Guaymumuz que viajaban hasta San Julián. Los nativos como los comerciantes extranjeros viajaban así para luego volver con la mercadería en carretas o sobre mulas cargadas.

La noche anterior había llovido crudo. Aún el sol no prometía llegar a salvar de las nieblas a Guaymumuz. La gente salía de sus casuchas como con miedo de sucumbir. Siempre era así en mañanas como aquella. Desde los ancestros se venía mencionando un día extraño que todos temían ver llegar.

Subí al camión herrumbroso y vil. Atascado de lodo y nostalgia; mucha nostalgia. Entonces casi un niño; un revólver conmigo para la selva pobre y un montón de recuerdos en la camisa, algunos sin usar.

Los viajeros llevaban las ropas rasgadas y mojadas por la lluvia; entintados sus zapatos y con una inquietud en sus carnes que parecía cosa invernal. Una niña cerca de mí, diferente a todo el barro y carga vegetal que arrastraba el bus. Gente boba, taciturna. La miré a los ojos; muy negros. Los hombres murmuraban, reían, hacían proyectos sin haber llegado aún a San Julián. Algunos tomaban tragos de guaro para conservar la vida. Su mirada temblaba con las veredas del viento. Negra, diciéndome algo. Codorniz cansada por las aguas, viajera. Torcaz,

paloma blanca de plumas manchadas por los caminos y los ceníceros. Su ropa escasa pegada a la piel con un rosado aromoso. Hillitos de agua sobre su cuello fino, de palidez de hierba y senos erectos y desnudos.

El bus subió la escarpada montaña; la gente gemía de miedo. Sucedió siempre que se acercaban a las nubes. El camión rugía rum, rum, agonizante. Un cierzo salvaje se metía por las ventanas. Muy cerca de mí, entre mis brazos; mustia, fría invernal la torcaza. Los demás también abrazados. Era la única forma de sobrevivir. Sacaron nuevas botellas para renovar el calor. Cuántos años juntos. Horas unidos por el miedo y por el calor mojado de nuestros cuerpos. Dormidos algunos, ebrios, entreabiertos otros. Su cuerpo en mi aliento con oraciones al oído muy llenas de fe.

El camión bajó a los valles amenazando a veces quedar en el camino como quedan los caminantes en distancias largas. Las nubes pasaban por las ventanas dejando jirones sobre los asientos ya vacíos. Habíamos llegado a San Julián. Algunos bajaron y otros continuaban el viaje. La tomé suave para bajar, llevándola conmigo pero entonces resistióse diciendo: "Sigo. . ." invernal.

El sol surgía con su lumbre amarilla deshielando el vado. Todo tan diferente. Claro, era San Julián. Lejos aún no se veía; la niebla. El rum, rum como despedida; lentejuela en la mirada. Aquella mirada negra, compasiva y dulce extrañamente; gélida, imborrable. Plumas en mis manos mojadas, pegadas a mi camisa. Abrazaba al cuerpo de otros hombres, pero su mirada muy aquí. Muy aquí. Olor a kerosene y a niebla que se va a los mares con los latidos de unas horas. Ya casi inaudible, rum, rum, agonizante. Lejana.

Así era entonces el transporte de Guaymumuz a San Julián.

(De la revista "La Cebolla Púrpura").

CARLOS BALAGUER (1952).

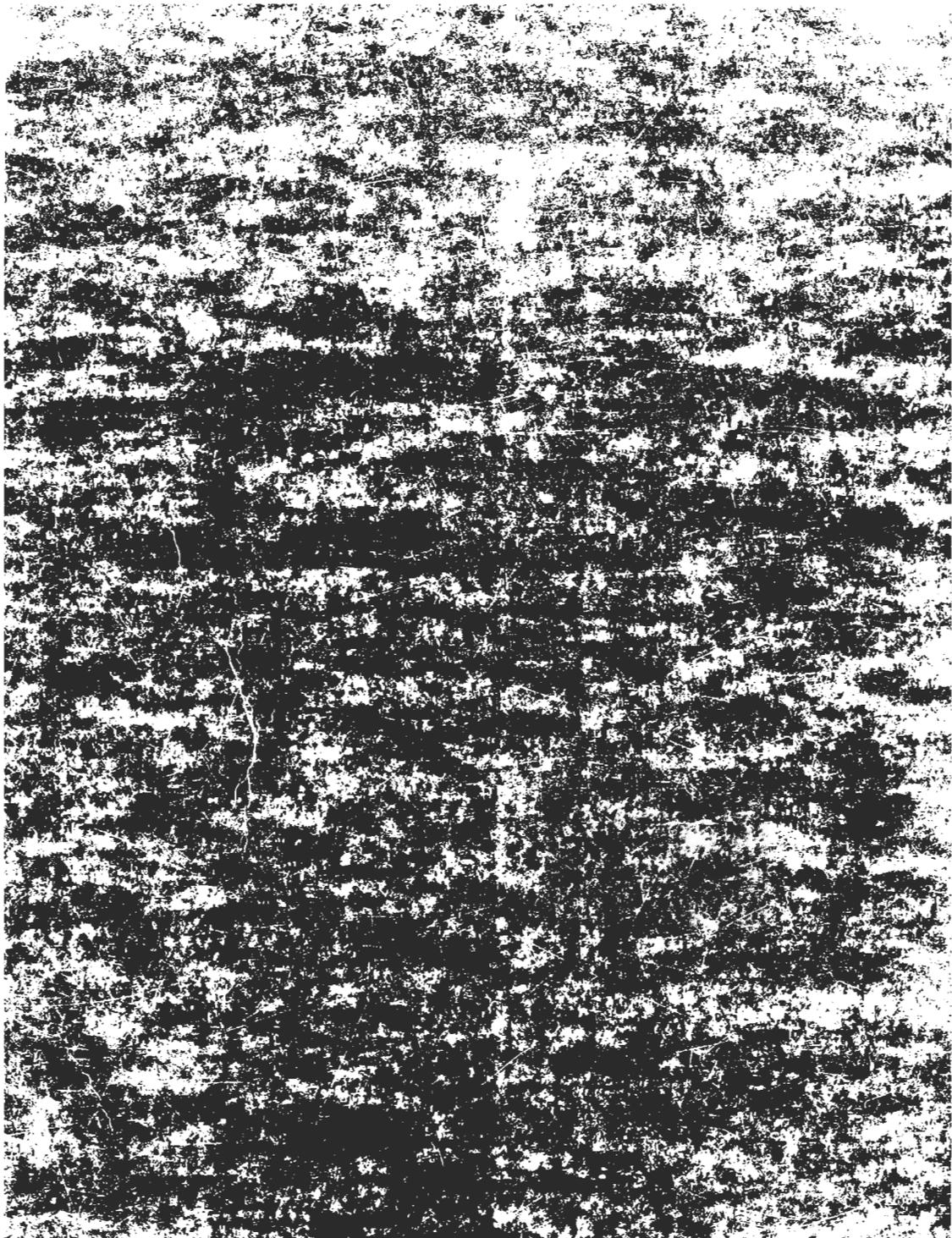
Pseudónimo de Carlos Mauricio Escobar, Narrador y periodista. Ha publicado una novela llena de fantasía: "Si la Muerte nos dejara otra Primavera". Mantiene una columna diaria —reflexivo-poética— en uno de los diarios matutinos de San Salvador: El Diario de Hoy. Es también pintor.

INDICE

	PAGINA
Nota preliminar	7
Hermógenes Alvarado p. En la Cancha de Gallos (1896)	
Escenas de la vida en El Salvador	17
Salvador J. Carazo	
En Provincia	27
Francisco Gavidia	
Cartas Amorosas	35
(Fragmento)	
Alberto Masferrer	
De Jucuapa a Usulután	41
T. P. Mechín	
En el Lago Pintoresco	45
Arturo Ambrogi	
La Entrada Triunfal	51
Francisco Herrera Velado	
El Agua de Coco	61

Abraham Ramírez Peña	
Cloto	67
(Fragmento)	
Sarbelio Navarrete	
En la Región de las Ideas	71
Alberto Rivas Bonilla	
Inocente Cordero	79
Manuel Andino	
El Poeta Anónimo	85
José Gómez Campos	
Enrique Córdova	87
Salarrué	
La Visita	91
Claudia Lars	
Día de la Cruz	99
Manuel Barba Salinas	
Las Charlas del Dr. Thorbecker	105
Ramón González Montalvo	
Barbasco	111
(Fragmento)	
Manuel Aguilar Chávez	
El Telegrama	115
José María Méndez	
Los Treses del General Toledo	121
Hugo Lindo	
¡Perdone, Padre...!	127
Luis Gallegos Valdés	
Plaza Mayor	135
Ricardo Martell Caminos	
“El 184”	145
Cristóbal Humberto Ibarra	
El Milagrero	153
Manlio Argueta	
Un Día en la Vida	159
(Fragmento)	
Jorge Kattán Zablah	
El Compadre	165
David Escobar Galindo	
Los Sobrevivientes	173
Carlos Balaguer	
De Guaymumuz a San Julián	189

**Esta edición consta de 1.000 ejemplares.
Se terminó de imprimir el 20 de marzo de
1990, en la Dirección de Publicaciones e
Impresos del Ministerio de Educación. San
Salvador, El Salvador, Centro América.**



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES E IMPRESAS



REPUBLICA DE EL SALVADOR